





Est 851

~~0/~~
~~3~~

Don Alejandro Magariños Cervantes

CELIAR,

LEYENDA AMERICANA

EN VARIEDAD DE METROS,

POR

DON ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.

PRECEDIDA DE UN DISCURSO PRELIMINAR

POR DON VENTURA DE LA VEGA.



MADRID.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE **MELLADO**,
CALLE DE STA. TERESA, N. 8.

EN PROVINCIA CASA DE TODOS LOS CORRESPONSALES DEL
MISMO ESTABLECIMIENTO.

PARÍS.

LIBRERÍA UNIVERSAL ESPAÑOLA DE **HIDALGO**,
RUE PAVÉE SAINT ANDRÉ, N. 3.

CASA CENTRAL PARA AMÉRICA Y EL ESTRANGERO DE TODO
LO QUE SE PUBLICA EN ESPAÑA.

Amistad y tiempo

AL DISTINGUIDO ESCRITOR ARGENTINO

DON JUAN THÓMPSON,

EN SEÑAL DE APRECIO Y FRANCA AMISTAD,

SU BUEN AMIGO,

EL AUTOR.



DISCURSO PRELIMINAR.

«En medio del estruendo del mar irritado, algunas olas, estendiéndose inmensamente sobre la playa, nos hacen oír una modulacion suavísima que trasporta el alma de las funestas imágenes de la borrasca al embeleso de su calma anterior, y la dispone á la melancolía y á la serenidad. Las armonías destacadas que en las orillas del Plata se han hecho oír de vez en cuando sobre el bronco estampido de la guerra, espresion de un sentimiento intensamente delicado, del todo extraño á las impresiones del momento, nos han parecido un eco de las primeras horas de nuestra juventud, trayéndonos la promesa de tiempos mejores, á pesar de llegar á nosotros en el tono de desencanto y dolor de que se sombrea cuando pasa por una época de desolacion. Pero al demandarle revelaciones de algo nuestro, al buscar en ellas nuestras esperanzas y las palabras de nuestra creencia, hemos sentido que no era la brisa de la mañana, sino una ráfaga desfalleciente de la tempestad. La poesia, único órgano hoy del pueblo, única forma de nuestra literatura, ha llorado lágrimas verdaderas de un modo ageno á nuestro infortunio, y se ha lamentado en un idioma estrangero.

«Nosotros renegamos del poeta que nos desconoce. Entone sus cantos en las alegrías de las tertulias: acompáñelos de los aires del piano:

47 x *Celiar.*

brille un momento entre las frivolidades de la tierra.—Pero uno vendrá que nos diga palabras religiosas de esperanza, los votos callados de los corazones, las ilusiones de los buenos; que nos recuerde con amor los campos, los arroyos, los galopes en las cuchillas y nuestros compañeros de los dias de sinceridad: uno que nos muestre á los jóvenes de hoy, en esta tremenda época de preparacion, alistados bajo todas las banderas, eligiéndonos armas, estudiando nuestros campos de batalla, sufriendo las privaciones y los peligros del soldado con la gloria de la patria por ensueño; mendigos en el hogar opulento del estrangero de pan y de ciencia, con el pensamiento en el rancho de totóras del gaucho; esclavos en los bufetes del comercio, calculando la prosperidad del pais. Ese será nuestro, porque tendrá un suspiro para orear esas charcas de sangre en que nos revolvemos fatigados, y una maldicion valiente y poderosa sobre todo lo que es malo; porque no se encerrará en sí mismo como la sensitiva al roce del infortunio á llorarnos sus delusiones de niño, ni nos repetirá impensadamente el rugido feroz que le circunda; porque sabrá ver en esos girones arrancados á nuestra bandera, los colores de la Independencia, y al través del polvo de las guerrillas, la magestuosa imagen de la Patria.

»Yo te deseo, joven amigo, la paz y la esperanza: y para remontar tu vuelo las alas vigorosas del cóndor, y relámpagos para ceñirlo de luz: si alguna vez lo detienes, que sea en la cumbre de las altas cordilleras.»

Con estos párrafos empezaba y terminaba el señor don Juan Carlos Gomez, redactor principal del *Mercurio de Valparaíso*, una larga carta dirigida al autor en agosto de 1845; y al hojear las páginas de esta leyenda, se comprende el espíritu que las dictaba. El señor Magariños Cervantes, que antes de venir á Europa era ventajosamente conocido en las dos riberas del Plata, ha justificado luego las fundadas esperanzas de sus amigos con obras como *CARAMURÚ*, las *BRISAS DEL PLATA*, la *ESTRELLA DEL SUR*, *NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA*, y otros varios trabajos históricos y de amena literatura, publicados en la *Semana*, la *Ilustración*, la *Enciclopedia* del señor Mellado, la *Patria*, el *Orden*, y otros periódicos políticos y literarios menos importantes.

Hoy el autor, al dar á la prensa una nueva producción de su fecundo ingenio, nos pide nuestro pobre sufragio; tarea que desempeñaremos con tanto mas placer, cuanto escritores mas autorizados que nosotros han fallado ya acerca del mérito de sus obras anteriores. En el curso de este prólogo copiaremos algunos párrafos de los juicios críticos emitidos en América por los señores Alsina (don Valentín), Rivera-Indarte y Marmol; y en España por los señores Ochoa, Baralt, Rua Figueroa, Orgaz y Cánovas del Castillo.

Al cumplir con tan agradable encargo, séale permitido al que esto escribe, nacido tambien á las orillas del rio de la Plata, consagrar aqui un recuerdo al pais en que vió la primera luz, y del cual lo lanzó en su niñez la mano del destino á buscar una nueva patria al otro lado del Océano. Cuando se abran las páginas de este libro bajo el hermoso cielo de Buenos-Aires, quiero que de ellas resbale una lágrima sobre la sepultura en que descansan los huesos de mi padre; quiero que de ellas se exhale un suspiro de amor que envío á otros objetos queridos de mi alma; quiero, en fin, que de ellas se eleve el voto ardiente que hago de lo profundo de mi corazón por la felicidad de aquel pais en que tengo á orgullo haber nacido.

Ni el tiempo ni la distancia han borrado ni

entibiado siquiera este sentimiento innato de afecto y de ternura hácia el suelo nativo. Nuestros ojos han estado siempre fijos en él: nuestro corazón se ha estremecido de dolor ó ha palpitado de gozo á medida que los ecos del Plata traían á nuestros oídos un suceso triste ó glorioso.

Siguiendo con avidez constante la historia política y literaria de aquel pueblo, comprendiendo la borrascosa época en que por desgracia tuvo nacer á la juventud hispano-americana, no podemos menos de acompañar con nuestros ardientes votos los esfuerzos que haga cualquiera inteligencia capaz, que se aventure con débil ó robusto brazo á romper una lanza contra la barrera que las convulsiones políticas, la discordia, la ignorancia y la tiranía le oponen sin cesar.

Así, pues, al aplaudir al señor Magariños Cervantes por su laboriosa energía, no es solamente á él á quien nos dirigimos, sino tambien á toda la juventud estudiosa, que llena de fe en el porvenir, tiene bastante fortaleza para no dudar del presente, y para meditar en él sin desalentarse por los continuos desengaños que sufre cada día: para no abjurar las ilusiones de su infancia, para no inclinar cobardemente la cabeza ante la realidad por mas terrible que sea, para no renegar, en una palabra, de la alta misión que se cree destinada á llenar, y firme en sus convicciones y creencias, lanzarse con mas ardor por el sendero del progreso.

No hay un joven de talento en la América del Sur que no haya tocado con su mano los obstáculos insuperables que por muchos años se oponían á que la inteligencia honrada y enaltecida, como merece, ocupe el lugar que le corresponde. En medio de la terrible y sangrienta lucha á que están aquellos pueblos condenados, apenas lanza el poeta su primer canto, se ve obligado á interrumpirlo ante el espectáculo desconsolador que ofrecen los continuos trastornos políticos y los excesos de la anarquía ó el despotismo; y á menudo las necesidades de la vida material como un corrosivo destructor, absorben toda la energía de sus facultades intelectuales para arrojarla en pedazos sobre las exigencias del momento. Donde no hay un instante de reposo, donde la tierra tiembla bajo los pies, donde los hombres, las ideas, las instituciones se chocan, se confunden y rechazan como impelidas por fuerzas contrarias, nada tiene de extraño que el poeta

y el escritor público participen con harta frecuencia del vértigo general. Nada tiene de extraño que en su azarosa carrera, al lado de algunas cortas satisfacciones saboreen hasta las heces el cáliz del desengaño y la amargura. Las continuas inervaciones que les ocasiona la energía de sus sentimientos puestos en juego, y la multitud de impresiones diversas que en pocas horas sacuden y electrizan todo su ser, arruinando rápidamente su salud, les preparan cuando menos una vejez prematura. Así murió Balcarce, Berro, Ribera-Indarte, Echeverría, y otros jóvenes de extraordinario talento, arrebatados en la flor de su vida. Sufren decepciones y repulsas que, con un carácter altivo como el que tiene generalmente todo hombre que con razón ó sin ella llega á persuadirse que vale algo, los afectan en extremo, porque sorprenden en mas de un corazón que creían leal y sincero como el suyo la falsedad y el egoísmo: anhelan refugiarse en el idealismo de su mente, é ingratos sucesos vienen á hundirlos en el triste prosaísmo de la vida, lanzándolos á las playas del extranjero, já dos ó tres mil leguas de su patria! Y en fin, cuando su frente se inclina abatida bajo el peso de estas negras ideas y del hastío que les inspira su contemplación, no falta un imbécil que lo atribuya á motivos innobles y suelte una carcajada, cuando agobiados por su dolor se les escapa algun gemido involuntario.

En vista de estos antecedentes, nadie extrañará que muchos de ellos hayan sentido mas de una vez el frío del desaliento helar su corazón y apagar el fuego que ardía en su mente: nadie extrañará que jóvenes aun, en la flor de su vida, en la edad en que todo nos sonríe, hayan renunciado de buena fé á mas de un ensueño dorado, á mas de una esperanza querida. La atmósfera que los circunda los abrasa: aniquila su cuerpo ó esteriliza su pensamiento.

Se deduce de lo espuesto, como una consecuencia natural, que la verdadera gloria literaria es hoy punto menos que imposible en la América del Sud: hecho que ninguno que la conozca á fondo negará: hecho que tiene su origen en el modo de ser de todas las sociedades hispano-americanas, todavía en embrión; porque como ha dicho un apreciable escritor argentino, «la inteligencia solo tiene culto en los pueblos libres, que poseen una vida propia y en cuyo seno ger-

minan las semillas de la civilización. Los pueblos esclavos ó primitivos, no lo conocen ni pueden comprenderlo; porque en ellos, los principios y las ideas, que son el alimento del génio, no estan encarnados en la sociedad, no ejercen influencia alguna en la vida pública.»

¡Triste es, por cierto, fijar los ojos en el vasto hemisferio americano! Triste, tristísimo contemplar el desesperante cuadro que ofrece donde quiera al pensador que se acerca á examinarle, armado de la razón y la experiencia, despojándose por un momento de sus ilusiones; ¡oh! al mirar esa realidad tan fría y descarnada, necesitase un corazón espartano y una inteligencia diamantina para penetrar hasta su fondo, sin embotarse en la capa de hielo que la circunda!

Esperamos días mejores, y aunque ya nuestro pecho se abre á la esperanza, es imposible desconocer que en pueblos donde la ilustración no ha podido penetrar aun en las masas, donde apenas se encuentra una pequeñísima fracción que sabe leer, donde las generaciones se suceden unas á otras, entre el estruendo del cañon, que las postra antes de haber cumplido su ley natural de vida, y las necesidades del día, y las altas ó miserables cuestiones que se ventilan, preocupan únicamente su espíritu y absorben toda su atención, es imposible que las ideas literarias ó políticas tengan un curso rápido, obren instantáneamente y produzcan una impresión profunda y duradera. La voz del escritor se pierde entre el estridor de los aceros, los ayes del moribundo, el rugido de la anarquía, de las pasiones desencadenadas y de las maldiciones que víctimas y verdugos lanzan en la palestra.

Todo se envenena, todo se convierte en combustible para la hoguera que enciende la guerra civil y atiza la discordia... Si alguno, ahogándose en aquella atmósfera sofocante, se recoge dentro de sí mismo, y con vista escrutadora sondea las profundidades del abismo que debe tragarle, pidiéndole á Dios un rayo de su luz para dejar marcado el rastro de su huella, y que al menos se salven los que vengan tras él, la generalidad no está dispuesta á oír sus palabras, sino como un eco de la tormenta que brama sobre su cabeza; los hombres de mente elevada y corazón generoso, como bellas utopías irrealizables: pero que así mismo conmueven su sensibilidad y les arrancan algunas lágrimas; y los ánimos, agriados por

el infortunio, aquellos que han perdido su fé y no tienen ya ninguna esperanza en un orden mejor de cosas, como un sarcasmo de su sincero dolor.

Entonces, si el poeta sabe eso, nos preguntarán. ¿por qué escribe? ¿Qué objeto se propone? ¿A qué aspira?

¡Ah! ¿teneis razon los que decís eso!... ¿Para qué escribe el poeta?

- «... .. qué empeño
- «Hay de que el sol en la esfera
- «Esté siempre iluminando?
- «Que esté brotando la tierra
- «Los árboles y las flores?
- «Ni que esté el pobre poeta
- «Brotando versos del alma?... (1)

Escribe, porque hay momentos en que á pesar suyo se sorprende diciendo en voz baja frases armoniosas, que sin advertirlo él, quizá en algun instante de alegría, tristeza, placer ó entusiasmo se han elaborado misteriosamente en su cabeza. Escribe, porque á veces siente una inquietud febril, que reconcentra en una idea sola todas las facultades de su alma; porque necesita calmar esa fiebre, derramando á raudales la lava que la ocasiona, formada por la exuberancia de sus ideas; así como el enfermo deja escapar de sus venas la hirviente sangre que le sofoca y desespera. Escribe, porque se cree fuerte y capaz en ese momento de tocar las estrellas con su mano; porque tiende la vista en derredor, y su horizonte le parece inmenso; porque para su desgracia ha recibido de Dios un corazon impresionable y sensible, un alma expansiva, que, como un metal sonoro, vibra á todas las impresiones que vienen á herirla; y entonces, sin ponerse á calcular friamente los desengaños y pesares que esto le acarreará, olvidándose del mundo que la rodea, sacude sus alas, y deja caer sobre el frigido esqueleto de la realidad, el manto de flores que le presta el entusiasmo!

En esas horas de sublime delirio, el poeta siente dentro de sí algo que le rehabilita á sus propios ojos, y reanimando sus fuerzas abatidas, le hace levantarse con mas brio, cada vez que una esperanza burlada viene á arrancar una hoja mas de la verde guirnalda de sus ilusiones. Entonces oye en su pecho una voz secreta que le grita...

(1) José Marmol.

¡Adelante! y al oírlo, hierve la sangre en sus venas y las ideas en su cabeza. Entonces tiene la revelacion de lo que es y de lo que será: hiende con vista centelleante las tinieblas de su vida, y al través de muchos años de trabajo y meditacion, divisa un rayo del sol que al fin, si antes la fria losa de una tumba no se interpone entre los dos, se levantará sobre su frente; tal vez para iluminarla un dia, un solo dia; pero uno de esos dias que valen toda la existencia de un hombre...

Así se esplican los desesperados esfuerzos que desde la revolucion acá ha hecho la juventud hispano-americana, y principalmente la del país que fecundan las aguas del Plata, para abrirse camino al través de todos los obstaculos que la rodeaban. Así se explica la tendencia moral, filosófica y civilizadora de sus obras, vivo reflejo de la época en que han sido escritas, y que a pesar de sus defectos, marcan un gran progreso comparadas con las de los escritores de los tiempos coloniales y de la guerra de la independencia. En mas de una ocasion ella ha sabido demostrar que la poesia en manos del hombre de genio, es un arma como otra cualquiera.

Hoy que el escepticismo se ha hecho de moda, tal vez no se comprenda aqui todo el mérito y patriotismo de los esfuerzos con que la juventud ilustrada de las dos riberas del Plata, ha iniciado una nueva cruzada intelectual tan gloriosa como fecunda en resultados: tal vez las anteriores líneas arranquen cuando mas una sonrisa de desden á corazones gastados y á espíritus frívolos, incapaces de latir al impulso de una idea grande y generosa; pero nosotros, que tenemos fé en los principios y comprendemos las necesidades del país que nos vió nacer, simpatizamos cordialmente con esos esfuerzos y acogemos con júbilo esas producciones, como el brillante crepúsculo de una nueva era de libertad, union, olvido y felicidad.

Escusamos añadir que entre esos jóvenes laboriosos é inteligentes, ocupa un lugar muy distinguido el autor de este libro; pero para comprenderle debidamente, es preciso trasladarse al seno de la sociedad donde ha nacido y se ha desarrollado su talento, y buscar en sus creencias literarias, consignadas en el prólogo de las *BRASAS DEL PLATA*, la clave de sus inspiraciones y el germen de los pensamientos que mas tarde ha realizado en sus obras.

«Creemos que el poeta, y el poeta americano mas que ningun otro, dice el señor Magariños Cervantes, tiene una mision eminentemente social que cumplir, si quiere merecer ese honroso dictado. Para conseguirlo, debe arrancar de su lira todas las cuerdas profanas, revestirse de dignidad y fortaleza, confiar ciegamente en la Providencia y en los grandes destinos que reserva á la América, no desmayar por los reveses y contratiempos que vengan á entorpecer su marcha; ser moral en su vida pública y privada como nuestro malogrado Berro, que exhaló el último suspiro preocupado con la idea de mejorar la condicion de nuestro pueblo; aprovechar su inteligencia, ensanchando la esfera de sus conocimientos, y con este fin dedicarse á estudios severos y de aplicacion inmediata á las necesidades de su pais, para que si algun día necesita éste sus servicios, pueda acudir á su llamamiento y cooperar con sus luces á su bien estar presente y futuro, sosteniendo sus derechos en la prensa, en el foro ó en la tribuna.

»Realicese ó no esta condicion, su voz poderosa se levantará para anatematizar todo lo malo y retrógrado que hay entre nosotros: sus antecedentes y su posicion en la sociedad, darán mas peso á sus palabras é influirán poderosamente en el ánimo de sus oyentes. El tendrá un canto de fé y remuneracion para la virtud oprimida, para el genio abatido, para el patriota y el guerrero que se sacrifiquen por la patria; buscará el mal en su origen para atacarlo de frente, sin transigir con la aristocracia intrusa del dinero que quiere devorarnos, ni con las anárquicas pretensiones del caudillage, que en su estupidez se cree eterno y omnipotente, ni con los egoistas y perversos que secundan sus planes; ni con los alevos que á la sombra de la impunidad, como voraces vampiros, se alimentan con la sangre y el sudor de los pueblos. Ni con los envilecidos y espúreos estadistas y no estadistas que con escándalo é impudencia inaudita, transforman su cofre fuerte en arcas nacionales, y las rentas públicas en su patrimonio privado.

»Y no importa que el vicio desenmascarado, tanto mas intolerante cuanto mas criminal; la calumnia, el favor, la intriga ó la mano vigorosa del despotismo, le arrebaten la lira hecha pedazos, y con sus dedos de hierro ahoguen la voz en su garganta. El poeta habrá llenado su mision, porque

no habrá malgastado el tesoro de inteligencia que Dios le prodigó, en estériles armonías. Habrá sido el digno intérprete de los sentimientos de todo un pueblo: habrá derramado en su camino las semillas de las virtudes cívicas y del hogar: habrá predicado los altos dogmas de la humanidad, de la patria y de la religion; y tal vez, renegado por sus contemporáneos, pero bendecido por la posteridad, despues de haber llenado así su divino sacerdocio, bajará á la tumba ceñido con la aureola del mártir; bajará con la inefable satisfaccion de que vivo ha consagrado á su patria toda su existencia, y muerto le lega toda su gloria.

»Tal es el tipo, como te hemos comprendido, del poeta americano. Bien sabemos que lo absoluto no existe, pero ese es el tipo; y aquellos que se acerquen mas á él, y participen de las cualidades que le caracterizan, se acercarán mas y mas á la perfeccion de que es susceptible nuestra frágil naturaleza.»

El autor no contaba veinte años cuando formuló en este programa sus ideas literarias; ideas que predominan en todas sus obras y á las que atribuimos principalmente el éxito favorable que han alcanzado en América y España, como se deduce de la opinion unánime de los escritores citados. Tenemos á la vista varios artículos impresos en los periódicos del Rio de la Plata y de la Peninsula, y de ellos vamos á trasladar algunos periodos, como ofrecimos al principio de este prólogo.

Al publicar su primera produccion el señor Magariños Cervantes, titulada el *Lazarino*, inserta en el núm. 976 del NACIONAL de Montevideo correspondiente al 12 de marzo de 1842, decia el célebre publicista don José Rivera-Indarte:

»... Su aparicion en la arena literaria á su edad (quince años) no puede ser mas brillante, y no dudamos que los inteligentes al leer el *Lepraso*, formarán grandes esperanzas sobre el porvenir literario del señor Magariños. Su poesia es fácil, rica y llena de sentimiento. El justo aplauso que á este jóven le merecerá su obra, debe estimularle á estudiar con doble teson que hasta aqui los clásicos antiguos y modernos, que son los tesoros de que los poetas sacan sus inspiraciones para crear sus cuadros de imaginacion y sentimiento. Nadie corre mas riesgo de malograrse que los jóvenes de las felices disposiciones del señor Magariños Cervantes. Se desvanecen con los elogios que de todas partes les tributan, aflojan en el

estudio, y dejan pasar el tiempo de aprender, de enriquecer la bella inteligencia con que la Providencia los ha dotado, etc.»

Por fortuna los temores de Indarte no se realizaron. De 1842 á 1846, aparecieron en los periódicos de Montevideo diversas composiciones, en las cuales se nota un visible adelanto en el fondo y en la forma. *El destino, Safo, El ateo, El 18 de julio de 1830, Inspiracion, Ayer y hoy, Flores para una guinalda, La bandera tricolor*, poesia escrita con motivo del armamento de las legiones extranjeras; las dedicadas á la memoria de los coroneles Sosa y Muñoz, y del capitán Artayeta, mártires de la patria, *Una página para la cartera de un proscripto, La gloria, El canto á mayo, Patria, libertad y gloria*, impreso en la coleccion formada con las poestas de los primeros vates del Plata, Echeverría, Indarte, Figueroa, Mitre, etc., á quienes invitó el gobierno á solemnizar el XXIV aniversario de la revolucion americana el 23 de mayo de 1844 dentro de los muros de Montevideo; y otras composiciones que han popularizado el nombre del autor en las dos riberas del Plata, descubren á vuelta de muchos y grandes defectos, bellezas de primer orden, cualidades que revelaban desde sus primeros pasos un poeta de alta inspiracion, como le calificó Indarte en su generoso entusiasmo, y como han repetido luego en el nuevo y viejo mundo escritores tan competentes como el malogrado director del *Nacional*.

Al embarcarse para Europa, á mediados de 1846, publicó en Montevideo un canto titulado *Despedida á la patria*, primero de un poema consagrado á la defensa de aquella capital, y á los sucesos mas notables de la historia contemporánea del rio de la Plata. Hé aquí el juicio que de él formaron los señores Alsina y Mármol, el primero ministro de Estado en Buenos-Aires no há mucho, y el segundo encargado de negocios en Chile, autor del *Poeta, El cruzado, El peregrino* y otras obras notables.

«Me parece que este asunto (la defensa de Montevideo) ofrece para un poema sea épico ó dramático, otra facilidad y ventaja. Hablo de la unidad de él; porque, aunque impregnado de incidentes y de episodios variados, su fondo refleja siempre un pensamiento único y dominante:—El del combate tenaz y á muerte que sostienen en estas regiones dos ideas opuestas y repulsivas,

que están simbolizadas en algunos Orismanes y Arismanes políticos; ideas que en la delicada crisis por la que tienen que pasar necesariamente todas las naciones nuevas, esto es, la del tránsito de la semibarbarie á la civilizacion, se desarrollan en el seno de aquellas con una energia formidable, ideas que, como dijo Mármol en otra ocasion, hemos visto há veinticinco años y bajo otros nombres enardecidas hasta el furor,

»Y luchando brazo á brazo

»Desde el Plata al Chimborazo.»

»La personificacion de ambas ideas ¿no será, amigo mio, un fecundo recurso épico? Vd. lo juzgará; pero de todos modos esa doble personificacion ha de resultar forzosamente de la obra de vd., si ella es, como lo espero, poéticamente histórica y filosófica.

»Tanto mas lo espero así, cuanto que en la introduccion que bajo el nombre de canto primero se sirve incluirme, he observado con intima satisfaccion, su propósito de tratar el asunto desde la altura debida, y que nada de pasiones mezquinas, nada de meras personalidades, nada de inspiraciones de partido, nada de esas ideas ruines de localidad y nacimiento, manchará las páginas que va vd. á consagrar á las glorias de su patria. Mil parabienes por un pensamiento tan noble y juicioso.

»Tampoco puedo dejar de observar que en esa despedida á su patria, resalta noblemente el enérgico sentimiento de un patriotismo purísimo; se conoce que hay verdadera efusion, y ese sentimiento, que comunica á todo el canto sus tintes variados, no puede menos de encontrar eco en todos los pechos generosos.

»Deseo á vd. un viage pronto y feliz, y que siga y termine á medida de su deseo la obra *meritoria y nueva* que ha sabido acometer. Puedo engañarme: pero creo que aunque vd. fracasase en esta patriótica empresa, sería, no obstante, absuelto por la grandeza de sus objetos, y que por ahora este canto primero hace honor á su capacidad y sobre todo á su corazón» (1).

El señor Mármol, despues de encomiar la

(1) Carta del doctor Alsina al frente del canto citado, p. IX y X.

aplicacion y laboriosidad del autor, despues de celebrar su bello pensamiento y examinar rápidamente su acertado desempeño, añade:

«Pero en nada es mas americano el poeta, mas de nosotros, que cuando lo vemos elegir por fuentes de sus inspiraciones, las condiciones de la naturaleza inconstante de nuestra zona, el caos de nuestras pasiones febriles, nuestras miserias, y en una palabra, nuestro desquiciamiento social. Estas son, en efecto, las ricas fuentes para los poetas de nuestra época, pues solo con su tiempo y con el movimiento de los sucesos contemporáneos, debe marchar la inteligencia del poeta.»

«Todo el canto abunda de riqueza de imágenes y de versificación, y todo él hace prever que en la continuacion del poema, el autor nos dará nuevas ocasiones de aplaudirlo.»

Casi al mismo tiempo que los primeros escritores argentinos pagaban este tributo de su aprecio al joven poeta, que tan felizmente inauguraba su carrera, un viajero francés que relató con bastante exactitud el estado de civilizacion de aquellos paises, decia al hablar del señor Magariños Cervantes: *jóven que á los veinte años promete dotar á su patria con una poesia vigorosa y nacional.* (1) Este mismo viajero, entusiasmado con una composicion del autor de las *Brisas*, *La bandera tricolor*, dedícole sin conocerle un largo canto, publicado en el *Patriote Francais*, del cual tomamos la siguiente estrofa:

- »Poète à la voix prophetique,
- »Votre chant simple et pathétique
- »Est l' élan d' une noble ardeur;
- »Oui, chaque son de votre lyre
- »Communique ensemble et respire,
- »Un enthousiasme vainqueur:
- »C' est ainsi qu' un jeune courage
- »Doit à la veille de l' orage
- »Chanter en revelant son cœur!»

A los pocos meses de su llegada á la Península, publicó en Málaga el señor Magariños su primera novela, *La estrella del Sud*; novela que á pesar de haberse dado á luz en provincias, mereció la honra de que la prensa madrileña se ocu-

pára de ella. El señor Canovas del Castillo, en dos de los escelentes artículos que escribía semanalmente en la *Patria*, examinó el estado de la literatura hispano-americana, analizando la *Estrella* y otras producciones del mismo autor. «Magariños, decia, es de los jóvenes escritores americanos el que pone mas color local en sus obras, acaso el que lleva mas fé patriótica en el corazon; acaso tambien el que mas se deja arrastrar de los vicios de la sociedad en que ha vivido, por lo mismo que sabe retratarla bien, y comprende, como pocos, las bellezas poéticas que ella encierra. Por eso se ve en sus escritos el espíritu de literatura americana, y la critica de la *Estrella del Sud* podria ser al propio tiempo un análisis completo del estado moral y político de aquellos pueblos, hermanos nuestros, que arrastran penosa vida en las fértiles y malhadadas orillas del Plata, y en las cuestas riquísimas de los Andes.»

Fundándose en esta observacion y con el auxilio de los hechos que enumera, relativos al estado social, político é inteligente de los pueblos sud-americanos, esclama mas adelante:

«¿Qué podia hacer un jóven de veinte años, en cuya frente ardía la inspiración, cuya alma se levantaba á la noble ambicion de la gloria, del amor íntimo de la patria y del fanatismo por el vago eco de la libertad? ¿Qué podia hacer, decimos, Magariños Cervantes en medio de ese torrente desbordado, de tanta tiniebla por un lado, de tan siniestros resplandores por otro? Nada mas que marchar al frente del movimiento, ya que detenerlo no estaba en su mano: no otra cosa que dejar sembrada su carrera de admirables rasgos de ingenio, de pensamientos originales, de gotas de fé, de relámpagos de esperanzas: únicamente escribir *La Estrella del Sud* y *Las Brisas del Plata*.»

«Ya lo dejamos dicho en otro párrafo: ese jóven escritor tiene talento, instruccion y entusiasmo; imaginacion encendida en el sol de los pampas y en la pólvora siempre humeante de los cañones de Rosas: espíritu incierto que se eleva y vaga entre mil reminiscencias diversas y entre mil principios contradictorios: buen hijo, en fin, de esa América desgraciada, sigue el torrente que le señalan su patria y su siglo, sin pensar en otra cosa que en caminar delante de ellos.....»

(1) *Le Rio de la Plata*. Montevideo, Buenos-Aires, par A Delacour, Pág. 108. Paris 1843.

«.... Su libro (*La Estrella*) revela grandes dotes; su genio identificado con el genio de su patria, es ardiente, original y fecundo: su nombre algun dia se estenderá por entrambas Américas, y nosotros desde el suelo de España, friamente imparciales, aunque no indiferentes, tendremos á honra y amor propio el ir señalando sus adelantos y la influencia que ellos hayan podido tener en la literatura general de su país. ¡Grave, aunque gloriosa responsabilidad es la de los modernos escritores americanos! Su patria les ha dado defectos y les ha trasmitido faltas muy difíciles de reparar, y en cambio esa misma patria les exige que le creen una literatura, digna de su grandeza, capaz de igualar y aun eclipsar la que arde aun á medio extinguirse en el corazón de la vieja Europa.

»El señor Magariños se distingue entre sus compatriotas por ese amor á las verdaderas fuentes de su literatura nacional. Hijos de los conquistadores, de los libros de estos deben partir sus esfuerzos literarios, ya que no quieran someterse á la inspiración de Garcilaso ó Herrera. Magariños ha desenterrado del polvo los antiguos poemas de la conquista, los romances y cánticos con que aliviaban sus fatigas los soldados del descubrimiento. Las crónicas é historias españolas de aquellos sucesos, toman por lo comun bajo su pluma un colorido local que nada tiene que ver con el estilo de Pulgar, de Mendoza ó de Coloma. Aquellos hombres, tan lejos de su país, renunciaban, por decirlo así, á los sentimientos europeos enaltecidos por la inmensidad de los Andes, por la grandeza del Niágara, por la riqueza del Potosí, por la maravilla de aquellos bosques primitivos, de aquellas flores ignoradas, de aquellas serpientes desconocidas, de aquellos desiertos inexplorables. El señor Magariños sabe aprovecharse de todo esto, y lo deja traslucir en sus escritos al través de esa erudición estrangera, bastante estensa, sino siempre bien escogida, que caracteriza á los escritos de la nueva generación americana. Hemos visto por acaso una obra suya, harto importante por el objeto, que se intitula, sino estamos trascordados *Ensayo histórico-político sobre las repúblicas del Rio de la Plata*: libro escrito con admirable conciencia, que su patria debiera imprimir á ser menos desdichada, y que quisiéramos verlo á luz en España.»

A la *Estrella* siguió CARAMURÚ, novela que

llamó desde luego la atención de los inteligentes. Nuestro buen amigo, el conocido poeta y publicista don Rafael Maria Baralt, en una carta que se halla al frente del tomo primero, se espresa de esta manera:

«Mi estimado amigo: La lectura de su *Caramurú* me ha proporcionado la satisfacción de ver cumplido un deseo que hace tiempo tenia; y era que alguno intentase sacar provecho de los infinitos portentos naturales de América y de las interesantes costumbres de sus habitantes para la composición de la novela descriptiva ó de caracter, á que tan adecuada y admirablemente se prestan las unas y los otros, sin mas trabajo por parte del autor que ver bien lo que á su vista se ofrece, y pintar con naturalidad y sobrio gusto lo que ha visto: trabajo grande, atento, que pocas cosas puede haber mas difíciles que trasladar al papel con el imperfecto y limitado instrumento de las lenguas lo que el corazón y la mente, instrumentos menos limitados é imperfectos de la sensibilidad y de la inteligencia, tienen las mas veces por superior á sus fuerzas; pero para el cual son comunmente aptos los que han visto la luz en aquellas sorprendentes regiones; mayormente si á las congénitas dotes del cuerpo y del alma, que deben á su pródigo cielo, han sabido unir las que solo pueden adquirirse por medio del estudio y del libre ejercicio de una razón sana y vigorosa.

»Muchos y recientes ensayos, de que aqui, por desgracia, se tiene escasa noticia, ó se hace poco aprecio, prueban que la juventud americana empieza á conocer los grandes recursos que ofrece su país á la poesía de todos géneros, y con especialidad á la lirica, en que tanto han sobresalido Olmedo, Bello, Plácido y Heredia, y á la popular ó de romances que Echeverría y otros paisanos de vd. cultivan felicisimamente hoy dia. Y sin embargo, *Caramurú* es el primer trabajo de su especie que he visto hecho por un americano, siendo así que (á lo menos en mi sentir) hay de presente para la novela en América mas rica mina de materiales, que para cualquiera otra obra de literatura: aserto de todo punto evidente para cuantos han estudiado la historia de las repúblicas americanas, y que, considerando á estas á cierta luz, y en ciertos determinados aspectos, reconocen de cuanta utilidad pueden y deben ser para la fabula el portento de su descubrimiento y conquista, la vida casi monástica de sus hijos

en el dilatado periodo de su union con la madre patria, las sorprendentes peripecias de su guerra de independencia: y lo que es mas, la lucha permanente de sus razas, y la misteriosa progresiva marcha de ellas hacia la unidad de legislacion, costumbres y naturaleza.

»Repito, pues, que me alegro de ver seguir á vd. un camino, en mi concepto llano, y cuanto llano y descampado, ameno y deleitoso. Si por ventura, y como yo lo espero, lo recorre vd. con felicidad y gloria, la patria natural le agradecerá el lustre que dé á su nombre y á sus cosas, y la adoptiva el presente de las novelas en que le oíreza la pintura de aquellas bajo la forma mas agradable que ha dado el ingenio humano al maravilloso arte de la palabra escrita. Soy su afectísimo amigo, R. María Baralt.»

«Caramurú, dice con mucho acierto el señor Rua Figueroa, hoy director de la *Nación*, es la idealizacion del gaucho, del hombre de las soledades americanas. El autor ha simbolizado en él la gloriosa lucha de su pais desde 1817 hasta 1828 con el Brasil, sujeto entonces á Portugal. Le ha pintado con todas sus nobles y malas pasiones: ha descrito sus costumbres, sus juegos y su indomable arrojo: le ha acompañado en su vida errante y vagabunda: le ha seguido al desierto, á los campos de batalla, al fondo de las selvas. Ha sorprendido los tesoros de sensibilidad y ternura que encierra su corazon, colocando á su lado á una niña de quince años, delicada flor de las ciudades, bella como un ángel, tímida, inocente, y que ama con delirio al terrible y oscuro gaucho, especie de árabe americano, sin mas ley que su capricho, sin mas felicidad que su independencia y el placer de vagar por los campos y los bosques, libre como los innumerables rebaños que los pueblan. Este magnifico contraste, fundado en las preocupaciones y posicion social, en los hábitos é ideas, y en las costumbres de los dos amantes, resalta mas y se completa, digámoslo así, cuando se compara el carácter indómito, fogoso y casi salvaje de Caramurú con el de Lia, tierno, virginal, humilde y candoroso como el de un niño.»

El apreciable poeta cubano, don Francisco Orgaz, consagró tambien á esta novela un extenso y razonado artículo, que sentimos no poder trasladar íntegro. He aqui algunos de sus párrafos mas notables:

«Pero donde mas campea la rica imaginacion del señor Magariños Cervantes, es en las descripciones y episodios locales, y en el colorido especial con que sabe engalanarlos. Hay algunas descripciones escritas con las tintas de la inspiracion poética. Citaremos, entre otras, las de los capítulos I, X y XII del tomo 4.º Los episodios que se refieren á América, participan en general de las mismas cualidades, y son, sin disputa, lo mejor que hay en la novela. El combate del enchalecador con Amaro en la pulperia; la escena del Yacaré; el robo del caballo; la entrevista con el Cambueta; el cuadro de las carreras, y algunos otros que no recordamos pertenecen á un género nuevo, característico, especialísimo, al que deseáramos se dedicasen de preferencia nuestros jóvenes compatriotas, convencidos como estamos de que para las obras de la imaginacion, solo en el estudio de nuestra naturaleza, de nuestras costumbres nacionales, en el de la vida de nuestros campos, sorprendiendo en el fondo de los bosques la lucha de la civilizacion con la barbarie, y de la inteligencia con la materia, lejos, en fin, del círculo de ideas en que se ha educado el espíritu europeo, conseguirán imprimir á sus producciones un sello de originalidad y vida que les asigne un puesto distinguido, no solo en la naciente literatura americana, si que tambien en la europea.

»En este concepto el autor de *Caramurú* merece todos nuestros elogios. En el género que él cultiva no conocemos en prosa ninguna produccion de los escritores hispano-americanos que revista el carácter de las suyas. Bello, Olmedo, Echeverría, Abigail, Lozano, han escrito composiciones en verso, destinadas principalmente á describir los accidentes físicos del suelo. El joven poeta del Uruguay aspira á penetrar en la vida íntima del pueblo hispano-americano, á marchar por una senda no explorada por nadie todavia, sin que le arredren los obstáculos ni desconozca las dificultades que tendrá que vencer, y el escaso premio que tal vez aguarde á sus loables esfuerzos, como él mismo indica en una de sus composiciones poéticas:

«Es muy largo el camino y no trillado.
La realidad difícil cuanto hermosa.
Doblados los obstáculos y grande
La constancia y teson de cada hora.

Pero no importa: trabajar debemos
Sin esperanza de adquirir mas gloria.
Que arrojar á las plantas de la patria
Aunque sea en silencio una hoja sola:
Que tal vez algun genio se levante.
Y con esas humildes, pobres hojas,
En las sienes de América triunfante
Una guirnalda americana ponga.

»En cuanto al espíritu y tendencias de esta novela, creemos que el señor Magariños Cervantes llena cumplidamente el principal objeto que deben proponerse los escritores americanos hasta en las obras de mero pasatiempo, y que acaso son las que mas influencia ejercen en las creencias populares, por cuanto son las que mas se leen. El amor á la patria, la pureza en los afectos, la recompensa de la virtud resaltan en su libro. Amaro, que habia jurado morir ó libertar al suelo que le vió nacer: Amaro que perdona por dos veces á su rival, pudiendo impunemente deshacerse de él: Amaro que pudo abusar de la inocencia y del cariño de Lia: Lia que, arrancada contra su voluntad del hogar paterno, supo conservar la flor de su honestidad, aun en medio del vértigo de su pasion, reciben al fin el premio que merecen. El lector asiste con melancólico placer á la patética escena con que finaliza su historia y sus amores, cuando el conde, herido de muerte por la mano de la Providencia, une sus diestras, pronuncia algunas palabras y espira en brazos de los dos amantes, que le ruegan ¡ay! en vano que viva para coronar su ventura.»

No hay mal que por bien no venga, última novela del señor Magariños Cervantes, segun se espresa el señor Rua Figueroa en el artículo citado, «es una ingeniosa parafrasis en diez y siete capitulos del adagio vulgar que le sirve de título. El autor ha querido demostrar en ella como esa misteriosa reunion de aparentes casualidades que el vulgo cree obra del acaso, ese cúmulo de desgracias que suelen afligir á las personas mas justas, son muchas veces el medio oculto de que se vale la Providencia para hacernos mas buenos y felices.»

El ilustrado redactor de la *Nación* epiloga de esta manera el juicio que ha formado de las tres novelas que va examinando:

«El señor Magariños Cervantes pertenece al corto número de esos juvenes de talento que han conseguido distinguirse como novelistas, y que

revelan en lo poco que han hecho, lo mucho que podrian hacer si encontrasen estímulo, ó lo que viene á ser lo mismo, honra y provecho en esta clase de trabajos. Sus novelas americanas, que podemos considerar como españolas, puesto que estamos unidos con aquellos pueblos por los triples lazos de la sangre, de las costumbres y el idioma, se recomiendan, no solo por el interés de su argumento, por la verdad de los caracteres, por el estilo fácil, vigoroso y lozano, por la novedad de los tipos y resortes que el autor pone en juego, por la belleza de las descripciones y episodios locales, sino tambien por la idea altamente moral que desenvuelve en todas ellas. Posee el difícil secreto de cautivar la atencion del lector desde las primeras páginas, y de conservarla suspensa hasta el fin, aumentando el interés de capitulo en capitulo; y esto, si no disculpa, atenua mucho sus defectos, hijos de la sociedad en que ha vivido, de la precipitacion con que escribe, y mas que todo, de su poderosa imaginacion, exhuberante, desordenada y descarriada á veces; imaginacion verdaderamente americana, encendida en el sol de los pampas, y en la pólvora siempre humeante de los cañones de Rosas, como ha dicho con mucha oportunidad el señor Cánovas del Castillo al ocuparse de algunas de sus producciones.»

Finalmente, el señor don Eugenio de Ochoa, justamente reputado por uno de nuestros mas eruditos y mejores críticos, formula su opinion acerca de *No hay mal que por bien no venga*, en términos tan lisonjeros como estos:

«Un jóven americano de mucho talento, el señor Magariños Cervantes, de quien ya hemos tenido ocasion de hablar con elogio en nuestras revistas dramáticas, ha publicado recientemente una novela de costumbres de su país, muy digna de que llamemos sobre ella la atencion del público. Titúlase *No hay mal que por bien no venga*, y ha salido á luz en el periódico de literatura la *Semana*.»

El señor Ochoa narra el argumento y añade luego:

«Tal es el fondo de esta accion sencilla, al par que interesante, moral y patética: tal es el marco, digámoslo así, en que el señor Magariños Cervantes encaja hábilmente una pintura fiel y animada de las costumbres de su país natal, el antiguo vireinato de Buenos-Aires. El autor sabe

dar tal carácter de verdad á sus descripciones de los sitios: están estas tan impregnadas de lo que hoy se llama el colorido local, que cree uno hallarse, ya en los ranchos de los pampas, ya en medio de aquellas selvas vírgenes, y participar en cierto modo de la aventurosa y estraña vida de los gauchos, término de transición entre el salvaje y el hombre civilizado. A estas pintorescas descripciones de países y de costumbres, que para nosotros los españoles tienen todo el atractivo de la novedad, se agrega en la novela que nos ocupa, el mérito de un lenguaje correcto, salpicado de locuciones y modismos americanos, oportunamente colocados en boca de los interlocutores, dando así al diálogo una originalidad y una animación de excelente efecto. En las escenas tiernas el autor despliega suma riqueza de sentimiento y un estilo muy levantado, pero sin afectada hinchazón. Se ve que ha hecho un estudio concienzudo de la lengua, así como en la habil trabazón de la fábula se conoce que no es estraño al arte del novelista. En efecto, ya antes se había ensayado en él muy felizmente con otras dos novelas, también de costumbres, titulada una la *Estrella del Sud*, y otra *Caramurú*, mas largas que la que hoy examinamos, y de un argumento mas complicado, pero no por eso mas interesantes. El señor Magariños Cervantes tiene todas las dotes de un buen novelista: si persevera en la senda en que con tanto acierto ha dado los primeros pasos, no dudamos que llegará á ocupar un puesto muy distinguido entre los escritores mas acreditados de su patria y de la nuestra. Su segundo apellido le impone en cierta manera la obligación de conseguirlo, una vez que lo ha intentado.»

Estos juicios, emitidos por personas tan competentes como las que los firman, al paso que nos ahorran entrar en ulteriores investigaciones, nos sirven de regla para apreciar este nuevo trabajo del señor Magariños Cervantes. Todo lo que pudiéramos decir se encuentra formulado en ellos: así, en vez de un análisis detenido que quitaría gran parte de su interés al argumento desde que el lector le conociera de antemano, nos limitaremos á citar los principales rasgos con que el autor ha delineado su cuadro, los personajes que en él figuran, los sucesos que refiere, las imágenes y sentimientos que pone en juego.

Comprende su época, obedece á nobles y al-

tas convicciones el poeta que comienza su invocación, buscando en la luz que brilla al través de las lágrimas que vierte América, al ver la eterna lucha de sus hijos, un rayo que le ilumine,

»y rasgue el negro velo
»que enluta el porvenir.

El poeta que á la triste claridad del sol nebuloso que le alumbra, suelta esta sentida impresión:

«¡Fatal es el presente
»Para la raza hispana,
»Do quiera en ambos mundos
»Su estrella fatal es!
»Do quiera nos abruma
»Como espionaje tirana,
»Del irritado cielo
»La maldición tal vez!»

El poeta, que se siente arrebatado por el torbellino, que ve agostarse sus esperanzas y decaer su fé, y huye del estrecho recinto de las ciudades, y anhelando respirar un aire mas puro, esclama:

»¡Dejadme en las riberas
»Del anchuroso Plata,
»Cave su verdes islas
»Y bosques de azahar,
»Absorto en las bellezas
»Que su cristal retrata,
»Por montes y llanuras
»Risueño divagar!

»¡Dejadme, si, dejadme
»Perder en el desierto,
»Sombrio, inmensurable,
»Sin vallas ni confin,
»Y sorprender su horrible
»Sublime desconcierto,
»Al grito del salvaje
»Cargado de botín!»

Una vez allí, pinta la espléndida naturaleza del suelo americano con pinceladas tan felices como estas:

«Suelo feliz donde saltan
»Mil plácidos arroyuelos,
»Que al reunirse murmurando,
»Se dan amorosos besos:
»Donde apenas la semilla

- »Toca la tierra, al momento
- »Vida bebe, y fecundada
- »Se levanta sacudiendo
- »El flexible, arroso tallo
- »Que un germen encierra eterno:
- »Pensil que naturaleza,
- »Bajo forma de ángel bello,
- »Para gozar sus amores
- »Convierte en fragante lecho,
- »Y cual regalo de bodas
- »Le tapiza en su embeleso
- »Con los dones mas preciosos
- »Que esconde en su fértil seno.
- »Por eso América tiene
- »Grabado de Dios el sello
- »En su faz esplendorosa,
- »Y tal vez solo por eso
- »Encierra lo que en sus lares
- »Busca en vano el europeo,
- »Con el sudor de su frente
- »Regando el hambriento suelo.»

La prodigiosa fecundidad de los ganados, ramo principal de la riqueza de todas las provincias del antiguo vireinato de Buenos-Aires, está perfectamente espresada con la siguiente imagen:

- »..... los animales
- »Se multiplican sin cuento,
- »Y blanquean entre el verde
- »Cual flores en un almendro.»

En la pintura de los hosques, flores, plantas y demas accidentes del suelo, resplandecen en alto grado las dotes que los criticos citados se complacen en reconocer en el señor Magariños Cervantes. Sus descripciones se distinguen por la riqueza del colorido local y el sentimiento. Ora nos muestre al brillo del fugitivo relámpago las copas de los *ombues* envueltas en la densa atmósfera de la tormenta, sacudidas por las alas del Pampero, ondeando de trecho en trecho, semejantes *al vacilante reflejo de una corona de estrellas*

- » Cuando velada entre nubes
- » Brilla fúlgida en el centro.»

Ora nos revele la sensacion que se experimenta en un hermoso dia de verano, debajo de aquellas magnificas bóvedas, ricas de sombras y perfume, que sin auxilio del arte improvisa allí la naturaleza, entretegiendo el ramage de los árboles y vistiéndolos de flexibles enredaderas;

- »Que alombran el verde suelo,
- »Y desde el tronco a la copa,
- »Los visten con un esplendido
- »Manto de flores y hojas
- »Que agita ondulante el zéfiro.

- » Los rayos de luz penetran
- » Lentamente por los huecos,
- » Y plácidos iluminan
- » Perdiendo su ardiente fuego.
- » Su sombra medrosa inspira
- » Encontrados sentimientos,
- » Y el alma tiembla agitada
- » De placer y de recelo:
- » De la tibia madrugada
- » Parece el primer destello,
- » O bien de una hermosa tarde
- » El fugaz rayo postrero,
- » Que el sol moribundo lanza,
- » Y de ola en ola corriendo,
- » Cruza la mar y se pierde
- » Entre su argentino velo.»

No es menos afortunado el poeta en la descripción de las plantas y flores indígenas; ¡qué sencilla, qué verdadera y poética es la de la *flor del aire*!

- »La flor del aire, que solo
- »Se alimenta con el riego
- »De la noche, y en las ramas
- »De los árboles suspenso
- »Su frágil tallo columpia,
- »Viva imagen del deseo.»

A las descripciones de la naturaleza inanimada, sucedense cuadros en que las tribus salvajes del desierto aparecen con los rasgos que les son peculiares. El joven poeta del Uruguay ha tenido el tacto de escoger entre ellas para intercalarla en la parte dramática de su obra, la mas esforzada y belicosa del Nuevo Mundo, despues de los célebres araucanos. Nos referimos á los *charruas*, á esos indómitos montaraces, llamados por algunos historiadores los espartanos de América, quienes por espacio de tres siglos lucharon contra España y sus descendientes hasta desaparecer de la faz de la tierra. En el capitulo XII están fielmente descritos: de él entresacamos estas dos estrofas:

- »Son atléticas sus formas.
- »Mas carecen de hermosura:
- »Es muy baja su estatura,

» Su presencia muy brutal;
 » Pero aquel tronco animado
 » Potente lleva en sí mismo,
 » Tan selvático idiotismo,
 » Tanta fuerza material;

» Que parecen, agrupados,
 » Y corriendo á toda brida,
 » Una mole que impelida
 » Por el brazo de un titán,
 » Mintiendo trémula lava
 » Con cabezas, potros, sables,
 » Baja en haces formidables,
 » De la cumbre de un volcán.

El poeta, al recorrer los campos, penetra en la *Estancia*, en esa especie de morada feudal, aislada en medio del desierto; describe su vida, las pláticas de los *gauchos*,

» Sentados en el tronco
 » de secular ombú.

Sus correrías por la tarde y cuando

» Después de *parar rodeo*
 » Todos en igual deseo
 » Volaban al fresco hogar,
 » Donde el *mate*, la fragante
 » Yerba que el trópico cria,
 » En sus labios esprimía
 » Dulces gotas de maná.»

Las veladas nocturnas al amor de la lumbre, y las trovas de los *palladores*, cuyas *desaliñadas coplas*,

« Sin esfuerzo ni trabajo
 » Como las tranquilas ondas,
 » Una á una dulcemente
 » Van saliendo de su boca;
 » O de repente, veloces,
 » Penetrantes, ardorosas,
 » Se escapan como centellas
 » Y el fondo del alma tocan.
 » Porque su maestro es
 » La naturaleza sola,
 » A quien ellos sin saberlo
 » A oscuras y á tientas copian.»

Las *yerras* y *trillas*, las fiestas y bailes campestres, donde

» Cuanto brilla y se ve entorno
 » Es natural y comparte

» Ese hechizo y ese adorno
 » Que nada deben al arte.

» Frescas yerbas odorosas
 » El ancho suelo tapizan,
 » Por donde van las hermosas
 » Cual cisnes que la onda rizan.

» No brilla la turba llena
 » De luciente pedrería,
 » Ni blandamente resuena
 » Del piano la melodía;

» Pero en cambio tiernamente
 » La guitarra vibradora,
 » Suspira tan dulcemente
 » Como el que de gozo llora.»

Habiendo ya dado el autor repetidas pruebas de su facultad inventiva, creemos inútil examinar la manera como estos elementos entran á figurar y se identifican con los sucesos que constituyen la parte dramática de su obra; diremos si, que ésta ofrece el interés y novedad de sus producciones anteriores, y que por consiguiente aquellos solo sirven para realzar mas esas dos cualidades, verdadera piedra de toque de las obras de imaginación.

Los personajes interesan igualmente, porque en las mugeres la belleza moral, cuando no iguala, supera á la belleza física; y en los hombres, la vehemencia y lucha de las pasiones forma un contraste del mejor efecto, con la bondad y el carácter angélico de aquellas.

Isabel, la virgen del Uruguay, era

« Tan hechicera y divina,
 » Como el tipo que un pintor
 » Arrebatado idealiza,
 » Y si á trazarlo se lanza,
 » Jamás su pincel alcanza
 » La perfección que soñó.

» Pura violeta del valle
 » Entre el follage escondida,
 » Blanca tórtola perdida
 » En un bosque de azahar.

» Isabel simbolizaba,
 » Cuanto el pensamiento alcanza,
 » Emblema de la esperanza,
 » Delirio de la ilusión;
 » De alma angélica y de formas

- »Que de hermosura tesoro.
- »Eran el cerco de oro.
- »De joya de mas valor.»

Y Emilia. la rosa de Sevilla.

- Delicada sensitiva
- Que al roce menor se esconde,
- Harpa eólica que responde
- No bien la toca al pasar
- El aura mas leve....»

Las dos victimas de una pasion infeliz; la primera sacrificada para redimir las culpas de su amante, para traerle de nuevo al camino de la virtud, mostrarle el cielo al morir, y llevar su alma purificada bajo sus alas de ángel hasta el trono radiante del Altísimo: y la segunda, emblema de la abnegacion de que es susceptible el corazon de una muger que ama por la vez primera de su vida, y se cree amada con igual delirio, para aceptar la desgracia, el deshonor y hasta la muerte, sin poder odiar al culpable, sin querer revelar á nadie su nombre, y que exhala su último suspiro perdonándole:

- «.....devorada
- »De su infernal amor sobre la pira,
- »Como púdica estrella, si un cometa
- »La envuelve ardiente con su erin flámigera»

Criatura predestinada al dolor, que viene al mundo, como dice el poeta:

- «Solo para encantarnos en su vista»
- Rosada nube que la selva cruza
- Bebiendo aromas, y al mirarse henchida
- De perfumes y luz, hiende los aires
- Y en vapor impalpable se disipa.»

Criatura de origen divino, ser ideal, conjunto de belleza, de gracia, debilidad y nobles sentimientos; alma delicada, nacida para la admiracion y el amor, y que se agosta y sucumbe al rudo contacto de las profanaciones de la tierra. Serafin desterrado, por eso sin duda cierra sus ojos y se vuelve á las divinas esferas:

- «Al llegar el instante dulce y fiero
- »En que el materno amor se diviniza,

- »Y con el alma acaso, da y recibe
- »Prendas que el ángel al mortal envidia.»

Celiar, bajo cualquiera de las tres fases con que aparece en la leyenda, como *gaucho*, como *pallador* ó cantor, como gefe de los indios, es un tipo notable. Su imagen, en efecto, se imprime fuertemente en la imaginacion, ora le veamos

- «A los vientos tendida la melena
- »Con el lazo en la cincha del bridon,»

derribando al toro mas bravio, sujetando á un fogoso *pangaré*, *boleando* á un avestrúz, ó esperando al tigre frente á frente:

- «El poncho envuelto en la siniestra mano,
- »Y en la otra firme el matador puñal.»

El carácter altanero y sarcástico del gaucho, su arrojo é intrepidez aparecen en todo su relieve, cuando amenazado por don Juan, le contesta sonriéndose:

¿A mí, señor?... y al ir éste á descargarle una bofetada, le coge la mano, le rompe su guitarra en la cabeza, y desaparece con la velocidad del rayo.

Se comprende que un hombre semejante, arastrado por la desesperacion y los celos, é imposibilitado de vengarse, se refugiara entre los salvages, y para conseguir lo que anhelaba, hiciera lo que refiere en estos versos:

- «.....Electo gefe
- »Fuí por los indios, combatiendo osado;
- »Renegué de mi Dios y mis creencias,
- »Para halagar mejor su instinto bárbaro:
- »Me cebé de rapiñas, y terrible
- »Dejé de sangre y esterminio un rastro.
- »Los salvages se hicieron aguerridos
- »Luchando con los vuestros brazo á brazo!..

Añadiendo en la embriaguez del triunfo:

- Del Uruguay al Plata vencedores,
- ¿Quién podrá detener á sus caballos,
- Que el freno tasean y hácia Oriente miran
- Batiendo el suelo con el duro callo?
- ¿Quién podrá detener á los indómitos
- Valientes hijos del desierto, cuando
- La completa victoria de esta noche
- Para siempre hundió aqui el poder hispano?»

Sin embargo, este mismo hombre que hace una guerra de esterminio á los cristianos, sean españoles ó americanos, y que ha jurado hundir la civilizaci6n en la ribera izquierda del Plata, este mismo hombre que repite á cada paso á su sanguinaria tribu:

«Mata, estermina. degüella,
»Y donde estampes tu huella
»Ni aun césped torne á brotar!»

Este mismo hombre enaltecido por la pasi6n, se arrepiente luego de sus extravíos, y dice á Isabel:

«Jamás á la senda volveré del crimen...
»Tu amor me hará noble, generoso y bueno.»

Y mas tarde, moribundo, pide á un sacerdote de rodillas, la bendici6n que debe unirle á su amada y abrirle las puertas del cielo.

Don Juan, hombre de pasiones violentas é indomables, abusando á menudo del poder, es la personificaci6n del que se abandona á sus perversos instintos y rueda despeñado de precipicio en precipicio hasta caer en el abismo abierto por sus manos.

«Has de ser mía, aunque airado
»Se interponga entre los dos
»Mi destino encarnizado,
»Satanás, ó el mismo Dios.»

Dice á Isabel;—y Dios, para castigar su soberbia, la coloca bajo su diestra cuando el cree herir á Celiar. Se vale de su propia torpeza para arrebatárle el bien que tanto anhelaba, la causa de todos sus crímenes.

Esta manera de explicar las eternas leyes de la justicia y de la moral, revela en el autor un profundo sentimiento de lo bello y no escaso conocimiento del arte. Otro tanto decimos del desenlace: la muerte de Celiar y don Juan era indispensable; se habian manchado los dos con demasiados crímenes para vivir tranquilos en la tierra; y muertos ambos, ¿qué haría Isabel sola en el mundo.... esa alma virginal y poética?... —¿Dejarla que vegetase y se consumiese lentamente á la llama de sus recuerdos? ¿Casarla con otro?... ¿Hacer que don Juan ó Celiar se salvaran?... El autor contesta victoriosamente á estas suposiciones vulgares y prosaicas:

«Esa muger sublime no podía
»Consagrar á ninguno su ternura.
»Cualquiera de los dos marchitaria
»La flor de su ilusi6n, como ella pura:
»Y ninguno, ninguno merecía
»Profanar su seráfica hermosura,
»Ni desgarrar la venda encantadora
»Que le ocultaba la verdad traidora.

»La realidad amarga de la vida
»No acibaró sus últimos instantes;
»Por el dolor y el infortunio herida,
»Tan amorosa y pura como antes
»Cerró sus bellos ojos, y adormida.
»En las aéreas esferas rutilantes
»Fué á despertar del encantado sueño
»Que la brindaba el porvenir risueño.»

Con esa misma delicadeza de sentimiento traza el señor Magariños Cervantes el cuadro que lleva por título *Esposos en la tierra unidos en el cielo*.

Su sensibilidad de poeta se revela en esa lágrima

«Oculta en el alma, cual perla preciosa,
»Que si no la arrancan no asoma á la orilla.»

En esa irresistible influencia que en su ánimo ejercen la belleza y la bondad, cuando nos dice que todos al lado de los dos jóvenes amantes

«..... parece que olvidaban
»Cuanto en la tierra ingrata nos hace suspirar.»

Cuando idealiza el interés que inspiran y cree que

«Al verlos en silencio dichosos contemplándose»

ó al sorprender una sonrisa ó una lágrima suya:

«Cualquiera enternecido para ellos demandara
»Placeres, alegrías, felicidad sin fin,
»Cualquiera en su alba frente pusiera una guirnalda
»Tegida con las flores del immortal jardín.»

Ese entusiasmo por lo bello y por lo bueno, aparece frecuentemente impregnado de tierna melancolía en el transcurso de la leyenda. Se conoce que el poeta, al pulsar las cuerdas de su lira,

«..... dejó al sentimiento
»Que abriese del alma la plegada flor.»

Y acaso, sin advertirlo, traduce en simpatías armonías los generosos instintos de su corazón.

Con muchos ejemplos tomados de las mismas páginas que vamos rápidamente recorriendo, podríamos justificar nuestro aserto; pero nos bastará añadir a los anteriores, el homenaje que consagra a la paz del alma, cuando todavía ésta no ha experimentado el vértigo de las pasiones:

«Paz del alma! casto aroma
»De esa virginal violeta,
»Que su cáliz entreabre
»Al soplo de la inocencia,
»Y deja escapar un aura
»Tan embriagante y serena,
»Como la luz que en los ojos
»De un tierno infante riela.»

Al lado de estos pensamientos, recomendables por su sencillez y ternura, hay otros que se distinguen por su novedad, ó por la exactitud y belleza de las imágenes, por su valentía ó por la facilidad con que están versificados. Escogemos al acaso los siguientes, y con ellos terminaremos nuestras citas y este prólogo, cuyo objeto no es otro que dar una idea exacta de las producciones del señor Magariños Cervantes, y muy especialmente de la obra que tenemos á la vista.

Para pintar la velocidad con que los *parejeros* (caballos de carrera), devoran el espacio, marca en un solo verso una de sus costumbres características:

«Iba el caballo de su sombra en pos.»

El placer que baña el semblante, y el idealismo que envuelve á una muger joven y bella, cuando en medio de un baile se destaca radiante y deslumbradora, entre la nube de adoradores que la rodean, le inspiran este oportuno símil:

«Graciosa cual nunca la hermosa doncella,
»Parece una maga fascinante y bella,
»O etérea vision,
»Cuando desplegando sus mágicas galas,
»Asoma en el iris, tendiendo sus alas,
»De amor pabellon.»

Pocos definirían mejor, aun siendo en prosa, la fuerza y el raudo movimiento de las bolas, esa arma terrible de los indios, adoptada por los gauchos, al llegar al blanco á donde van dirigidas:

«..... las bolas,
»Que silbando y revolviéndose,
»En los pies de su caballo
»Se enredan como serpiente,
»Que en derredor de su presa
»Sus mil anillos estiende.
»Al instante encadenado
»El parejero etc.

Nos agrada esta perifrasis de un adagio vulgar:

«Todo al fin pasa y se olvida,
»Que el tiempo que todo arrasa
»La dicha ó dolor nos tasa,
»Y colmada la medida
»Del bien ó el mal... todo pasa!»

La alegoría de la felicidad que huye delante del que la persigue como un fuego fátuo, y el origen de éste, son imágenes nuevas y altamente poéticas.

«Como huye ante esforzado caminante
»De una tumba la luz, rocío brillante
»Que vierte el alma al remontarse á Dios.»

También hay originalidad en la que emplea el autor para dar una idea de la rapidez y espanto con que Isabel, al ver el puñal que va á herir á Celiar, se precipita entre él y su asesino, mas ligera que una paloma cuando al oír el estallido del rayo

«Las alas tiende y á su prole oculta.»

Finalmente, la manera como nace, el rápido incremento que adquiere, y los estragos que en breve tiempo ocasiona una pasión contrariada, difícilmente se espresarían con mas verdad, concisión y energía.

«Chispa que al brotar escasa
»El alma despues abrasa
»En un incendio; escondida
»Sierpe que del pecho asida
»Cual la yedra á la pared,
»Va aspirando gota á gota
»La sávia de la existencia
»Hasta que el raudal agota
»Y creciendo en su vehemencia
»Nos mata de amor la sed!»

Celiar, en suma, es un cuadro completo de la fisonomía de nuestros campos, y una linda

novela enriquecida con las galas de la poesía. Las láminas que acompañan el texto están dibujadas con singular acierto por el señor Urrabieta, que ha justificado con ellas su bien merecida reputación. Como sucede siempre que un hábil artista se encarga de interpretar los pensamientos de un autor que vale algo, sus bellas inspiraciones contribuyen á realzar el interés y novedad de los variados episodios que tanta animación prestan á la obra del poeta americano. Damos al autor y al artista nuestro sincero parabien.

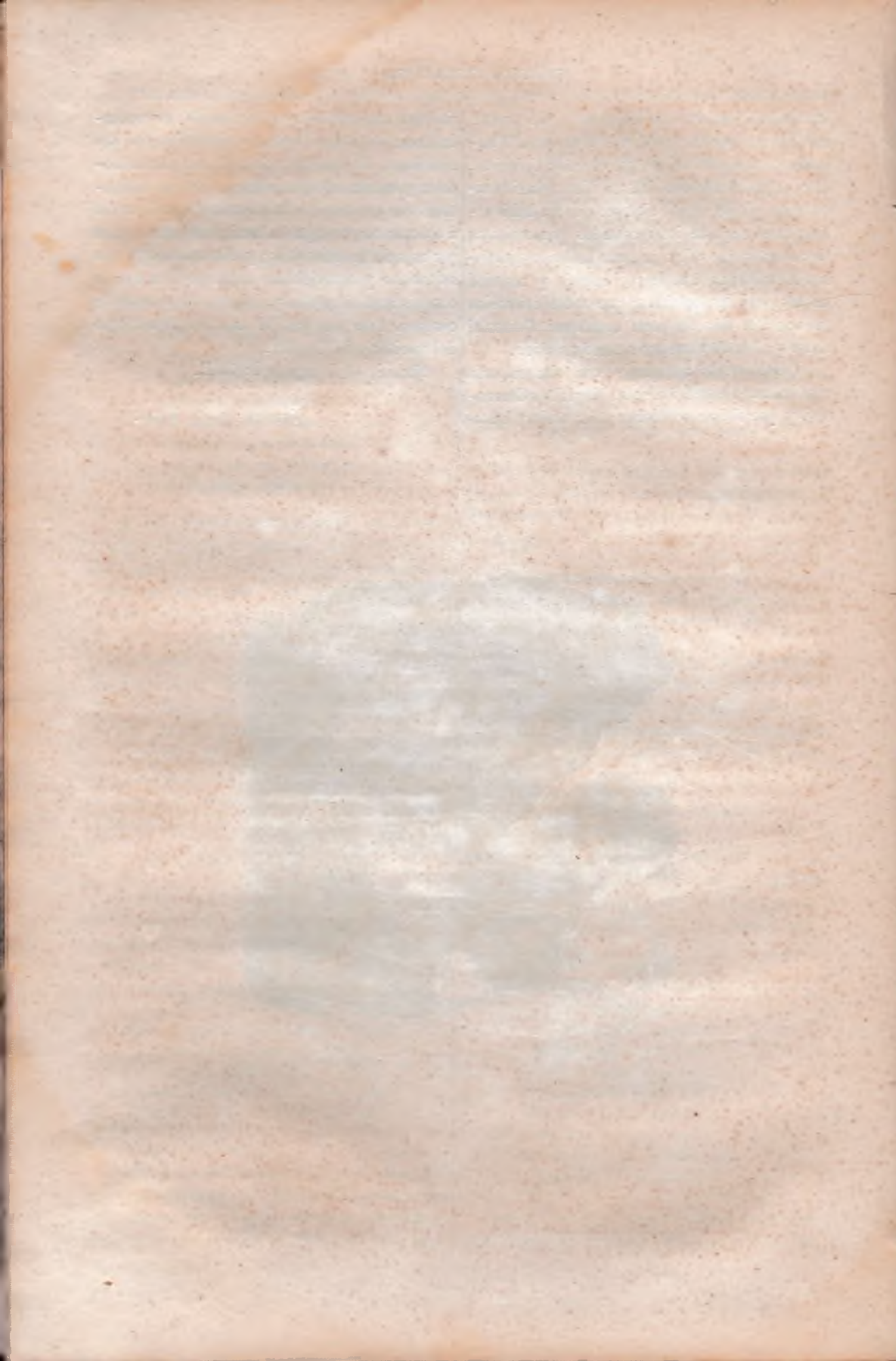
Concluiremos apuntando una circunstancia que honra en extremo al señor Magariños Cervantes, y que si éste no tuviera otros títulos, basta-

ria para asegurarle la estimación de sus conveciudadanos: lejos de su patria y de su familia, sin relaciones, sin amigos y sin recursos vino á Madrid, y luchando briosamente contra las dificultades con que tropieza todo escritor novel, se dio á conocer con ventaja; ha escrito sin interrupción por espacio de seis años; y sin mas apoyo que su talento y apreciables cualidades, ha sabido conquistarse el aprecio y simpatías de cuantos le conocen. Esto solo hace el mas completo elogio del escritor y del hombre.

Madrid, 30 de agosto de 1852.

VENTURA DE LA VEGA.





PRÓLOGO DEL AUTOR.

A principios de 1845 me hallaba yo en el Brasil, é hice una escursión al interior, deteniéndome algun tiempo en una de las mas bellas *fazendas* de la provincia de Rio-Janeiro, perteneciente á los señores Araujos, acaudalados propietarios de dicha ciudad, con quienes me unen, aunque lejanos, afectuosos vínculos de parentesco.

Durante esa rápida escursión, oí contar una lamentable historia, que si no es la que hoy ofrezco al público, sugirióme la idea primitiva que he desarrollado en esta leyenda.

En ella he intentado delinear, con el auxilio de una fábula interesante, la fisonomía de nuestros campos, y presentar á la vez algunas fases de la vida social de los pueblos uruguayos antes de la revolucion.

En la época á que me refiero, aunque bosquejé casi todos los cuadros que componen la leyenda, dejé para dias mas tranquilos la conclusion de los que faltaban, asi como las adiciones y correcciones necesarias á los ya terminados. Entonces, que escribia por gusto y no por necesidad, en vez de enviar mis borradores á la imprenta antes que se secase la tinta, como me sucede ahora, tenia la costumbre de guardarlos por algun tiempo, y leerlos despues con detenimiento, inutilizando todo lo que no me parecia

bueno (que era la mayor parte) y escuchando el voto de algun amigo ilustrado que se dignaba darme su opinion con lealtad y franqueza.

Tengo el placer de contar en este número, respecto de CELIAR, á los señores Alsina (don Valentin), Lamas, Gomez (don Juan Carlos) Sarmiento y otras personas competentes. Su opinion, en extremo benévola, decidióme á dar la última mano á este trabajo y prepararle para la impresion, cuando sucesos independientes de mi voluntad me trajeron á las playas de Europa.

Volví, pues, á guardar mi CELIAR, y probablemente hubiera dormido en el fondo de mi baul algunos años mas, ya que por fortuna en España nadie quiere imprimir versos, ni aun de valde, cuando los últimos acontecimientos del Rio de la Plata me obligaron á revolver mis papeles para escribir la série de artículos que ha publicado el *Orden*, y me encontré con los borradores de la leyenda empezada en el Brasil, y casi terminada en Montevideo.

Propuse su adquisicion á mi buen amigo el señor don Francisco de Paula Mellado, á quien me complazco en pagar aqui este débil homenaje de mi aprecio y gratitud por este y otros señalados favores que le debo, y contra mis esperanzas, no solo aceptó el señor Mellado la leyenda, haciéndome proposiciones ventajosas, sino que

quiso enriquecerla con grabados *originales*, hechos por el distinguido artista don Vicente Urrabieta, é intercalarla en la segunda série de la BIBLIOTECA ESPAÑOLA.

Tanto por esta circunstancia, como por ser la primera obra en verso que publico en España, hubiera deseado poder consagrar á su correccion y mejora doble tiempo y trabajo:—por desgracia, los que saben lo que cuesta aqui vivir solo de la literatura, lo que da de si la literatura, y las imprescindibles atenciones del que no cuenta con otros recursos, comprenderán la imposibilidad material en que se verá amenudo de sacrificarse estérilmente por el arte.

Hay, sin embargo, en el corazon del artista hácia su obra, algo tan vehemente como el cariño de un padre por sus hijos, y este sentimiento le presta fuerzas para hacer en su obsequio acaso mas de lo que racionalmente podria exigirle.

La critica prescinde de todo eso: conviene recordárselo; no para que disimule los defectos, sino para que los comprenda mejor y no los atribuya á torpeza ó ignorancia, como sucede generalmente.

Recuerdos identificados con una de las épocas mas bellas de mi vida, me inspiran una marcada predileccion hácia este libro: acaso valga menos que otros mios, pero le quiero mas.

CELIAR es la tercera página de las BRISAS DEL PLATA, coleccion de poesías puramente americanas, de las cuales muchas han visto ya la luz en los periódicos de mi país y algunas en los de la Península. El pensamiento que predomina en todas, se reduce á buscar nuestra poesia en sus verdaderas fuentes, es decir, ya en el pasado, ya en el presente, ya en el porvenir de América; ora en las maravillas de nuestra espléndida naturaleza, inerte y animada; ora en las escenas originales de nuestras estancias y desiertos: tan pronto penetrando en el caos de nuestras miserias y estravíos políticos y sociales, como elevándose en alas del génio de la patria, y cantando los dias gloriosos de la independencia sud-americana, sus hombres célebres, estadistas, guerreros, poetas, escritores, ó simples ciudadanos, buenos y malos; á los primeros para presentarlos á la admiracion del mundo y á la meditacion de la juventud americano-hispana como el mejor ejemplo que puede imitar; y á los

segundos, para marcarlos en la frente con sell, perdurable de infamia y sacarlos á la vergüenza pública, como la mejor sátira contra los vicios ó crímenes que les han granjeado la funesta celebridad de que gozan: tan pronto vencido por el desaliento ó la ira, vertiendo en una página lágrimas de fuego y rompiendo indignado las cuerdas del harpa, como entonando, al volver esa misma página, un himno de gracias al Altísimo por los bienes que nos ha prodigado, y pedirle que á su sombra germine la union, la concordia y el olvido de nuestras malas pasiones...

Repetiré aqui para terminar lo que decia en el prólogo de las *Brisas*, escrito en 1844:

«Dios y la libertad; mi patria y América; el pasado, el presente y el porvenir; nuestra sociedad y nuestra naturaleza; las ciudades y los campos; nuestras esperanzas y nuestros desengaños; la gloria y la virtud; el amor y la religion... han sido mis génius inspiradores, han sido las fuentes donde he bebido las ideas de todo lo bello, original y progresivo que pueda haber en este libro.

»Feliz mil veces, si á pesar de sus defectos, encuentra eco entre la juventud á quien le dedico! Feliz mil veces, si puede distraer por un momento á tantos corazones desgarrados por la férrea mano de nuestras contiendas, y destilar en sus heridas una gota del bálsamo puro que derraman las armonías del verdadero poeta. No aspiro á mas lauro ni recompensa.»

Y eso que escribia hace ocho años, á los diez y ocho años de mi edad y á dos mil leguas del Viejo Mundo, vuelvo á repetirlo hoy en Europa, con la misma fé, con la misma sinceridad que entonces. Lo que he vivido y sufrido, lo que he estudiado y aprendido, lo que he visto y meditado aqui, me afirma mas y mas en mis creencias. En medio de los pesares y contratiempos que han amargado mi borrascosa existencia, es grato y consolador ver como la razon del hombre confirma lo que el corazon del adolescente adivinó por instinto.

Celiar es una página mas de ese libro inmenso, LAS BRISAS, que si Dios me da el tiempo y el génio necesarios para seguir escribiendo hasta donde y de la manera que deseo, tal vez forme un escogido *Album* ó fresca guirnalda digna de colocarse, si no en la frente, á las plantas de la patria.

Acaso me alucina el amor propio; pero... ¿por qué desmayar al principio del camino, cuando personas cuya aprobacion bastaria para arrojar la simiente de la vanidad en cabezas mas vigorosas y maduras que la mia, me estimulan y comprometen con sus elogios exagerados (si bien los creo sinceros) á no desmentir la ventajosa opinion que tienen de mi escaso ingenio?... Por otra parte, la mas pobre ofrenda adquiere un precio inestimable, siempre que se brinda espontáneamente y con oportunidad; y acaso por este motivo reciban mis compatriotas con doble indulgencia este humilde recuerdo, y me lo agradezcan y pronuncien mi nombre con placer en estos momentos de reconciliacion, de fraternidad y generoso olvido. Cuando ya no hay mas que una bandera levantada,—la bandera de la patria,—cuando todos se apellidan hermanos y confunden en un sincero abrazo sus antiguos odios y rencores, todos están dispuestos á fraternizar con el que arroja una flor, aunque de poco mérito, en el fragante ramillete de su felicidad.

Para celebrar ese fausto acontecimiento, yo quisiera tener tantas y tan preciosas flores como encierra en sus vírgenes selvas el Edem americano, á fin de ir las esparciendo desde las riberas

españolas hasta las márgenes del Plata, y demostrar así el vivo interés y entrañable amor con que miro todo cuanto se refiere á la dicha y prosperidad del suelo que me vió nacer.

¡Repúblicas del Plata! pueblos hermanos unidos hoy por los lazos del amor y la victoria; Montevideo, nueva Troya, último baluarte de la libertad, vencida ya y proscripta en el resto del argentino rio; Entrerrios, Brasil, Corrientes, generosos aliados que en el momento crítico pusisteis vuestra espada en la balanza, y escribisteis con ella una página inmortal en Monte-Caseros; Buenos-Aires, patria de las primeras inteligencias del Plata y cuna de la independencia sud-americana; pueblos del Uruguay y de la confederacion argentina, yo os acompaño á todos en vuestra alegría y felicidad, y pido únicamente al cielo ráfagas impetuosas que al soplo del huracán, menos rápido que mi deseo, arrebaten mi volador esquife hasta encallar en vuestras queridas playas; inspiracion para consagraros un canto digno de vosotros, y un rayo del sol que os alumbra al cerrar mis ojos el sueño eterno de la muerte.

Madrid 1.º de agosto de 1852.

A. MAGARIÑOS CERVANTES.



CELIAR.

—♦♦♦♦♦—



INVOCACION.

¡Dadme mi lira!... dádme la que siento
En mi frente convulsa y agitada
Arder la inspiración!

HEREDIA.

Luz santa que entre el llanto
Pura en los ojos brilla
De América, sus hijos
Al ver en lucha atroz;
A ti, sublime antorcha,
Te invoco de rodillas;
Vibra en mi frente un rayo
Y enciéndela veloz!

Aunque a su brillo ardiente
Mi flaca sien estalle!
Aunque se exhale el aura
Que alienta mi vivir!
Ay! aunque sea muriendo
Que sobre mí te halle,
Bastando el negro velo
Que envueta el porvenir!

En medio el torbellino
De nuestra ingrata vida,
Se agosta la esperanza,
Vacila el corazón;
Y en cada sol mas débil
El alma dolorida,
Arroja al desengaño
Marchita una ilusión.

Fatal es el presente
Para la raza hispana!
Do quiera en ambos mundos
Su estrella fatal es!
Do quiera nos abruma
Como espion tirana,
Del irritado cielo
La maldición tal vez!

Dejad que se remonte
Del entusiasmo en alas,
Y un día mas sereno
Y un aura mas sutil;
En el espacio inmenso
De las etéreas salas,
Busque y encuentre acaso
Mi espíritu febril.

Dejadme en las riberas
Del anchuroso Plata,
Cave sus verdes islas
Y bosques de azabár;
Absorto en las bellezas
Que su cristal retrata,
Por montes y llanuras
Risueño divagar.

Dejadme, sí, dejadme
Perder en el desierto,
Sombrio, inmensurable,
Sin vallas ni confin;
Y sorprender su horrible
Sublime desconcierto,
Al grito del salvaje
Cargado de botín.

Dejadme que me acoja
Bajo el pajizo *ranchito* ⁽¹⁾
Mientras gritando sigue
Fatídico el *Jahá* ⁽²⁾;
Y allá en la estensa loma
Se para el vil *Carancho* ⁽³⁾,
Marcando con su vuelo
Do el enemigo está.

Y en tanto que el *Pampero* ⁽⁴⁾
Con furibundo embate,
Los árboles se lleva
Cual plumas de alción;
Dejadme sin recelos
Al aspirar el *mate* ⁽⁵⁾,
Oír americana
Dulcísima canción.

Venid! venid conmigo.
Los que alumbró en la cuna,
El Sol que fecundiza
Del mundo el gran jardín;
El Sol que en cada rayo
Vibra y potente aduna
De Dios una mirada,
Que envidia el serafín!

Venid! y contemplemos
Dorado por su lumbré,
De tantas maravillas
El cuadro encantador;
Y espárzase á raudales
La rica muchedumbre
De imágenes é ideas
Que esconde inspirador!

Venid! y cruzaremos
El llano, el monte, el río,
Y del *gaucho* ⁽⁶⁾ errante,
Y de la tribu infiel;
Cantando la arrogancia
La fortaleza y brío,
Tal como son, pintarlos
Mi lira sabrá fiel.

Ya en torno de mí giran
Las tradiciones bellas,
Del invasor escritas
En el acero audaz;
Que rojo centellea,
Marcándome las huellas,
Del que vencido implora
La muerte y no la paz,

Ya miro en lontananza
Cruzar cual meteoro,
Las desbandadas huestes
Del arrogante infiel;
Y retremblar el suelo
Con estridor sonoro,
Bajo el sonante callo
Del rápido corcel.

Diviso á mis *gauchos*
En potros no domados,
Volviendo del *rodeo* ⁽⁷⁾
Bajar en confusión;
Por cerros y barrancos,
Por valles y collados,
Cual bandas de *cóndores* ⁽⁸⁾
Que vuelan en montón.

Los miro de allí á poco
Mientras la sombra avanza,
Sentados en el tronco
De secular *ombú* ⁽⁹⁾;
En pláticas sabrosas
De amor y confianza,
Ver asomar la luna,
Y á su argentina luz,

Las nubes, las estrellas,
Los árboles, las flores,
Los montes y los ríos,
En mágica ilusión;
Cubrirse con un velo
De místicos fulgores,
Y sorprender en ellos
A Dios el corazón!...

.....

Dejadme, pues, que ciego
De mi entusiasmo en alas,
Un día mas sereno
Y un aura mas sutil;
En el espacio inmenso
De las etéreas salas,
Busque y encuentre acaso
Mi espíritu febril.

Bastante ay! he llorado
Y lloro cada día,
Porque es mi lira el eco
De mi generacion:
Sus destempladas cuerdas
Suspiran todavía,
Cuando al herirlas siento
Bullir la inspiracion.

En brazos del *pasado*,
Cansado del *presente*,
Dudando del *futuro*,
Consuelo busco y paz;
Como el que fué dichoso
Y horrible pena siente.
Para calmar su angustia
Los ojos vuelve atrás.

Vosotros que infelices
Llorado habeis conmigo,
Ahora ya una historia
De amor os contare;
Y si templar con ella
Vuestro dolor consigo
No mas que un solo instante.
Harto feliz seré!

El canto de los bardos
Es bálsamo sublime,
Que infunde vida al alma
Y al corazón también;
Feliz si el que os ofrezco
Vuestro pesar redime,
Y cae en vuestro pecho,
Qual gota del Edem!



OJEADA RETROSPECTIVA.

Sobre la estensa ribera
Aquí y allí se levantan
Humildes chozas cubiertas
Con blandos mimbres y paja.
De tan endebles cimientos
Naciste patria adorada!

ADOLFO BERRO.

Corría el siglo diez y ocho,
Y el buen rey Fernando sexto
De la ibera monarquía
Feliz empuñaba el cetro.
España y el Nuevo Mundo
Reconocían su imperio,
Y temible todavía
El noble pendón ibero,
En todas zonas y mares
De orgullo y de gloria lleno.
Sus castillos y leones
Ondear hacían en el viento,
Que aun repetía do quiera
De la España el nombre escelso.
Ante el cual, si ya la tierra
Muda de asombro y de miedo
No se postraba, aun le oía
Con envidia y con respeto.
De su pasada grandeza
Tan solamente al recuerdo.

Todos envidiaban, todos,
Su alta gloria y los trofeos
Que de Granada hasta Otumba
Ganó su invencible esfuerzo;
Y contra España aliados
Los monarcas europeos,
Fueron robándola impíos,
Uno á uno, los mas bellos
Florones que en su corona,
Como brillantes luceros,
En torno al sol de su gloria
La victoria iba encendiendo,
A los golpes de su espada
Y á los rayos de su genio.

Así al fin debilitado
De su gran poder el nervio,
Cayó el gigante, y sus brazos
De la vieja Europa huyendo,
Se aferraron moribundos
De la América en el suelo,

Cual si quisiera, vencido.
 Comprar con su último aliento
 Para aquel mundo, hijo suyo,
 La felicidad al menos!

En la época en que comienza
 La historia que yo refiero
 La patria oriental ⁽¹⁰⁾ no era,
 (Escepto Montevideo,
 Maldonado y la Colonia)
 Mas que una reunion de pueblos
 Compuestos de pobres *ranchos*
 Alzados á corto trecho.
 Un alcalde ó comandante
 Desempeñaba el gobierno,
 Con facultades omnímodas
 Su autoridad ejerciendo.
 Lo cual, si poco importaba
 Con hombres de juicio recto,
 Con otros de ruines hábitos
 Era en verdad un infierno.
 Y como dicen que abundan
 Mas los malos que los buenos,
 Ya supondrán mis lectores
 Lo que pasaba en los pueblos.

Amen de alguna injusticia
 Y otras cosas que reservo,
 Los salvages los tenían
 En continuo azoramiento.
 En crecidísima hueste,
 Sobre ágiles *parejeros* ⁽¹¹⁾
 De repente aparecían
 Cual nubarrones de invierno,
 Y arrebatando el ganado.
 Y dando á las mieses fuego.
 Y matando ó cautivando
 Al que hallaban á su encuentro,
 Ensondeciendo los aires
 Con alaridos tremendos.
 Refugiábanse á la sierra
 O á los *palmares* inmensas
 Que en *espigada falange*
 Bordan aquellos desiertos.
 Y rodean las escasas
 Poblaciones que en su centro,
 Como tiendas salvadoras,
 Plantó previsor viagero.

Rara vez los españoles
 Fueron allí á sorprenderlos,
 Que aquellas tribus indómitas

No eran como las de Méjico
 O del Perú, que cobardes
 De la pólvora al estruendo,
 Trémulas de espanto huían
 Como tímidos corderos.
 Los salvages *orientales*
 Con tal brio combatieron
 Por espacio de tres siglos,
 Que su constancia y denuedo
 Solo terminó en la tumba
 Donde terminaron ellos:
 Y los que aun quedan, indómitos,
 Cual sus ascendientes fieros,
 Sin dar ni pedir cuartel
 Nos disputan el terreno
 Palmo á palmo y línea á línea,
 Con tal encarnizamiento,
 Que si lo entregan, es solo
 Cuando todo está cubierto
 Con un rio de su sangre
 Y una montaña de huesos,
 Que crujen, saltan y gritan
 No bien los choca el *Pampero*:
 Tanto heroismo y constancia
 Merecían otro premio!

No lejos del *Uruguay* ⁽¹²⁾
 En un bellissimo otero,
 Como cosa de dos leguas
 Mas allá del llano estenso
 Donde hoy existe *Sandú*, ⁽¹³⁾
 Comerciante y rico pueblo,
 Existía ahora cien años
 Otro pueblo pintoresco
 En sus leyes y costumbres
 Igual á los de aquel tiempo:
 Pueblo inocente y sencillo
 Con su destino contento,
 Siempre obediente y sumiso
 Sin murmurar altanero;
 Porque don Juan de Altamira
 Era allí gefe supremo,
 El temido comandante,
 El hombre de altivo ceño,
 Que en nombre del rey de España
 Le dictaba sus decretos.

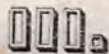
Y en un radio de diez leguas
 Alrededor de este pueblo,
 Muchas y ricas *estancias* ⁽¹⁴⁾
 Los pobladores hicieron,
 Y sus haciendas tomaron
 Rapidísimo incremento,

En aquel país do virgen
 Todavía está el terreno,
 Do todos los animales
 Se multiplican sin cuento.
 Y blanquean entre el verde
 Cual flores en un almendro,
 En número tan crecido
 Que hasta el cálculo es incierto.
 Suelo feliz donde saltan
 Mil plácidos arroyuelos,
 Que al reunirse, murmurando,
 Se dan amorosos besos:
 Donde apenas la semilla
 Toca la tierra, al momento
 Vida bebe, y fecundada
 Se levanta sacudiendo
 El flexible, airoso tallo
 Que un germen encierra eterno:
 Pensil que naturaleza
 Bajo forma de ángel bello
 Para gozar sus amores
 Convierte en fragante lecho,
 Y cual regalo de bodas
 Le tapiza en su embeleso
 Con los dones mas preciosos
 Que esconde en su fértil seno.
 Por eso América tiene
 Grabado de Dios el sello
 En su faz esplendorosa.
 Y tal vez solo por eso
 Encierra lo que en sus lares
 Busca en vano el europeo,
 Con el sudor de su frente
 Regando el hambriento suelo!

En esta mansion dichosa,
 Imágen del mismo cielo.
 La vida pasa, cual pasa
 Placer ardoroso, intenso,
 Que brilla como el relámpago
 Y desaparece al momento.
 Pero en cambio, las pasiones,
 De la razón roto el freno,
 Terribles, hondas, voraces
 Se truecan en un incendio,
 Que abrasa cuanto se opone
 A su volcánico anhelo.

Alli todos son poetas
 Y el raudal del sentimiento,
 Cuando se desborda, deja
 El corazón y alma llenos.
 Hombres y mugeres saben
 Amar con delirio ciego.
 Que para el placer y amor

Predestinados nacieron;
 Y nadie siente ni goza
 Cual sienten ó gozan ellos.
 Lo dudais?... pues silenciosos
 Venid conmigo y entremos.
 Entremos en algun rancho
 Y cabe el hogar sentémonos.
 Alli en grupos confundidos
 De la hoguera á los reflejos,
 Vereis á nuestros *gauchos*
 Tan bizarros como tiernos,
 Al compas de su guitarra
 Fáciles trovas urdiendo.
 Cantar las dulces historias
 De aquellos y destos tiempos.



LA ESTANCIA DE DON DIEGO SANDOVAL.

Gira en vano, reconcentra
 Su inmensidad, y no encuentra
 La vista en su vivo anhelo
 Do fijar su fugaz vuelo.
 Como el pájaro en la mar
 Do quier campos y heredades
 Del hombre y bruto guardadas.
 Do quier cielo y soledades
 De Dios solo conocidas,
 Que él solo puede sonar.

ECHEVERRIA.

Entre otras muchas estancias
 De la campiña frondosa.
 Una habia muy hermosa
 A orillas del Uruguay;
 Estancia muy frecuentada.
 Llena de paz y alegría.
 Que entonces pertenecia
 A á don Diego Sandoval.

Era don Diego un buen hombre
 De pobres padres nacido.
 Pero que habia adquirido
 Con su constancia y teson,
 Una colosal fortuna
 Y cuantiosas heredades,
 Que en aquellas soledades
 A bajo precio compró.

Recto, bondadoso, afable,
 Con un corazón sin dolo.
 El bien practicaba solo
 Por el gusto de hacer bien;
 Y jamás el desvalido
 Que triste llamó á su puerta.
 Dejó de encontrarla abierta.
 Ni sin alivio se fué.

Su influjo y sus relaciones
 Su proteccion y dñero,
 Eran siempre del primero
 Que le venia á ocupar.
 Y por eso sus amigos
 Y cuantos le conocian,
 Le apreciaban y querian
 Con afecto filial.

Pura violeta del valle
 Entre el follage escondida,
 Blanca tórtola perdida
 En un bosque de azahar,
 Flor y ave cuyo canto
 Y suavísima fragancia,
 Al viagero á la distancia
 Le revelan donde están:



La estancia de don Diego Sandoval.

Ademas, tenía una hija
 De belleza peregrina,
 Tan hechicera y divina,
 Como el tipo que un pintor
 Arrebatado idealiza,
 Y si á trazarlo se lanza.
 Jamás su pincel alcanza
 La perfeccion que soñó.

Isabel simbolizaba
 Cuanto el pensamiento alcanza.
 Emblema de la esperanza,
 Delirio de la ilusion:
 De alma angelica, y de formas
 Que de hermosura tesoro,
 Eran el cerco de oro
 De joya de mas valor.

Cuando tomaba en sus manos
La guitarra vibradora,
Bajo sus dedos sonora
Gemir parecía de amor:

Y si oía los elogios
Que todos la tributaban,
Sus mejillas se animaban
Y con sonrisa fugaz,



La virgen del Uruguay.

Sus brillantes ojos negros
Fulguraban repentinos,
Y de sus labios divinos
Echaba la voz.

Dando otro giro al discurso
Fijaba en tierra los ojos,
De purpurinos sonrojos
Teñida la blanca faz.

Siempre risueña y festiva
Con la paz de la inocencia,
Su venturosa existencia
Miró plácida correr.
Hasta que el amor de un hombre
Turbo su reposo ameno,
Y arrojó en su incauto seno
La primer gota de hiel.

Por él sintió las primeras
Emociones de ese anhelo.
Que junto al placer de un cielo
De un infierno el dolor dá:
Por él las noches en vela,
Y los días sin sosiego,
Pasó con delirio ciego
Preso de su amante afán.

Por él silenciosa á veces
En las tardes de verano,
Discurría por el llano
Y le buscaba do quier,
Cual busca la clara fuente
La cierva que herida vuela,
Y desangrándose anhela
Saciarse su terrible sed.

En la estancia de don Diego
Siempre huéspedes había,
Y siempre allí se reunía
Del contorno lo mejor;
Que á todos ¡ay! cautivaba
Sandoval con su dulzura,
Y de Isabel la hermosura
Les robaba el corazón.

Entre otros muchos sujetos
Del vecindario querido,
El gefe español temido
Solía venir también:
Pero al entrar deponía
Su grave y altivo ceño,
Y con caprichoso empeño
Tenaz hablaba á Isabel.

Casi todos eran jóvenes
Del pueblo y alrededores,
Constantes adoradores
De la hija de Sandoval;
Hermosos todos, gallardos,
Mirados uno por uno,
Pero de todos, ninguno,
Ninguno cual Celiar.

¡Cuántas veces en la tarde
Después de *parar rodeo*,
Todos con igual deseo
Volaban al fresco hogar;
Donde el *mate*, la fragante
Yerba que el trópico cria,
En sus labios exprimía
Dulces gotas de maná!

¡Cuántas veces palidienta
Asomaba la alba luna,
Reflejando en la laguna
Su estrellado pabellón!
¡Cuántas veces en sus sienes
Que la ambición no roía,
Su ténue lumbre caía
Con desmayado fulgor!

Y nunca faltaba un viejo
Que hablase de extrañas cosas,
Y aventuras fabulosas
Se pusiera á referir;
Y con la boca entreabierta,
Estática la mirada,
La multitud encantada
Creía su cuento ruin.

O traían á la rueda
Dos guitarras armoniosas,
Y en pláticas ingeniosas
Comenzaban á *pallar* ⁽¹³⁾
Primero cantaba uno,
Y al punto el otro debía
Responder, sino perdía
La apuesta formada ya.

Otras veces, uno solo
De los presentes al ruego,
Cantaba con mucho fuego
Tristes historias de amor:
O tomando algún valiente
Por asunto de su canto,
Le pintaba en su quebranto
Sucumbiendo á la traición.

O hablaban de *parejeros*,
De las próximas carreras,
De las apuestas primeras,
Del depósito común,
Y afables se concertaban
Para reunirse en las *trillas* ⁽¹⁶⁾
A correr por las *cuchillas* ⁽¹⁷⁾
Al *guanaco* ⁽¹⁸⁾ y al *ñandú* ⁽¹⁹⁾.

Y no obstante, muchas veces
Por una ligera chanza,
Ardiendo en sed de venganza
Se buscaban al salir;
Y con la ira en los ojos,
La rabia en los corazones,
Sin escuchar mas razones
Trababan sangrienta lid.

Asi volaban las horas,
Y el alba venia amorosa
En aquella estancia hermosa
A orillas del Uruguay;
Estancia muy frecuentada,
Llena de paz y alegria,
Que entonces pertenecia
A don Diego Sandoval.

IV.

CELIAR.

Some angel guide my pencil while I draw
What nothing else than angel can exceed
This man on earth...

YOUNG.

Onde Jacinto Lucero
Se presenta *voto-alante!*
No hay *quiebra* que tosa fuerte
Ni *china* que se le enfase.

Copla vulgar.

Y todos con el alma apasionada
Obsequiaban atentos á Isabel,
Un suspiro de amor, una mirada,
Implorando rendidos á sus pies.

Era hermosa la niña y conocia
La honda vehemencia de su cruel pasion,
Pero firme cual roca en su porfia,
Jamás sus cuitas indulgente oyó.

Hasta el mismo orgulloso comandante,
Llegó humilde su amor á pretender,
Y postrado á sus plantas, delirante,
Su mano le ofreció mas de una vez.

Y ella con desden, triste, enojosa,
Rechazaba tambien á aquel audaz,
Y bajando los ojos, silenciosa,
Enjugaba su lloro virginal.

Don Diego, que la amaba con delirio,
Temblaba muchas veces de temor,
Y don Juan, apurando su martirio,
En silencio montaba su bridon.

Pero luego mas tarde aparecia,
De la vasta llanura en el confin,
El amante feliz que poseia
El amor celestial de aquella huri.

Mas que el sol coronado de sus rayos,
Es hermoso el valiente Celiar;
Aun no cuenta felice veinte mayos,
Y ya de las hermosas es iman.

Para amar aquel hombre y adorarle,
Y sentir en el alma nuevo scr,
Bastaba una vez sola contemplarle
Sujetando un fogoso *pangaré*; ⁽²⁰⁾

O como tromba de pujanza llena,
Con *el lazo* ⁽²¹⁾ en la *cincha* ⁽²²⁾ del bridon,
A los vientos tendida la melenas,
Derribando al novillo mas feroz:

O valeroso en el estenso llano,
El bramido del tigre al escuchar,
El *poncho* ⁽²³⁾ envuelto en la siniestra mano,
Y en la otra firme el matador puñal,

Aguardar á la fiera frente á frente,
Y al sentirla ya encima, hundir veloz
El poncho por su boca de repente,
Y partirle de un golpe el corazon.

Tan cortés, cual valiente y desprendido,
La flor y nata de los gauchos es,
Y en sus galas, arreos y vestido
El lujo ostenta y vanidad de un rey.

Se distinguen las flores de su veste
Mal prendido su rico *richará* ⁽²⁴⁾,
Y de gamuza el *tirador* celeste,
Y de crugiente seda el *chiripá* ⁽²⁵⁾.

Las botas son de potro ⁽²⁶⁾; no se siente
El ruido de su huella en la estension:
Es de plata el puñal resplandeciente,
Hacia atrás suspendido con primor.

Cuando rendido el parejero, apenas
Sigue de otro la carrera audaz,
La estrella colosal de sus *chilenas* ⁽²⁷⁾
Sangrienta brilla como luz fatal.

Y al correr del caballo estrepitoso,
Que ya toca la meta vencedor,
Golpea la *carona* ⁽²⁸⁾ y armonioso
Silba el lazo prendido en el arzon.

Quien le viera á lo lejos con las *bolas* (30)
Al rápido avestrúz su tiro hacer,
O en choque, imagen de encontradas olas,
Su potro derribar y caer en pie;

Si su fama y renombre no sabía,
Por cierto no dejara de admirar,
Su gentil apostura y bizarría,
Su destreza y su gracia sin igual.

En las villas mejores, en los *Pagos* (30)
Do habia mas bellezas, con desden,
Menospreciando fáciles halagos,
Iba ejerciendo su prestigio él.

Entonces confiado el buen ginete
Le soltaba las riendas, y veloz,
Cual desbordada mole que arremete
Iba el caballo de su sombra en pos (32).

Mil entusiastas vivas resonaban
Y mil aplausos y espresiones mil,
Porque todos con ánsia le adoraban,
Porque él á todos encantaba allí.

Y por eso Isabel con su hermosura,
Pudo inspirarle y á la vez sintió
Una pasión de fuego, casta y pura,
Como los sueños del primer amor.



Celiar esperando á un tigre.—Pág. 35.

Escarchado de rica argentería,
Y combinado en armoniosa union,
El magnífico *apero* (31) mas lucía
Llevado por el joven seductor.

Resonaban los broches y cadenas
Al trote del indómito corcel,
Que al sentir en los flancos las *chilenas*
No pudiendo su furia contener,

Con blanquecina espuma, mas brioso
Tascaba el freno, sacudía la crin,
Y flexible arqueando el cuello airoso,
Hinchaba y comprimía la nariz.

Pasión celeste que la mente embriaga
Y el alma expande cual temprana flor,
Cuando la brisa su capullo halaga
Y entreabre sus hojas tierno el sol.

Y por eso la virgen tan esquiva
Para los otros, del garzon feliz
En las dulces miradas ¡ay! cautiva,
Las llaves de su pecho dióle al fin.

Y tan solo para él, tierna, amorosa,
Su origen recordó de serafin,
Abrió sus alas de jazmin y rosa
Y al cielo quiso con su amor huir.

Que era su afecto bendecido aroma,
Divino rayo de la etérea luz,
Que sus destellos y perfume toma
De tu guirnalda celestial, Jesús!

Y así aspirando la sublime esencia
De un sentimiento que mortal no es,
Con el fervor que inspira la inocencia
Se juraban los dos eterna fe.

Y en el confuso mar de las pasiones,
Que nos miente un Edem encantador,
Nacarados ensueños y visiones
Que idealiza poeta el corazón;

En alas del amor y fantasía,
Respirando tan solo para amar,
Aguardaban tranquilos otro día,
Isabel y el gallardo Celiar.



DIALOGO.

Non credo che quest' ultime parole
Potesse ex primer si, che fosse inteso;
E finì, come in debil lume suole,
Cui cera manchi, od altro in che sia accesso
Chi potrà dire appien come si duole
La giovinetta?...

(ARIOSTO.)

Que siempre faltan palabras
Donde sobran sentimientos.

(GRACIAN.)

Se amaban; pero el Destino
Hoy se opone á su amor fino,
Y un obstáculo previene
Que tremendo los detiene
De la dicha en el dintel:
Mas es vano su desvelo,
Que Celiar no le cede,
Ni aun cubierta con un velo
La esperanza retrocede
En el pecho de Isabel.

Pues constante en su porfía
Mas tenaz de día en día,
Ni una mirada siquiera
Le prodiga placentera
Al desdichado don Juan.
Su padre la reconviene
Ora irritado, ora afable,
Y ella firme se mantiene
En su delirio inefable
Siempre con el mismo afán.

—No puedo amarle, decía...

—No te lo pido, hija mía.
Le contestaba don Diego;
Pero tan solo te ruego
Que no le trates así:
Altanero y orgulloso
Tiene un carácter de bronce;
Si le irritas, impetuoso,
De todo es capaz, y entonce...
¡Ay desdichada de tí!

—Padre mío, aunque quisiera
Mi corazón no pudiera
Romper el muro de nieve
Que le oprime, desque aleve
Don Juan me habla de su amor.
Yo como amigo le aprecio,
Mas como amante me ofende...
¿Quiere apurar mas desprecio?
¿Todavía no comprende
Que me empalaga su ardor?

¿Pues entonce por qué osado
A mis pies arrodillado,
En infecundos clamores
Con su pasión y dolores
Me atormenta sin cesar?
¿No ve que su loco empeño
Mas mis desdenes provoca,
Y que otro hombre ya es dueño
Deste corazón que invoca
Y que no le puede amar?

—Sella el labio; tu alma pura
No comprende la amargura
Con que el desprecio acrecienta
La pasión que al fin revienta
Desgarrando el corazón:
Tú no sabes, inocente...

—Todo lo sé, padre mío,
Que también mi pecho siente
Ese hondo tormento impío
Que triunfa de la razón.

Chispa que al brotar escasa
El alma después abrasa
En un incendio; escondida
Sierpe que del pecho asida,
Cual la yedra á la pared,
Va aspirando gota á gota
La savia de la existencia,
Hasta que el raudal agota,
Y creciendo en su vehemencia
Nos mata de amor la sed!

—Esa es llama encandorada,
El amor con que se adora
Por vez primera, sentido
Y acaso correspondido
Con delirio y embriaguez;
Pero no el amor de fuego
De un corazón despreciado,
Que pide en estéril ruego,
Sangriento y despedazado,
Un imposible tal vez.

¡Oh! Altamira te ama tanto,
Que por no herirte, amoroso,
En risa trueca su llanto,
Y siendo tan poderoso
Ni aun lo quiere recordar.

—¿Qué me importa su grandeza,
Su poder y su riqueza,
Si mi amor nada ambiciona?...
¡Por un rey y una corona
No cambio á mi Celiar!

—Eres muy joven, por eso
Te abandonas con exceso
A tus prontas emociones.
Sin escuchar las razones
Que mi cariño te da:
Yo no exijo que te prestes
A la pasión que te jura;
Pero sí no le detestes,
Porque ya es mucha locura,
O mucha tenacidad.

Se acerca la Yerra ⁽³³⁾ espero
Si tu afecto á mí es sincero,
Que complaciente y afable
Sabrás hacer disculpable,
Tu indisculpable aversion.

—También vendrá mi querido,
¿Y cómo estará contento
Si ve que su amor olvido,
E interés por otro siento
Y preferente atención?

¿No le veis cómo me mira,
Cómo sin querer suspira,
Desque don Juan á mi lado
Viene importuno y osado
Sus quejas á repetir?

¿No le veis con qué presteza
Sobre el caballo se arroja,
Con cuánta delicadeza
Quiere el pesar que le enoja
Y sus celos encubrir?

—No, mi Isabel, tu delirio
Te representa un martirio
En una acción inocente;
Celiar es indulgente,
No le dará gran valor...

—Pero en silencio su pena
Dentro el pecho devorando,
Creerá que á su duelo agena...

—Basta!

—Señor...

—Yo lo mando!

—No podré...

—Podrás.

—Señor!...

Calló don Diego: llorosa
Cual la bella *Dolorosa*,
Bajó Isabel la cabeza
Pareciendo en su tristeza
La Virgen de Rafael:
Y don Diego cariñoso
Se le acercó conmovido,
Con acento pesaroso,
Diciéndola enternecido:
¿Por qué lloras Isabel?



VI.

LA YERRA.

Al rededor de una casa
Hay caballos ensillados.

Á la luz del alba escasa
Se ven grupos diferentes.

J. C. GOMEZ.

..... en lomas y llanos
Rebrama el toro soberbio,
Y bajo altivos caballos
Retumba herido el potrero

A. BERRO.

Apenas el alba hermosa
Por el Oriente asomó,
Tendiendo su rico velo
De púrpura y arrebol,
En la estancia de don Diego
Desde el *peon* al señor,
Ya despiertos se aprestaban
En revuelta confusion,
A *parar* todos *rodeo*
Antes de salir el sol:
Quién sacude su *recado* (34),
Quién corre tras el *bridon*,
Quién sopla la ténue hoguera,
Que de ténue se apagó;
Y prepara en ancho *mate*
Del agua al hirviente son,
La odorífera bebida
Que sentados en redor,
En un solo *mate* todos
Aspiran en comunión.

Hechos los preparativos
Al primer rayo del sol,
Por diferentes senderos
Van llegando dos á dos,
Casi todos los vecinos
Y amigos de distinción,
Que cercanos habitaban
En aquel alrededor.

Entre ellos venia risueño
En un alazan veloz
El comandante orgulloso
Esclavo de su pasión;
Aunque sospecha furioso
Que tiene un competidor,
Su amor propio le fascina,
Le hace sordo á la razón,
Y cree que al fin la niña

oirá mas tierna su voz,
Pues ya cansado, ha resuelto
Hablarla como señor.

¡Infelice! mas dichoso
Tu rival camina en pos,
A conquistar la guirnalda
Que le teje el amor hoy:
Nunca ha estado tan hermoso,
Tan gallardo y seductor,
Como ahora que cabalga
(Sin duda con intención),
Un *malacara* azulejo,
Parejero ganador,
Que en muchísimas carreras
Renombre ilustre adquirió.

Casi á un tiempo al mismo paso
Llegaron juntos los dos,
Y los dos se saludaron
Con ceño amenazador;
Sin embargo, silenciosos,
Mezclados con la reunión,
Hacia la estancia siguieron
Do Sandoval los citó;
Y apenas el buen anciano
Vió acercarse al español,
Cuando le dijo risueño
Con cariñosa espresion:
Desde el alba, á vos tan solo
Aguardábamos, señor,
Y hubiéramos ya empezado
A no haber faltado vos.

Parado el *rodeo*.
Los enlazadores
Entre mil clamores
Cruzándolo van,
Y tras de sí arrojan
Todos los terneros,
Que con gritos fieros
Lloran su horfandad.

Veloz el gaucho,
Firme y confiado.
En medio el ganado
Mete su corcel;
No teme las astas
Del toro inclemente,
Que enalza la frente
Mugiendo cruel.

Los potros se asustan,
Y los ternerosillos
Entre los nevillos
Se van á ocultar;
La tropa (35) indecisa,
Alza la cabeza,
Se choca, tropieza,
Quiero disparar....

En los semblantes se lee
La complacencia interior,
Y el gozo con que celebran
Su campestre diversion;
Las mugeres derramando
Gracia, encanto, seducción,
Y los hombres en sus ojos
¡Ay! muriéndose de amor;



Geltar derribando un toro —Pág. 36.

Tropel de ginetes
La ciñe do quiera,
Como una barrera
Tendida en redor,
Y al fin numerosa
Sin fuerza y aislada,
Se ve separada
La cria mejor

Entretanto en ancha hoguera
Como encendido tizon,
Ya la marca centellea
Con chispas de azul—punzó:

Mientras algunos peones
Del capataz á la voz,
Con el *piál* (36) en la mano
Comienzan la operacion.

Los terneros huyen
En tropel desecho,
Cuando el nudo estrecho
Corre por sus pies.
Al punto sujetos
En el lazo quedan.
Tropiezan y ruedan
Balandando á la vez.

La marca encendida,
Cual ignea guedeja,
En sus flancos deja
Profunda señal;
Rojiza la sangre
A la herida asoma,
Y en las letras toma
Color mas vivaz.

Se estremece el bruto,
Y en fiera congoja
Por la boca arroja
De espuma un monton;
Desátanlo, y luego
Con trémula planta,
Ciego se levanta
De rabia y dolor.

Al hondo gemido
Con que el aire llena,
La turba serena
Le mira pasar,
Y una res y otra
Tendiendo en el llano.
Antes que su mano
Roto vé el *pial*.

Eran ya las cuatro y media,
La yerra se suspendió
Para añadir á la fiesta
Otra nueva diversion.
Ya los ginetes acuden,
Y con impetuoso ardor,
Van á empezar las carreras,
Repiten en ronca voz,
Que, súbito, al difundirse
Como eléctrico fulgor,
Rompe y separa en dos filas
A la apiñada reunion,
Y abierta una línea inmensa
Deja de su vuelo en pos.

—Quién quiere parar? preguntan,
—Diez onzas, cuarenta voy,
Al tordillo de don Juan
que la otra tarde corrió:
—Acepto! acepto! contestan
Mil voces en derredor;
Y ademas, *si hay quien envide*,
Hasta la camisa hoy,
Con poncho, apero y caballo,
Juego al malacara yo!

Celiar y el comandante
Dueños eran de los dos
Parejeros que debían
Inaugurar la funcion.
Concertóse la carrera
Y una apuesta de valor
Una tarde, en que alabando
Cada cual á su bridon,
pretendian que no habia
Otro caballo mejor;
Don Juan le desafiara
Y Celiar admitió,
para la próxima yerra
Aplazando la cuestion.
Celiar correrá el suyo,
Pero el comandante no,
Pues creeria rebajarse
De su rango, vive Dios!...

Señalados ya los jueces,
Conocido el corredor,
Y hechas todas las apuestas,
La carrera se empezó.

En medio el ruido,
Los potros ardientes
Con paso atrevido,
Ya van obedientes
Trotando á compás:
Así se acrecienta
Su ardor encubierto,
Y rápido aumenta
Una vez despierto
Al volver atrás.

No en vano irritado
Uno á otro arremete,
Mordiendo el bocado
Con que hábil ginete
Los lleva en redor;
Porque de repente
Con acorde grito
Se lanzan de frente,
Cesando el conflicto
La espera y temor.

Sus ojos airados
Al contrario miran,
Y en torno, animados,
Flamígeros giran
Con satisfaccion:

Su crin ondeante
Gallarda flamea.
Y brilla radiante
Como en la pelea
Rojizo crestón.

Un punto indeciso,
El triunfo inseguro,
Parece imprevisto
Que quiere perjuro
Seguirlos en pos;
Por qué tan unidos
Los corceles vuelan,
Que van, confundidos,
La meta que anhelan
A tocar los dos.

Los aplausos y clamores
Celebran al vencedor
Y también al parejero
Que la carrera ganó,
Los hombres como envidiosos
De tanta gloria y honor,
Y las mugeres con dulces
Latidos del corazón,
Que les dicen silenciosos
Cuánto el joven corredor.
En su pecho enamorado
Oculto fuego encendió;
Pero ninguna su afecto,
Luchando con el pudor,
En su ademan y miradas
Como Isabel demostró,



Las carreras.

Su aérea carrera
La vista no alcanza;
Pues vence ligera
La lumbre que lanza
El rayo al pasar;
Pero con no humana
Rapidez gigante,
La meta lejana
Primero triunfante
Pisó Celiar!

Que inquieta desde el principio
Y llena de turbación,
Sin querer manifestaba
Su incertidumbre y temor.
A cada palabra oscura,
A cada lejana voz
Con que la turba seguía
La carrera del bridón.
Así fué que cuando el joven
Lleno de polvo y sudor,
De su corcel victorioso

Velozmente descendió,
Brillaba tanta alegría
En su rostro encantador,
Que no hubo siquiera uno
Que al punto no comprendió
Su mal encubierto afecto,
Su envidiable y puro amor,
Y la íntima simpatía
De su fervida pasión.

VIII.

ESCENAS DE LA NOCHE,

D' un beau jour qui s' éteint tendre et dernier soupir

(LAMARTINE.)

Cuando la luz de la tarde
En Occidente se apaga,
Y la reina de las sombras
Con ligero paso avanza;
En esas horas tranquilas
Inspiradoras del alma,
Cuando en las alas del viento
El silencio se derrama.

(CAROLINA CORONADO.)

I.

Cruza entretanto magestuosa y bella
La tibia luna el firmamento azul,
Dejando en torno su apagada huella
Nubes de nacar entre pardo tul.

El viento de la noche perfumado,
Discorre por el césped gemidor,
Ya un quejido mintiendo atribulado,
Ya un suspiro dulcísimo de amor.

El silencio que reina en la llanura,
Que alfombró con sus hojas el ombú,
Y que cubre del cielo la ternura
Con estrellado manto de tisú;

Esos orbes brillantes que gravitan
Sacados de la nada por un Dios,
Vagas ideas que en tropel se agitan,
Y un mundo de ilusiones traen en pos.

A su fulgente rayo se divisa
Como entre nubes brillador fanal,
En las sonantes alas de la brisa,
Descendiendo una sombra virginal.

Delirios son acaso que la mente
En horas de esperanza idealizó,
Un ensueño fantástico, que ardiente
Una noche de amor nos inspiró.

II.

En cambio, otras muchas veces
Nos arrastra el torbellino
Del dolor, y al cruel destino
Interrogamos falaz;
Contemplamos silenciosos
Con amargo sentimiento,
Que no cesa ni un momento
De perseguirnos tenaz:
Sabemos que se evaporan
Las nubes de nuestro cielo,
Y que solo cae al suelo
Un desengaño... y no mas!

III.

Así, recatando la faz macilenta,
Con lúgubre idea que el alma atormenta
Relucha don Juan:
Sombrio, en silencio, callado medita,
Con sed de venganza su pecho palpita
Y acrece su afán.



En danza insegura, graciosas, serenas,
 Las lindas parejas, de pesar ajenas.
 Pasan en redor:
 Todas van risueñas, todas cariñosas,
 Y solo se escuchan vagar melodiosas
 Palabras de amor.

—¿Por qué no vinistes en la última yerra?
 —A ti únicamente yo adoro en la tierra...

—¿Me serás infiel?
 Y á cada momento Celiar atraviesa,
 Y cruza en sus brazos muellemente presa
 La ingrata Isabel.

¡Celiar es su amante!... ya no hay esperanza.
 Su labio lo dijo, y en medio la danza
 Se rien los dos:
 Por eso en silencio don Juan que los mira,
 En torno sus ojos estático gira
 Con risa feroz.

Al fin despreciado conoce aunque tarde,
 Que ya es vano empeño que la dicha aguarde,
 Y es fuerza morir.
 ¡Pues bien! de la muerte tomando el camino,
 Y firme oponiendo su frente al destino,
 ¡Sabrá sucumbir!

IV.

Es voluptuosa la fiesta
 Aunque pobre en apariencia,
 No hay elegante una orquesta
 Ni el lujo de la opulencia.

Frescas yerbas odorosas
 El ancho suelo tapizan,
 Por donde van las hermosas
 Cual cisnes que la onda rizan.

No brilla la turba llena
 De luciente pedrería,
 Ni blandamente resuena
 Del piano la melodía.

Pero en cambio, tiernamente,
 La guitarra vibradora,
 Suspira tan dulcemante
 Como el que de gozo llora.

Y se oye también el canto
 Y tal vez algún suspiro,
 Con que el gaucho entretanto
 De la danza sigue el giro.

Allí no se ven primores
 De esquisita extravagancia;
 Como el ámbar á las flores,
 Como el candor á la infancia,

Cuanto brilla y se vé en torno
 Es natural, y comparte
 Ese hechizo y ese adorno
 Que nada deben al arte.

Sin él, con gracia divina,
 En ondas cae su vestido,
 De su espalda alabastrina
 A la cintura prendido.

Y en su airoso movimiento,
 Y en su trato candoroso,
 Brilla más el sentimiento
 Revelándose amoroso.

Y su sonrisa es tan pura,
 Como el beso que una madre
 Dá al niño que en su ternura
 Sus brazos la tiende y abre.

Y sus ojos son tan bellos,
 De expresión tan hechicera,
 Que revive á sus destellos
 De amor la estinguida hoguera.

Criaturas predestinadas
 Para verter en el suelo,
 Con seráficas miradas
 La felicidad del cielo!

V.

Allá entre la turba que pasa inconstante,
 En medio de un grupo se vé al comandante,
 Que ríe con él;
 Y un poco más lejos de parte amorosa
 La tierna pareja, que semeja airosa
 Diamela ⁽³⁷⁾ y clavel.

Graciosa cual nunca la hermosa doncella,
 Parece una maga fascinante y bella,
 O etérea visión,
 Cuando desplegando sus mágicas galas,
 Asoma en el iris, tendiendo sus alas,
 De amor pabellón.

Celiar la contempla, la dice estasiado
Que la adora ciego, sin ver descuidado,
Que al pie su rival,
A intervalos breves, sin ser advertido,
Los ve de hito en hito, y atento el oído
Espera infernal,

Que alguna palabra mas tierna, espresiva,
Aumente en su pecho la hoguera que activa
La rabia encendió:
Rebeldes ideas aborta su mente,
Y solo el recuerdo conserva presente
Del bien que perdió.

Un mate trajeron, ella en el momento
Le tomó, y afable, con trémulo acento,
Dijo á Celiar:
Mi vida, este mate recibe, y el cielo
Escuche piadoso tu férvido anhelo
Y el mío á la par:

Si acaso enemiga la suerte engañosa
De mí te separa, de nadie la esposa,
De nadie seré;
Pero si propicia nos es placentera,
Mi bien, no lo dudes, en la primavera
Tu amor premiaré!

Al oír tal promesa que fatal le cierra
Por siempre la gloria, con su pie la tierra
Don Juan golpeó;
Chispearon sus ojos, tembló de repente,
Y luego entre dientes, rugando la frente,
¡Quién sabe! exclamó.

VI.

Poco despues oyeron resonantes
Las rápidas pisadas de un corcel;
¿Quién se va? preguntaron los amantes,
¿Don Juan acaso? contestaron: él.



VIII.

EL CHASQUE. (38)

La esperanza del bien siempre engaña
Es la dicha ilusión de un instante;
Es un sueño de paz y de amor;
Es un rayo de luz inconstante;
Lo constante no es mas que el dolor.

(S. BERMUDEZ DE CASTRO)

Envidia de los hombres, imán del bello sexo,
La vida sin afanos pasaba Celiar,
Pues toda su ventura, su prometido cielo,
Estaba en aquel ángel de lánguido mirar.

Seguro de su afecto, feliz con su ternura,
Mas gloria no anhelaba su ardiente corazon,
Que verla entre sus brazos, al rayo de la luna,
Sobre su amante pecho dormida en su ilusión.

Gozar de sus caricias el halagüeño encanto,
Oír de sus palabras el eco angelical,
Y exento de pesares, de amor anonadado,
Pasar todos sus días en calma celestial.

Propicia ya la suerte les brinda cariñosa
De un porvenir soñado la realidad feliz,
Y el sol de su esperanza por el Oriente asoma
Velado entre celages de espléndido matiz.

Es cierta ya su dicha... don Juan ha conocido
Que no puede ser nunca querido de Isabel,
Y noble y generoso, mostrándose benigno,
Oculta en lo mas hondo su pensamiento cruel.

Y plácido, risueño, con chanzas inocentes,
Celebra de antemano su hermoso porvenir;
Les habla sin enojo, su apoyo les ofrece,
Y quiere como amigo su dicha compartir.

Les pinta arrebatado los sueños de ventura,
Que al realizarse ardientes mas puros brillarán;
Les pinta los placeres que en la nupcial coyunda,
Con la anhelada prole su dicha aumentarán.

Don Diego que temia su cólera y despecho,
Apenas su mudanza tan rápida miró,
Cediendo á los impulsos del corazon paterno,
Al jóven adorado su niña concedió.

¡Al fin serán esposos! ¡al fin vendrá sereno
El día venturoso de gloria sin igual!
¡Después de tantas penas, gemidos y desvelos,
Encenderán sus manos la antorcha nupcial!

Si es mágico el deseo, si es dulce la esperanza,
Que adorna y embellece poeta el corazón,
Si se halla un placer puro tan solo en recordarla,
Mezclado con delirios de espléndida ilusión;

¿Qué fuertes sensaciones no gozará inefables,
El alma que á sus plantas un paraíso ve,
Cuando mirando en torno tan dulces realidades,
Es cierta, se pregunte, la dicha que soñé?

Por qué cuando se goza, cuando el placer es tanto
Que ofusca los sentidos y embarga la razón,
Sintiéndole, dudamos; tocándole, pensamos
Que acaso es de un ensueño fantástica visión.

Y deja en nuestra mente, con el girar del tiempo,
En pensamiento oscuro, sin forma ni color,
Como al volver de un fuerte letargo del momento,
Confusas las ideas no van al exterior.

Pero un recuerdo informe, reconcentrado queda,
Que al comprender el alma no acierta á definir;
Recuerdo inescrutable que nunca se revela,
Ni con terreno idioma se puede traducir.

El corazón que joven, al palpar delira,
Si quiere sus trasportes altivo analizar,
Se envuelve entre sus redes, y ardiente diviniza
Las vagas emociones que no puede alcanzar.

Para él todo es alhagos, encantos y ventura,
La vida es una gloria y el mundo es un Edén,
Las horas se deslizan sin sombras importunas,
Con sueños voluptuosos besando su alma sien.

Así los dos amantes, de su ilusión en alas,
Gozaban de antemano su mágico dulzor,
Ansiando delirantes que el alba de mañana,
Risueña engalanase la noche de su amor.

El fuego que en sus ojos magnético brillaba,
Tan puro é inocente lucía al irradiar.
Que todos á su lado parece que olvidaban
Cuanto en la tierra ingrata nos hace suspirar!

Al verlos en silencio, dichosos contemplándose,
Y una amorosa lágrima cruzar su blanca tez,
O al oír de sus acentos el dulce eco de ángel,
Mirarlos sonriendo con tierna languidez;

Cualquiera enternecido, para ellos demandára,
Placeres, alegrías, felicidad sin fin;
Cualquiera en su alba frente pusiera una guirnalda...
Tegida con las flores del inmortal jardín.

¡Tres días solo faltan, tres días! y la suerte
No mas desapiadada, su amor separará!
¡Tres días!... y un sol nuevo brillando en el Oriente,
Su enlace suspirado radiante alumbrará!

Pero ¡ay! antes que asomen sus fulgidos destellos,
Velado el horizonte retruena con fragor...
Un *chasque* se presenta, que trae desde muy lejos,
Noticias desgraciadas, presagios de dolor.

Allá por la otra banda, de Celar un tío,
Enfermo y moribundo, sin esperanza ya,
Le pide que pasando veloz al Entreríos ⁽²⁹⁾
No bien su carta lea, camine dó el está.

Por que como era solo, sin hijos ni familia,
Venido de otras tierras y establecido allí,
Sus pingües heredades acaso pasarían,
Si nadie reclamaba, del fisco á ser botín.

Esta razón, no obstante,—fuerza es decirlo—poco
Pesaba en la balanza para el leal doncel,
Que siempre generoso vió con desprecio el oro,
Y nunca á los impulsos cedió del interés.

Perder podía la herencia, mas no olvidar el santo
Cariño con que el viejo de padre le sirvió;
Y un corazón hidalgo jamás olvida ingrato
A quien desde la infancia su amor le prodigó.

Y era en verdad un crimen, un rasgo de fiereza,
Marcado con el sello de negra ingratitud,
Negarle este consuelo, que por la vez postrera
Pedía el infelice mirando su ataúd.

¡Fatalidad extraña! ¡misterio inconcebible!
Preciso era humillarse, preciso era partir,
Ya que el adusto genio que su destino rige,
De nuevo, encarnizado, los quiere dividir!

¡Partir, oh Dios elemental! ¡cuando iba venturosa
A realizarse bella su mas grata ilusión!
¡Cuando entreabriendo el cielo sus puertas con su aroma
Había enloquecido su mente y corazón!

¡Ahogar en aquel día sus caras ilusiones
Sacrificando todo por un santo deber,
Cuando hasta el borde llena de celestiales goces,
Vertiase colmada la copa del placer!

¡Partir!... sin que sus labios con trémulo suspiro
Pusieran en los suyos un ósculo de amor!
¡Partir! sin que un instante su aliento confundido
Sellase el juramento bendito del Señor!

Su alma entre mil dudas postrábase abatida
Cual triste caminante que exhausto al fin se ve,
Porque si alcanza al lejos una onda cristalina,
Al acercarse huye sin apagar su sed.

Después de unos instantes de porfiada lucha
Hacia el hogar querido su potro enderezó...

Lloraba Isabelita y en medio de su angustia
Al cuello de su amante su relicario echó.

—¡Celiar, si largo tiempo la suerte nos separa,
¡Acuérdate á lo menos, acuérdate de mí!...
—No llores, no, no llores, ¡mi corazón! ¡mi alma!
Antes de un mes, no llores, de nuevo estaré aquí.

A tan dulces palabras, de amor y fuego llenos,
En ella se fijaron sus ojos con pasión:
Pero ¡ay! dentro del alma, fatal presentimiento,
Como roedor gusano le muerde el corazón!

IX.

CONSECUENCIAS DE UN MATE.

Tras la dulce esperanza
De prometidos bienes, presuroso
El corazón se lanza
En un mar de bonanza,
Que luego es de aflicción mar borrascoso.

GUILLOTO.

Era la tarde: el sol triste
Descendía lentamente,
Y al pie de los altos montes
Lanzaba sus rayos ténues.
Sus apagados destellos
Reflejaban débilmente,
En la cima de una sierra
Llena de misterios siempre,
Que el Uruguay atraviesa
Con blanda y fugaz corriente.
Trinaban las aveciñas,
Gemía amoroso el césped,
Y las perdices saltando
Ocultas entre las mieses,
De cuando en cuando turbaban
Con ronco vuelo (que miente
El ruido del cascabel,
Que da nombre á horrible sierpe),

El magestuoso silencio
De aquella llanura verde,
Donde la vista engañada,
A lo lejos, muchas veces,
Mira un bello panorama
Que en el espacio se pierde.
Era la hora mas triste
Que el vistoso campo tiene,
Cuando el crepúsculo errante
Su manto de sombra estiende.
Hora de afán y misterio,
Y de acechanzas alevés,
Que el hallarse en despoblado
El cauto gaucho teme,
Si su alazan fatigado
No camina velozmente
Hasta encontrar algun rancho
Donde poder guarecerse,
Y descansar sin recelo
Mientras el alba amanece.

Aquella hora misteriosa
Para el indígena tiene,
Un encanto indefinible,
Que á solas marchando siente.
La vista de sus *cuchillas*,
De sus bosques eminentes,
De sus plácidos riachuelos,
Del ganado, que rebelde
Prisionero en los corrales,
Mostrar su altivez aun quiere;
Las carretas que crugiendo
Hacen resonar sus ejes,
Con un monótono ruido
Que anuncia su marcha breve;
El mesurado galope
De algun próximo ginete,
Que al pasar, si no conoce
Saluda muy cortesmente;
Y si es amigo al instante
Su brioso corcel detiene;
Y sobre todo, el silencio
Que al tumulto se sucede,
Cambiando la escena entera
Cuando las sombras descienden
En los últimos reflejos
Que el sol moribundo vierte,
Todo reunido despierta
En su fantasía ardiente,
Una emoción que le agita
Pero que explicar no puede.

Y Celiar, entre tanto,
Sobre el corcel dulcemente
Engolfado en sus pesares,

No ve que la noche viene.
 Recuerda de su adorada
 Las caricias inocentes,
 Las lágrimas fugitivas,
 Y las cariñosas preces
 Con que tierna le rogaba.
 Que siempre la amase, y siempre
 En su cariño constante
 Para ella sola viviese.
 Recuerda despues su última
 Promesa y los parabienes
 Con que amigos y rivales
 Celebran, mal que les pese,

Sus locas ideas crecen,
 Y tanto su dicha aumentan
 Que apenas su dicha cree.
 ¡Amar y ser adorado
 Por aquel ángel celeste!
 Estrecha la cruz querida
 Contra su pecho tremente,
 La contempla y en sus labios
 La imprime luego y mantiene,
 Cual si quisiera anheloso
 Besar á su dueño ausente.
 ¡Qué sensaciones le inspira
 Aquella memoria leve!



Sierra del Uruguay.

La ventura que á su vuelta
 Fiel su amante le promete,
 En tanto que los amores
 Su nupcial corona tejen.
 Y cuando ve aquella cruz
 Con que cauta le previene
 Que siempre un recuerdo santo
 De amor puro le reserve.
 El corazon dentro el pecho
 De gozo temblando siente.
 Y en alas de su delirio
 Poco el orbe le parece
 Para tirarlo á sus plantas.
 Con todo lo que contiene,
 Riqueza, poder, talento,
 Gloria, hermosura, laureles.
 Delirando enaltecido

¡Qué pensamientos de fuego.
 Cruzan raudos por sus sienes,
 Revelándole fantásticos
 Todo un mundo de placeres,
 Que el corazon de un amante
 Tan solo feliz comprende!

Pero triste, silenciosa,
 La luna por Occidente,
 Con aureola encarnada
 Entre las nubes, se mece,
 Y rápida por instantes
 En lento girar asciende,
 Iluminando los campos
 Do con lumbré transparente,
 En la empinada *cuchilla*
 Su albo disco resplandece.

Y Celiar sin zozobra,
 Porque es aunque joven fuerte,
 Por la mitad de la sierra
 Iba al trote lentamente.
 Cuando buyendo el vaquero (40)
 Le grita, los indios cienciel.
 Sin inmortal el gallardo
 Mancebo la cara vuelve,
 Echa mano á las pistolas,
 Y valeroso detiene
 Al bel potro que para
 Las orejas (41) velozmente:

En vez de caballos águilas
 Que el aire veloces hienden;
 Y ¡deteneos! le gritan
 Mas furiosos persiguiéndole,
 Y arrojándole las bolas
 Que silbando y revolviéndose,
 En los pies de su caballo
 Se enredan como serpiente,
 Que en derredor de su presa
 Sus mil anillos estiende.
 Al instante, encadenado,
 El parejero no puede



Observa á poca distancia,
 Diez hombres de poncho verde,
 Cuyos rostros, bajo un ancho
 Pañuelo desaparece.
 El joven conoce al punto
 Cual es su intencion aleve,
 Y juzgando contra tantos
 Imposible defenderse,
 Cierra espuelas á su potro,
 Y en la fuga busca inermes
 Su salvacion... Vano empeño!
 Los que alcance le dan, tienen

Ni obedecer á la espuela,
 Ni romper sus grillos fuertes;
 En inútiles esfuerzos
 Se agita, pugna, pretende
 Sacudir sus ligaduras;
 Pero vacilando pierde
 El equilibrio y al punto
 Da en tierra con el ginete,
 Como formidable mole
 Que de un monte se desprende

Los infames asesinos
 Tan cobardes como crueles,
 A galope se aproximan
 Conducidos por su gefe.
 Llegan, desmóntanse y ven
 Que Celiar no se mueve,
 Porque á violencia del golpe
 Exánime ya parece;
 Pero el capitán airado
 De su caballo desciende,
 Y en el pecho su puñal
 Le sepulta por tres veces,
 Diciéndole con desprecio
 Sarcástico é insolente:
 «Ahora, feliz amante,
 Si mas ventura pretendes,
 »Vé á tomar en el infierno,
 »Y apura allí hasta las heces,
 »El mate que tu querida
 »A la vuelta iba á ofrecerte!»

Y pálida, silenciosa,
 La luna por Occidente,
 Con aureola encarnada
 Entre las nubes se mece,
 Y rápida por instantes
 En lento girar asciende,
 Iluminando los campos
 Do con lumbré transparente,
 Sobre un cadáver sangriento
 Su albo disco resplandece.



RUMORES Y MURMURACIONES.

¡Dichoso el humilde estado
 Que del mundo se retira,
 Y con pobre mesa y casa
 En el campo deleitoso
 Con solo Dios se compara
 Y á solas su vida pasa
 Ni envidiado ni envidioso!

FRAY LUIS DE LEÓN.

Cuando inflexible ó justiciera acaso,
 La Providencia ó el fatal destino,
 De la dicha nos cierran el camino
 Y á nuestro lado el infortunio va;
 Oculta yace, devorando el alma,
 Dentro del pecho ponzoñosa llaga,
 Que con su aliento matador apaga
 La etérea llama de la vida está.

El infelice que su furia siente,
 Como impelido por oculta mano,
 Trastornado por vértigo mundano,
 Sediento corre de la dicha en pos;
 Y cuanto mas la sigue, mas se aleja,
 Como huye ante esforzado caminante
 De una tumba la luz, rocío brillante
 Que vierte el alma al remontarse á Dios.

Hay mortales á quienes venturosa
 Desde el primer vajido, en áurea cuna,
 Sonríe placentera la fortuna,
 Y corona de mirtos y laurel:
 Y hay otros, infelices convidados
 Al festín delicioso de la vida,
 Que al apurar su copa, solo henchida
 La encuentran de miseria, llanto y hiel!

Tan feliz cual la vida, es para unos
 Nueva existencia su envidiable muerte,
 Mientras á otros la enemiga suerte
 Dos veces los condena á sucumbir:
 Con su ignorado fin su historia sella
 El genio que del mal tiene el imperio,
 Y en un manto de sombras y misterio
 Los envuelve fatídico al morir.

Entonces cada uno se figura,
 O se forja en la mente horrible trama,
 El origen buscando de aquel drama
 Que el acaso tal vez improvisó;
 Y consagra despues á sus despojos
 En el mismo parage de la escena,
 Un recuerdo fugaz, sentida pena
 Que vuela con el día que pasó.

Así la muerte del valiente jóven
 Dejó á todos confusos y abismados,
 Y todos indagaban aterrados,
 Quién pudo tal delito cometer.
 Jamás á Celiar le conocieron
 Ni leal adversario, ni alevoso,
 Porque noble, veraz y generoso,
 Siempre supo su afecto merecer.

Cuando su poncho vieron hecho trizas,
 Revelando del crimen las señales
 En las huellas sangrientas y mortales
 Que señalan el golpe del puñal,
 Sin ellos advertirlo, silenciosa,
 Resbaló por sus ojos tristemente,
 Una lágrima pura, pero ardiente
 Como el recuerdo de futuro mal.

En vano recordaron uno á uno,
 A cuantos diegos con delirio amante,
 Salieron á la par del comandante
 El desprecio y desdenes de Isabel;
 No encontrarán ninguno tan infame
 A no ser los salvajes ó un extraño,
 Pues don Juan, obligado al desengaño,
 Fue un amigo tan noble como fiel.

También la circunstancia milagrosa,
 (Que un terrible misterio acaso encierra)
 De no hallarse el cadáver en la sierra
 De su pozo ensillado se encontró;
 Y la fuga del torpe vaqueano,
 Boudre valiente de robusto pecho,
 Que, interrogado, al referir el hecho,
 Con trémulas palabras contestó:

Sin duda con destello luminoso,
 Las sospechas del vulgo despertaron,
 Y algunos atrevidos vislumbraron
 Escondida entre sombras la verdad.
 Pero ¡ay! si el crimen infernal se oculta
 Bajo el áureo dosel de la grandeza,
 ¿Quién altivo levanta su cabeza
 Y ataca frente á frente la maldad?...

Era don Juan, el hombre poderoso
 Venido de los reinos de Castilla,
 A quien doblaban todos la rodilla
 Como á la imagen del ibero rey:
 ¡Y ¡ay! del que opreso ó arrogante hablara
 Con ira, con baldon ó con desprecio
 De su ilustre persona!... ¡ay del que necio
 Andas quisiera escudriñar su ley!

Y aunque invisible, justiciera mano
 Apuntaba hacia él, inexorable,
 Como al girar el index, inerrable,
 Marca el hora que rápida voló;
 Gracias si débil la demanda turba
 Osó un murmullo levantar en tanto,
 Callando al punto con servil espanto
 Apenas de hito en hito él la miró.

Y solo á su familia, á sus amigos,
 El pesar de su pecho descubrían,
 Muchas veces llorando, se decían:
 «El es el matador de Celiar!
 «El fingido dolor que demostraba
 «En el último día, sus abrazos,
 «Sus mentidas caricias, eran lazos
 «Que su perfidia publicaban ya.

«Aleve como todos los traidores.
 »No ha sabido buscarle frente á frente;
 »Y cuerpo á cuerpo, solo, heroicamente
 »De Isabel disputarle el corazón.
 »Comprados asesinos han abierto
 »A su noble rival la sepultura,
 »Y en ella pensó el vil necia locura!
 »Enterrar de su amada la pasión.»

Solo don Diego y su inocente hija,
 Aunque alzaban por él fervido ruego,
 Le lloraban con lágrimas de fuego,
 Pero no sospechaban de don Juan;
 Don Juan era un amigo que afectuoso
 De sus penas calmaba el desconuelo,
 Y con tierno, solícito desvelo
 Endulzaba las horas de su afán.

Y siempre que se hablaba del finado
 Tributábase hipócrita un gemido,
 Que al salir de su pecho comprimido,
 Revelaba intensísimo dolor:
 Entonces sus facciones se animaban
 Con lánguida expresión indefinible,
 Y su rostro sarcástico y terrible
 Perdía lentamente su color.

En nuestros corazones puso el cielo
 Para cada impresión secreta fibra,
 Que aunque débil y oculta, siempre vibra
 Al recuerdo fantástico de ayer.
 El amante que ha sido venturoso,
 El que de la fortuna halla el camino,
 El que se humilla ó vence á su destino...
 La sienten sin poderla comprender.

Para unos es rayo de esperanza
 Matizado de risas y de flores,
 Para otros, recuerdos punzadores,
 Con delirios de vértigo febril;
 Y todos se estremecen anhelantes,
 Al vibrar de esa fibra misteriosa,
 Que nos hiere risueña ó borrascosa,
 Cual la primera brisa juvenil.

Sentíala don Juan como un gusano
 Que roe las entrañas implacable.
 Cada vez que Isabel inconsolable,
 Mas bella le contaba su aflicción:
 Pero no era piedad lo que sentía,
 No era un vivo, tenaz remordimiento,
 Era solo un fatal presentimiento
 Que abortaba rebelde su razón.

¿Quién ocultó el cadáver? si el acaso
Respondiendo á la voz de los que gimen,
El autor les mostrase de aquel crimen
Que envuelto en las tinieblas ora está?...
Quién sabe ¡Dios eterno! porque á veces
Vaticinios proféticos se oían,
Y muchos lamentándose, decían:
Mas tarde ó mas temprano se sabrá.

Hablando de este modo y murmurando,
(Espansion natural del sentimiento,)
Las mas veces sin pie ni fundamento,
Un año velozmente se pasó:
De sus deudos, amigos y querida,
Mitigáronse un tanto los dolores,
Cesaron las hablillas y rumores
Y el muerto en su sepulcro se quedó.

XI.

ANGEL Y MUGER.

¿Cómo caíste despeñado al suelo
Astro de la mañana luminoso?
Angel de luz, ¿quién te arrojó del cielo
A este valle de lágrimas odioso?
Aun cercaba tu frente el blanco velo
De serafín, y en ondas fulguroso
Rayos al mundo tu esplendor vertía
Y otro cielo el amor te prometía.

(ESPRONCEDA-DIABLO-MUNEG)

Trémulo rayo de luna,
Que se mece de ola en ola,
Flor que abre su corola
Al primer beso del sol;
Ave que por vez primera
Sus alas despliega y canta,
Raudal que al nacer levanta
Dulce murmullo de amor;

Es Emilia, hermosa niña
De rostro y alma infantiles,
Que los diez y ocho abriles
Apenas llegó á contar;
Y ya miró ¡pobre niña!
Presas de amante congoja,
Caer al suelo hoja por hoja,
Su guirnalda virginal.

Era tan joven y bella
Y tal espresion habia
De idealismo y poesía
En todo su noble ser,

Que era imposible mirarla
Y no sentir á su aspecto,
Un doble, divino afecto
De amor y piedad tal vez.



Pequeño fruto escogido
Del vergel de los amores,
El cielo dióle en primores
Lo que en vigor le negó:
Así en reducido espacio
El rico brillante encierra
Mérito tal, que en la tierra
No hay piedra de mas valor.

Y por eso mas sublime
Grabado en su rostro bello
De Dios ostentaba el sello,
Que fulguraba en su sien,
Y en sus formas diminutas,
Pero esbeltas, torneadas,
Y en sus megillas rosadas,
Y en su blanca, ebúrnea tez.

Tez suave como el raso,
Y trasparente cual nube,
Que del valle al monte sube
Sin la luz del sol velar;

Y a cuyo roce la sangre
De impulso eléctrico herida.
Como ignea lava encendida,
Hirviendo en el pecho cae.

Todo en ella revestia
Ese encanto indefinible,
Que Dios quiso irresistible
A la mujer infundir;
Se misma delicadeza
Prestaba un nuevo incentivo
Al poderoso atractivo
De su belleza infantil.

En ella predominaba
Con la belleza del Norte,
La gracia y airoso porte
De aquella feliz región.
De aquel jardín encantado
Que llaman Andalucía,
Donde vierte poesía
A torrentes el amor.

Así el extranjero tipo,
En sus flociones impreso,
Daba mayor embeleso
A esa gracia y espresion,
Que en su aire, ademán y dulce
Pronunciación hechicera,
Diciendo estaban que era
Hija del suelo español.

En vano su piel blanquísima
Eclipsaba á la azucena,
Y era su rúbia melena
En tersura y brillantéz
Envidia del oro; en vano
Sus frescos, delgados labios,
Daban al carmin agravios,
Llenos de orgullo y desden;

El breve pie traicionaba
A la andaluza divina,
Y la mano peregrina,
Y el talle de serafín;
Y mas que el pie, mano y talle,
De sus luceros la lumbré,
A cuyo inmortal vislumbre
Tornára un muerto á vivir!

Ojos pardos, voluptuosos,
De negra, ardiente pupila,
Que ora inquieta, ora tranquila,
Con brillo fascinador.

Hasta el fondo penetraba
Del alma, y al mismo instante
Leer dejaba en el semblante
La bondad del corazón.

Bondad que á primera vista
Mentía la indiferencia,
Con que suele la inocencia
Cuanto la cerca mirar;
Porque la cándida vírgen
Era muy poco expansiva,
Y tan bella como altiva,
Le sobraba dignidad.

Pero á poco que animase
El sentimiento su pecho,
Le encontraba muy estrecho
Para el placer ó el dolor;
Sentía como no sienten
Los que nunca en su egoismo,
Llevar pudo hasta un abismo,
O hasta un Edem la pasión.

Entonces desaparecía
Su tibia, aparente calma,
Entonces ébria su alma
De gozar ó padecer,
En sus trasportes de niña
Se revelaba cual era,
Apasionada, sincera,
Noble, generosa y fiel.

Delicada sensitiva,
Que al roce menor se esconde,
Arpa eólica que responde
No bien la toca al pasar,
El zura mas leve, á Emilia
Cualquiera impresion la hería,
Y si lloraba ó reía
Era con delirio igual.

Flor arrancada del jardín ibero
Por el soplo glacial de la desdicha,
Y arrojada en las playas que soberbio
El Uruguay gigante fertiliza;

Huérfana á los diez años, un tío suyo
Que la amaba con ciega idolatría,
Se la llevó consigo, al verla sola,
Sin hogar, sin apoyo, sin familia.

Ministro del altar el buen anciano,
Cual deudo y sacerdote, su divina
Misión de amor y caridad cumpliendo,
Sirvió de padre á la inocente niña.

Y en el humilde pueblo, do felice
Su santo ministerio á ejercer iba,
Creció al abrigo de su amor la rosa
Mas bella entre las bellas de Sevilla.

Rompió su broche, desató sus hojas,
Meció arrogante su corola erguida,
Y reina del pensil la proclamaron
Aves, fuentes y flores, sol y brisas!

Y amó, y amante delirando ciega,
Dióle su alma, corazon y vida,
A un hombre aleve, que jamás por ella
Sintió el afecto que falaz mentía.

Preso en sus redes, sucumbió á su halago
La pobre, y tierna, candorosa niña,
Y hasta las heces apuró la copa
Que infame deshonor colmado había.

Pronto la incauta conoció su engaño,
Conoció del aleve la perfidia,
Y vió que solo terrenal instinto,
Tras su fingido amor, vil se escondía.

Y ella, no obstante, cuanto mas ingrato
El provocaba con desden sus iras,
Mas rendida y amante le adoraba,
Pagando sus desprecios con caricias.

Que las mugeres solo al que las ama
Con verdadero amor y con fé viva,
Le tratan como imbécil enemigo,
Que á sus pies, sin luchar se precipita.

El hombre ¡vive Dios! ha de ser hombre,
Si no quiere sufrir la tiranía
De ese sexo, que *tigre* con los débiles,
Con los fuertes es tímida *avecilla*.

¡Las mugeres!... demonios son ó ángeles,
Segun la inspiracion que las domina:
Pisan el corazon del que las ama,
Y al que verlas no puede, se le brindan!

Gallardo jóven, rico, de talento,
Con sincera pasion amaba á Emilia.
Y ella ¡insensata! con desvio siempre
Oyó sus quejas, á su llanto esquivaba.

Y tanto, tanto la adoraba Carlos,
Que quiso poner término á su vida,
Cuando escuchó una noche de sus labios:
«Jamás seré tu amante, siempre amiga.»

Pero antes de morir ¡ay! á la ingrata
Escribió su postrera despedida.
Su muerte perdonándole y rogando
Al cielo por su bien y eterna dicha.

Mal dirigida la traidora bala,
Resbaló por el cráneo, y ancha herida
Dejó en la frente, por do en vano el alma
Quiso escaparse á la region divina.

En lecho de dolor postrado el mísero,
Diez semanas pasó de honda agonía,
Porque tres veces desgarró el vendaje
Anhelando morir: su idea fija.

Entonces, al saber su loco empeño,
La mas que ingrata, desdichada Emilia,
Esta carta escribióle, que fué el lazo
Que á la vida de nuevo ató á su víctima.

No, Carlos, no ha sido el odio
La causa de mi desvio,
Mi corazon no era mio,
Con el alma se lo dí
A otro hombre, que ora perjuro
Me deja de oprobio llena...
Por ser con él harto buena,
Yo no era digna de tí.

Voy á ser madre... mas tengo
La seguridad que en breve,
Dejaré este mundo aleve
Por otro mundo mejor.
El me ha abandonado, y sola
Mi afrenta y pesar devoro...
¡Y todavía le adoro
Y odiar no puedo al traidor!

Nadie Carlos en el mundo
Sabrá quién es ese hombre,
Ni nunca jamás su nombre
Mi labio pronunciará:
No quiero que por mi causa
Sufra, llore ó se avergüence;
Si su sangre no le vence,
¿Conseguirlo quién podrá?

Vive, Carlos, te lo pido:
Para salvar tu existencia
Yo te he abierto mi conciencia
Como á un confesor ó juez.
Se implacable, mas no olvides
Que esta infeliz criatura,
No merece tu ternura
Ni tu compasion tal vez.

Una vez y otra brindarme
 Tu existencia de ese modo,
 Cuando me arrastro en el lodo
 Es un sarcasmo infernal.
 Vive, Carlos, te lo pido,
 Te lo pido de rodillas,
 Mas con tu muerte me humillas
 Que clavándome un puñal.

Estrafio, misterioso, incomprensible,
 Esta carta produjo en el suicida
 Un efecto bastante poderoso
 Para arrancarle á su fatal manía.

Tornó la vida á amar, como si en ella
 Aun pudiese encontrar nuevas delicias,
 Cuando sentía para siempre rotas,
 Rotas del corazon todas las fibras.

Horrible un pensamiento por su mente
 Cruzó como centella fugitiva,
 Que alumbraba al estraviado caminante
 La que á sus pies se estiende, negra sima.

Y el ansia que en su pecho se albergaba,
 Febril, devoradora, vehementísima,
 Volvió á encender y á alimentar la exhausta
 Llama de su vivir, ya casi estinta.

¿Y para qué, Dios mio? si mas fiero
 A desgarrar su pecho el dolor iba,
 Y un golpe y desengaño mas tremendo
 Le guardaba su estrella maldecida?

Viola... y de nuevo, generoso, amante,
 Cediendo al frenesi que le domina,
 Olvidar quiso todo y perdonarla
 Si el nombre del traidor le descubria.

«Le mataré, decía, y con su sangre
 La mancha lavaré que ora mancilla
 Tu honor, y puro te daré mi nombre,
 Y mi esposa serás, no mi querida.»

Empeño inútil!... silenciosa ella
 Fijando en él sus lánguidas pupilas,
 Estrechaba su mano, y ay! con lágrimas
 De vergüenza y piedad la humedecía.

También lloraba Carlos y anheloso
 Besotándola sus ruegos y caricias;
 Pero callaba Emilia y nuevas lágrimas
 Corrian por sus pálidas mejillas.

Asi pasaron cuatro meses, ¡cuatro!
 En esta noble y porfiada lidia,
 Interrogando él y ella callando
 Opresa de mortal melancolía.

Y como flor que al entreabrir su cáliz
 De letal aguijon se siente herida,
 Y al instante perdiendo sus colores,
 La faz marchita lentamente inclina;

No bien llegó el momento dulce y fiero
 En que el materno amor se diviniza,
 Y con el alma acaso, da y recibe
 Prendas que el ángel al mortal envidia:

Débil y enferma, resistir no pudo
 La frágil, delicada sensitiva,
 A la ruda impresion con que en su tallo
 Nuevo un retoño germinar debía.

Rosada nube que la selva cruza
 Bebiendo aromas, y al mirarse henchida
 De perfumes y luz, hiende los aires,
 Y en vapor impalpable se disipa.

No era su signo fecundar los campos,
 Ni dar al rayo funeral guarida,
 Nació para ser bella y admirada
 Y perderse en la esfera cristalina.

Asi hay mugeres que á la tierra vien
 Solo para encantarnos con su vista,
 Y no dejan en pos mas que el recuerdo
 De su fugaz aparicion divina.

Y era de esas mugeres la sublime,
 La ideal y bella, apasionada Emilia,
 Y su destino se cumplió hasta el último
 Dichoso instante de su ingrata vida.

Dichoso, sí, porque en aquel momen
 Que hablaba con su amante ella creia,
 Y al contemplar á Carlos, ¡pobre loca!
 Su abandono olvidaba y su perfidia.

Y la infelice se abrazó á su cuello,
 Y ya con el temblor de la agonía,
 Sus secos labios imprimió en los suyos,
 Y al darle su postrera despedida,

¡Un nombre pronunció!... nombre que hizo
 Temblar á Carlos de placer é ira...
 Luego la enferma le besó de nuevo,
 Y en aquel beso se exhaló su vida.

Sobre el cadáver yerto de su amada
Estendida la diestra y de rodillas.
Juró Carlos vivir para vengarla...
¡Juró matar al vil por quien moría!

Era América tan pura
Como inocente paloma,
Como bendecido aroma
Ardiendo en sagrado altar;



URRADIETA.

XII.

LOS CHARRUAS (42).

Pequeños los ojos, estrecha la frente
Su cuerpo membrudo, de forma brutal.

J. RIVERA—INDARTE.

La gente que jamás fué conquistada
Que á todo el mundo junto no temía.

BARCO-CENTENERA.

Ellos solos han derramado mas san-
gre española, que los ejércitos de los
Incas y Moteczuma.

AZARA.

Era América la estrella
Que el cielo en sus altos fines,
Poner quiso en los confines
De su inmensa creación:
Virgen cándida y sencilla
Incógnita para el mundo,
Cuando en letargo profundo
La sorprendiera Colón.

Y mas bella que al esposo
De amor la primer mañana,
Cuando con tintas de grana
Ve el rostro amante brillar.

Sus montañas se elevaban
Como espesa polvareda,
Y verdioscura arboleda
Desde la frente á los pies
Las cubría, como un velo
De peregrinos encages,
Do mil sublimes paisajes
Dibujábanse al través.

Y un cielo de claras nubes
En la cumbre de los montes,
Velaba los horizontes
Entre fantástico tul:
Y en derredor, como sombra
Que aumenta en la noche oscura,
Orlaba el mar su cintura
Con ancha muralla azul.

Varias distintas naciones
 Habitaban sin recelo,
 Este venturoso suelo
 Lleno de vida y amor;
 Y entre estos pueblos, algunos
 Tan altivos como bravos,
 Antes que vivir esclavos
 Secubieron con valor.

Contábase en ese número
 La fiera raza valiente,
 Que en las llanuras de Oriente
 Dejó renombre inmortal:
 Los charruas, gente indomita
 En los bosques guarecida,
 Como serpiente escondida
 Entre el denso pajonal. (42)

Sus fuertes hijos errantes
 Do quier sin descanso vagan,
 Y á nadie tributo pagan
 Del desierto en la estension;
 Que en el desierto ninguno
 Preguntarles osaría,
 Al pie de su toldería,
 Si dueños del campo son.

No codician los primores
 Que da el arte al europeo.
 Cifran todo su deseo
 En las botas, el chamal (43),
 Y el poncho, ó mas bien coraza
 Fabricada con un cuero,
 Que la lluvia ni el acero
 Consiguen atravesar.

Deshecho en largas guedejas
 En torno al desnudo cuello,
 Cerdoso y negro el cabello
 Inquieto se ve ondear;
 O erizarse como flechas
 Sobre la aplastada frente,
 Si de ira ó miedo, tremente
 No acierta el salvaje á hablar.

Aquellas ojos hundidos,
 Aquella mirada incierta,
 Aquella boca entreabierta
 Y cobriza palidez,
 Despertan dentro del alma
 Una sensacion penosa,
 De repugnancia medrosa,
 De incertidumbre y doblez.

Son atléticas sus formas,
 Mas carecen de hermosura,
 Es muy récia su estatura,
 Su presencia muy brutal,
 Pero aquel tronco animado
 Potente lleva en sí mismo,
 Tan selvático idiotismo,
 Tanta fuerza material,



Charrua.

Que parecen, agrupados,
 Y corriendo á toda brida,
 Una mole que impelida
 Por el brazo de un Titan,
 Mintiendo trémula lava
 Con cabezas, potros, sables,
 Baja en haces formidables
 De la cumbre de un volcan!

Sus costumbres y sus leyes
 Fomentan desde la infancia,
 Esa altivez y constancia,
 Que nada puede abatir,
 Entre ellos todo reviste
 Ese carácter salvage,
 Con que una nacion resiste
 Y combate hasta morir.

La carne cruda de yegua
 Es el plato favorito,
 Que mas gusta á su apetito
 Y grosero paladar.
 Humeando todavía
 Su boca la saborea,
 Mientras la sangre gotea
 Del suculento manjar.

A veces en sus orgías
Embragados, delirantes,
Con los ojos centellantes
Se levantan á la vez:
La inexorable venganza
Arma irritada su diestra,
Y terrífico les muestra
Un mar de sangre á sus pies

Entonces gritan y saltan
En sus fuertes parejeros:
Cual rayos cruzan ligeros
El terreno desigual,
Y en la empinada cuchilla
De repente apareciendo,
El terror van difundiendo
Con alarido infernal.

Ya está resuelto el saqueo
De alguna villa ó estancia,
Y atropellan con tal ánsia,
Con tan ciego frenesí,
Que si encuentran resistencia
Es mas terrible su empuje
Que el mar cuando airado ruga
Y venga su rabia en sí.

Es terrible, por Dios santo!
El empuje del salvaje,
Pero cede su corage
Pasado el primer ardor;
Entonces, acuchillados
Y en rota desesperada,
Como nocturna bandada
Que oye el plomo silbador;

Corriendo van por la sierra
De miedo bajando el cuello,
Rozándose su cabello
Con las crines del corcel.
Causa pena contemplarlos
De la luna á los reflejos.
Pues parecen á lo lejos
La falange de Luzbel!

El galope del caballo.
La imprecación del que hiera.
Con el grito del que muere
Y el redoble del tambor,
Formaban en ronco estruendo
Satánica una armonía,
Que vibraba y se perdía
Entre tinieblas y horror.

Cuando en las noches lluviosas
Al cristiano sorprendian,
Casi siempre se volvian
Con espléndido botín:
Cubierta de lodo y sangre
Llegaba la tribu entera,
Y en derredor de una hoguera
Celebraba su festín.

Y luego se repartían
De la guerra los despojos,
Mitigando sus enojos
El *tubichá* (45) como juez.
Degollaban á los hombres,
Forzaban á las mugeres,
Y en satánicos placeres
Se aletargaban después.

Sin embargo, vencedores
Respetaban al valiente,
Que luchando heroicamente
Al gran número cedió;
Le vendaban las heridas,
Le cuidaban con esmero,
Y al despertar el guerrero
Solo amigos encontró.

Así se vió con frecuencia
Que hispanos y americanos,
Dejaron de ser cristianos,
Y con saña desleal,
Volvieron contra su patria.
Las mismas armas que un día,
Dieron á la monarquía
Triunfos y gloria inmortal.

Bajo el pabellón rebelde
La multitud se agolpaba,
Como la pajiza lava
Al cráter centellador.
El renombre del caudillo
Que amparaba sus derechos,
A los mas débiles pechos
Prestaba fuerza y valor.

Por eso luchaban ellos
Llenos de fé en la victoria,
Y por eso himnos de gloria
Cantaban al sucumbir.
¡Mártires del pueblo invicto
Que audaz mantuvo sus leyes,
Contra tribunos ó reyes
Hasta vencer ó morir!

Pero tambien, otras veces,
Mas precavido el cristiano.
Bajaba al sangriento llano
Ardiendo en ira fatal;
Y ay! del que se hallaba entonces
En medio de la matanza,
Al alcance de su lanza
Cuyo golpe era mortal!

¡Felices los que morian!...
Por que crueles y altivos
Los españoles, cautivos
Llevaban sin compasion,
Tiernos niños y mugeres
Que sujetos á su imperio,
En horrible cautiverio
Sufrian larga espiacion.



Perros adiestrados á despedazar á los indios.

Entre una nube de echas
Se abrian paso sus bridones,
Cargando como leones
A las bestias del infiel.
¡Adelante! era su grito.
¡Esterminio! ¡sangre! ¡fuego!...
Allí era inútil el ruego,
Ellos no daban cuartel.

¡Ah! ese pueblo! ¡cuántas veces
De sangre hispana sediento,
En venganza y escarmiento
El verde campo alfombró!
¡Cuántas veces el planeta
De tenue luz amarilla,
Blanqueando la cuchilla
Sus cráneos yertos miró!..

Beja la sangre en el suelo
Corria formando chorros
Que los hambrientos cachorros
Se arrojaban á beber;
Y en repugnante algazara
De sus dueños á las voces,
A los beridos, feroces
Desgarraban con placer.



XIII.

EL CACIQUE TOLUBA.

Deja el guerrero escrita su memoria
En el rastro de sangre de sus huellas.

J. CARLOS GOMEZ.

Qui peut savoir combien de jalouses pensées,
De haines par l'envie en tout lieux ramassées,
De sourds resentiments, d'inimitiés sans frein,
D'orages à courber les plus sublimes têtes,
Combien de passions, de fureurs, de tempêtes,
Grondent autour de toi!...

VICTOR HUGO.

¡Pero ahora no!... el jefe que los manda
Es esperto y valiente general,
Y en victoria ó derrota sabe diestro
Palmo á palmo el terreno disputar.

Vencedor ó vencido, muestra tanta
Arrogancia, valor é inteligencia,
Que amigos y enemigos, fascinados,
Inclinan la cerviz en su presencia.

Toluba le apellidan, mas ninguno
Su verdadero nombre averiguó,
Ni su patria, ni origen, ni los medios
Con que el mando supremo conquistó.

Unos dicen que misero y proscripto
Del desierto llegó como extranjero,
Buscando un pueblo amigo, un aliado
Para luchar con el valiente Ibero.

Otros afirman que por fiero ultrage
Ha desertado la cristiana grey;
Algunos cuentan... pero todos mienten;
Nadie sabe en el mundo quién es él.

Es arrogante, de risueño aspecto,
Aunque de fuego la mirada audaz,
En ondas, negro, su cabello baña
Sus anchos hombros y tostada faz.

Con el plumage que su rango marca
Orla orgulloso la gentil cabeza.
Y aquel signo real dá nuevo encanto
A su imponente, varonil belleza.

Su cuerpo velan ondeantes plumas
De azul y blanco, celestial color,
En donde el aura juguetona y leve
Murmura el nombre de su caro amor.

Y allá en su triste, solitario toldero,
Llanto de fuego su dolor aumenta,
Y cruza por sus sienes delirante
Un recuerdo fatal que le atormenta.

Clava sus ojos en el cielo, y honda
Su rostro anubla tétrica espresion,
Cual si culpable demandara en vano
Paz á la tierra y á su Dios perdon.

Camina altivo con ligero paso,
Erguida siempre la orgullosa frente;
En el combate su temida lanza
Era el azote de la hispana gente.

Nunca cobarde ante el cañon ó el rayo
De los fusiles, cual su gente huyó;
Por que do mas tronaban, solo acaso
Lanzóse con su indómito bridon.

Do quier heridos de punzante flecha,
O de los cortes del hispano sable,
Muestra sus fuertes, varoniles miembros,
No siempre invicto, pero sí indomable.

Desnudo el fuerte, valeroso pecho,
Se arroja fiero en la tremenda lid,
Y levantando los nervudos brazos
La lanza troza que le quiso herir.

Jamás en la desgracia ó la fortuna,
Quiso oír las ofertas de Castilla,
Nunca al odioso maldecido hispano,
Quiso doblar humilde la rodilla.

Cuando desecha en la feral batalla,
Su hueste toda derrotada huyó,
Toluba solo en el sangriento campo,
La patria enseña de la tierra alzó.

Toluba solo, á infantes y ginetes
Gritóles, su ágil potro deteniendo:
«¡Venid, cobardes! os espero firme,
Caeré con gloria, mataré muriendo!»

Toluba solo, despreciando el rayo,
Cual héroe quiso con valor morir,
Toluba solo cual chacal famélico
En sangre ibera se bañó feliz.

Tres veces rota la enemiga turba
Homenaje rindiera á su venganza,
Hasta que herido, sin aliento, exhausto,
Clavóle en tierra vengadora lanza.

Entonce al cielo levantó los ojos,
Y doliente plegaria murmuró...
Luego invisible le tocó una mano
Y aquel cadáver á vivir tornó.

Toluba nunca muere:—muchas veces
De balazos el cuerpo acribillado,
Sangriento por el suelo revolcándose,
Por los suyos ha sido rescatado.



Toluba.

Y no bien se han cerrado sus heridas,
Y ha vuelto á palpar el corazón,
Cuando ardiendo en enojos ha gritado:
«Mi lanza, compañeros, mi brido!...»

Don Juan y otros gefes españoles,
Admirados de tanta bazarria,
Le ofrecieron presentes, un tributo,
Y de paz absoluta garantía.

Pero el noble cacique, despreciando
Sus muestras de cariño, mas feroz
¡Guerra á muerte! responde: ¡guerra á muerte!
No consiento que manden aquí dos!

Y no bien se descuidan los cristianos,
Con la luz del aurora que amanece,
Al frente de sus hordas formidables,
En dobladas hileras aparece.

Los salvages por él acaudillados
No se asustan de un eco tronador.
Se abalanzan rabiosos, y cual tigre
A quien roban el hijo de su amor;

Ellos bajan la frente y atropellan
Oponiendo á su furia duro embate,
Y entre nubes de sangre y de metralla
Con mas ira se lanzan al combate.

Ya no basta un puñado de valientes
Para hacerlos huir; para vencer,
Es preciso luchando brazo á brazo
Con la fuerza la fuerza repeler.

¿Quién tal táctica horrible les enseña
A los hijos feroces del desierto?...
¿Quién reanima su pecho pavoroso
Al silbo de las balas antes yerto?...

¿Quién dirige sus huestes desbandadas,
Y firme mantenerlas sabe allí?...
¿Y de dónde ha salido ese demonio
Que cae en la pelea sin morir?...

¡Misterio!... cada día mas terrible
Bajaba de los montes cual torrente,
Y don Juan no salia á castigarle
Encerrado en la villa con su gente.

Aunque á veces consigue cauteloso,
Con ardides de guerra, con doblez,
En traidora celada arrebatarse
La victoria y sus robos á la vez.

A traicion ¡vive Dios! que ya no temen
Los indios su fulmínea artillería,
Y á los cañones se les ve abrazarse
Entre ronca, salvage gritería.

Es preciso pelear, pelear sin tregua,
Sin pararse en los medios de vencer,
O de frente, luchando brazo á brazo,
Con la fuerza la fuerza repeler.

Y si España no envia nuevas tropas
De aguerridos soldados veteranos,
Los campos orientales seran tumba
De sus diezmados, fieles castellanos.

Se proponen tratados á Toluba.
Se le dá lo que quiera demandar.
Y él responde implacable: *¡Guerra á muerte,*
Un ultrage yo tengo que vengar!

XIV.

INDECISION.

..... vacila,
Y en silencio el alma gime.
Por que hay algo que la oprime
Indefnible quiza.

J. M. CANTILLO.

Altri fiamme, altri nodi amor promise:
Altri ce n' apparechia iniqua sorte.

TASSO.

Los placeres de la vida,
Sus noches de amor tan bellas,
Su dulce paz bendecida,
Su esperanza indefnida,
Sus amorosas querellas;

El delirio y los ardores
De la primera pasion,
Los recuerdos punzadores,
Y los sueños matadores
Del orgullo y la ambicion;

Todo al fin pasa y se olvida,
Que el tiempo que todo arrasa
La dicha ó dolor nos tasa,
Y colmada la medida
Del bien ó el mal... ¡todo pasa!...

Como pasa la grandeza
De cuanto existe en el suelo,
Como doblan su cabeza
Talento, virtud, belleza,
Remedos de un justo cielo!

Como el ombú prepotente,
Que al pampero desafia.
Y herido de rayo ardiente.
Baja trémulo la frente
Sin verdor ni lozanía.

De nuestra esfera incompleta
Es dura y eterna ley,
Ley que á su yugo sujeta
Cuanto en la tierra vegeta
Y forma su varia grey.

Asi rápidas pasaron
Dejando en el fondo hiel,
Y en humo se trasformaron
Las promesas que brotaron
De los labios de Isabel.

Tantas soñadas quimeras,
Ilusion y desvarío,
Fueron las gotas primeras
Que á las sedientas praderas
Lanza una nube de estío.

Se minoró dia por dia
Su intenso padecimiento,
Volvió al rostro la alegría,
Al corazon el contento
Y la fé que no tenia.

Pero á veces se notaba
Que con lánguido mirar,
La vista al suelo bajaba
Y en silencio suspiraba
Ocultando su pesar.

Entonces la virgen pura
Mas hermosa parecia:
Era un ángel de ventura,
Sublimada su hermosura
Por dulce melancolía.

Por esa melancolía
Que hablando en silencio al alma,
Con férvida simpatía
Arrastra la fantasia,
Nos roba la dulce calma.

Tocaba en la edad felice
En que el juvenil ardor
Hiere el alma, y tentador
Con voz secreta predice
Misterios de casto amor.

Como en medio del desierto
Una mañana de estío
Entre las hojas cubierto
Brilla un pimpollo entreabierto,
Coronado de rocío;

Que está diciendo elocuente
Al sensible viajador:
No me dejes indolente;
El sol de mañana ardiente
Marchitará mi esplendor.

Asi Isabel, mas preciosa
Que el tierno pimpollo oculto,
Tal vez pide ruborosa
Quien dando á su amor un culto,
La ofrezca diadema hermosa.

Por eso tal vez pudiere
Dar oídos á don Juan,
Y por eso le prefiere,
Y mas afectuosa quiere
Escuchar su tierno afán.

El habla con tal dulzura,
O sabe tan bien fingir,
Que al ver su ideal ternura,
Se dice la virgen pura:
«Es imposible mentir.

»Por qué dudarlo? me adora;
»Pruebas me da sin cesar
»Del ánsia que le devora...
»Postrado á mis plantas llora...
»Y Celiar!... Celiar!

»En época mas dichosa
«Eterno amor le juré,
«Le prometí ser su esposa:
»Hoy duerme en ignota fosa,
»¿Quebrantar debo mi fé?

»Yo no sé... mi pensamiento
»Como entre sombras concibe
»Su trágico fin sangriento,
»Oculto presentimiento
»Me dice: tu amante vive.

»Imposible!... yo he tenido
»Su misma veste en mis manos...
»He visto su potro herido...
»Peleando ha sucumbido
»Con los indios inhumanos!

»¡Ah! cada vez que recuerdo
»Su amorosa idolatría,
»Su pasión, la pasión mía,
»El valor, la razón pierdo...
»¿Por qué ví la luz del día?

»Un hombre, un ángel me amaba
»Con delirio y frenesí;
»Mas que á Dios me idolatraba
»Y aun en sueños deliraba,
»Pensando feliz en mí!

»Yo también dentro del pecho
»Sentía de amor la hoguera,
»Y sabe Dios que no era
»De mi orgullo satisfecho
»Retribución lisonjera.

»¿Era amor que no se siente
»Sino una vez en la vida,
»Volcánico, febriciente,
»Reconcentrado y ardiente,
»Con un alma indefinida!

»Era en loco devaneo
»Un misterioso cariño,
»Imán de dulce recreo,
»Pasión virginal de niño
»Sin vértigos ni deseo.

«¡Y yo le amaba!... y gozosa
»En alas de mi ilusión,
»Esperaba ruborosa
»Con la guirnalda de esposa
»Del cielo la bendición.

»¡Todo pasó!... solo queda
»Un recuerdo y su amargura,
»Que acibara mi ventura,
»Como ponzoña que en leda
»Fuente arroja sierpe impura.

»¡Y pedirme que me inflame
»Con nueva llama!... olvidar
»Para siempre á Celiar!
»¡Y pedirme que á otro ame
»Cuando á él solo puedo amar!

»Pero mi padre... me ruega,
»Le dé esta satisfacción...
»Y aunque á mi anhelo se pliega,
»Teme á don Juan y á su ciega
»Desenfrenada pasión.

»¡Noble señor, ven, corona
»De tu odalisca la sien!
»A tí el temor me abandona...
»¡Yo te entrego mi persona
»Y mi obediencia también!...

.

»¡Virgen Santa! me parece
»Que no podré sufrir eso!
»Mi corazón se estremece...
»¡Sentir en el labio un beso
»Del hombre que se aborrece!

» ¡Jurarle una fe mentida,
 » Y con mortal desconsuelo,
 » Al saciar su ardiente anhelo,
 » En vez de hoguera encendida
 » Sentir en las venas hielo!...»

Así hablaba enternecida,
 Mas bella en su languidez,
 Y una lágrima perdida,
 Cruzaba inaperecible
 Su pálida, ebúrnea tez.

¡Pobre Isabel!... fatigado
 Su espíritu al fin cedió;
 Como muger sucumbió.
 Ha dado el sí deseado,
 El *sí* que cambiará en *no*.

Pero en silencio suspira
 Desde que siente murmurar:
 ¿No sabeis?... se va á casar
 Don Juan Cortés de Altamira
 Con Isabel Sandoval!...

XV.

EL PALLADOR (46).

Venid, venid en torno
 Del trovador que canta,
 Ahora que arde el fuego
 Del chispeante hogar.

ROMERO LARRAÑAGA.

Oiganle al gaucho Lucero
 Cómo se explica y se amaña!
 Pues bien, una media caña
 Concíerteme compañero.

H. ASCASUBI.

En un espacioso rancho
 De amarillentas *tótoras*,
 En derredor asentados
 De una llama serpeadora,
 Que ilumina los semblantes
 Como funeraria antorcha,
 Hirviendo el agua en el fuego,
 Y de una mano tras otra
 Pasando el sabroso mate
 Que todos con gusto toman.
 Se pueden contar muy bien
 Como unas doce personas.

Pero están con tal silencio,
 Con tanta calma reposan,

Que solo se escucha el eco
 De guitarra gemidora,
 Mezclado con los acentos
 De una voz que melancólica,
 Murmura tan dulcemente
 Como el viento entre las hojas
 Es un *pallador* que tierno
 Alza allí sentida trova,
 Y al compás de su guitarra
 Versos á raudales brota,
 Pero versos espresivos,
 De cadencia voluptuosa,
 Y que espresan tiernamente
 De su pecho las congojas.
 Es verdad que muchas veces
 La ingrata rima cohorta
 Pensamientos que grandiosos
 Se traslucen, mas no asoman,
 Y como nocturnas luces
 Al irradiar se evaporan
 La fantasía sujeta
 En las redes del idioma,
 No permite que se eleve
 La inspiración creadora,
 Ni que sus altivas alas
 Del arte los grillos rompan,
 Ni que el instinto del genio
 Le trace una senda propia,
 Mostrándole allá en los cielos
 Aquella ansiada corona,
 Que iluminando el espacio
 Con su luz esplendorosa,
 Vibra un rayo diamantino
 Que el núnem del vate esponja
 Para embeber fácilmente
 De su corazón las gotas,
 Y destilarlas después
 Como el llanto de la aurora,
 Convertidas en cantares
 Que vuelan de zona en zona.
 ¡Y cuántas veces, no obstante,
 Sus desaliñadas coplas,
 Sin esfuerzo ni trabajo,
 Como las tranquilas ondas,
 Una á una, dulcemente,
 Van saliendo de su boca!
 O de repente veloces,
 Penetrantes, ardorosas,
 Se escapan como centellas
 Y el fondo del alma tocan!
 Porque su maestro es
 La naturaleza sola,
 A quien ellos sin saberlo
 A oscuras y á tientas copian.

Así el cantor sin curarse
De reglas que no le importan,
Sigue raudó y caprichoso
Su bien comenzada trova ;
Que al lado de Isabelita
Cuanto triste , encantadora ,
Está don Juan embebido
Con espresion amorosa ,
Contemplándola estasiado
Como una virgen que ora
Al pie de una cruz , y alzando
La faz trémula y dudosa ,
Contempla al Crucificado
Entre alegría y zozobra.

Relucen sus negros ojos ,
Sus megillas se coloran ,
Y fugaz entre sus labios
Una sonrisa se nota ,
Que renace cada vez
Que su adorada le nombra.

Pero ay! á pocos instantes
Vé que Isabel está absorta ,
Y ni atiende á sus palabras
Ni á sus quejas amorosas ;
Clavados tiene los ojos
En el cantor , y traidora
Le dirige la palabra ,
Pidiéndole cariñosa
Que ya que es tan diestro cante
Alguna bonita historia.

CANT. ¿Una historia?

ISAB. Si , quisiera

Oirla de vuestra boca.

CANT. No recuerdo...

DON JUAN. Pues entonces

Contadnos la vuestra propia!...

ISAB. O algun cuento...

CANT. No: lo mío

No es digno de tanta honra.

Recuerdo un hecho verídico

Cuya narracion es corta ,

Y si quereis escucharme

Lo voy á contar ahora.

ISAB. Si , si , os escucharemos

Con gusto ; pero sofoca

Tanto cantar , vaya un mate..

49 Biblioteca española.

DON JUAN. (¡Veneno fuera!)

CANT. *Ya ronca*

Siento la voz (1), sin embargo

Haré un esfuerzo.

DON JUAN. (¡En mal hora!)

Pulsó el cantor la vihuela ,
La pulsó otra vez y otra ,
Calóse de medio lado
El sombrero , y con irónica
Sonrisa cruzó las piernas ,
Y girando recelosa
En derredor su mirada
Así principió :

—Señora,

*Voy á cantar la bravura
Del gaucho mas afamado ,
Que valiente y esforzado
Sucumbió á la desventura:
Su valor y suerte dura ,
Su infortunada pasión ,
Conmueven el corazon
De todos los que han querido ,
Y ardiente fuego sentido
Por amorosa ilusion.*

Hace tres años vivia
*No muy lejos de estos pagos ,
Entregado á los halagos
De secreta simpatía ,
Un jóven que merecia
De todos el fino amor ,
Porque era el mejor cantor
De fama y virtudes lleno ,
Imperturbable y sereno
En el peligro mayor.*

Como acosado don Juan
Por una oculta memoria ,
Como saliendo de un sueño ,
Alzó la vista y clavóla
Sobre la faz espresiva
Del pallador; vengadora

(1) Las palabras en bastardilla, son ó frases peculia-
res de los gauchos, ó versos testuales de sus canciones.

Cruzó tal vez por el aire
 Alguna irritada sombra:
 Y él esclamó:—Me parece
 Que ese es un cuento y no historia.

—Historia, señor, al menos
 El vulgo la corrobora;
 Y yo la oí una tarde
 Tomando mate, á la sombra
 De un gran ombú solitario,
Que hay por aquí en una loma.

Este jóven adoraba
 A una niña muy hermosa,
 Que por sutil y graciosa
 Muchos amantes contaba,
 Pero ella solo escuchaba
 Los suspiros de su bien,
 Y á los demas con desden
 Rechazaba de su lado,
 Entre ellos, enamorado,
 A un noble hidalgo tambien.

Iba el amor á premiar
 Su tierno, amante deseo.
 Y en suspirado himeneo
 Su corazon á ligar:
 Pero ¡oh dolor! al brillar
 Su estrella con mas fulgor,
 Con siniestro resplendor
 Perdió la luz en su aurora,
 Y oculta mano traidora
 Rompió el nudo de su amor.

Don Juan arqueó las cejas,
 E Isabel mas sigilosa,
 Sobre el cantor con recelo
 Lanzó una mirada torva.

—Llegó un *chasque*, y el amante
 Por falso aviso engañado,
 Se dirigió apresurado
 Donde un tío ya espirante
 Le llamaba, y al instante
 Por la espalda su rival,
Cual tigre en el pajonal

A su víctima esperó,
 Y en el pecho le clavó
 Por tres veces su puñal!

Pero no murió..... piadosa
 Le salvó estrangera mano;
 Hubo un corazon humano
 Y un alma fiel, generosa,
 Que le prodigó amorosa
 Su asistencia y su desvelo,
 Curando con tierno anhelo,
 Sus peligrosas heridas,
 Con lágrimas bendecidas
 Rogando por él al cielo.

Estremecióse don Juan
 Con aparente congoja;
 Quiso hablar, pero no pudo,
 Que oculta rabia le ahoga.

—De su muerte la noticia
 Voló en alas de la fama,
 Que de intento desparrama
 Del criminal la malicia:
 El, temiendo la injusticia
 De su enemigo traidor,
 Entre recelo y amor
 ¡Venganza! clama, venganza!
 O alcanzaré mi esperanza,
 O moriré con valor!

Y se dice que anda errante
 Por los ámbitos del mundo,
 Siempre con dolor profundo
 Pensando fiel en su amante.
 Ella le olvida inconstante,
 Y como muger, variable,
 Mientras él busca incansable
 Un renombre soberano,
 Hoy le vende al castellano
 Su amor puro...

—Miserable!
 Gritó don Juan furibundo
 Con voz alterada y ronca,

Mientras Isabel le miraba
Pensativa y lacrimosa:—
¿Cómo, cuándo, en qué parage
Te contaron esa historia?...
Responde, porque si mientes
Mañana pruebas la horca!

Que en astillas, resonante
El desnudo suelo alfombra:
Y antes que los circunstantes
Entre el tumulto le cojan,
Antes que el fogoso hidalgo
Haga brillar su tizona,
Con el puñal en la mano
Mirando á la turba idiota,
Como columna de fuego



El cantor á estas palabras
En vez de mostrar zozobra,
Se puso en pie, y contemplando
Al reptil que le provoca,
Solo como por desprecio
Carrajada estrepitosa:
—¿A mí, señor?

—Insolente,
¿Con el que hablas ignoras?

Que oculto volcan arroja,
El se abre paso atrevido,
Y en la puerta se coloca.

—¡Detenedle!... gritó al punto
Una voz atronadora,
Y el galope de un caballo
Con el viento confundiola.

Levantó don Juan la mano
Con intencion alevosa:
Pero el pellador, mas rápido
Con su saeta la toma,
Y contra su frente altiva
La fragil guilerra azota.

XVI.

CAPRICHOS DE MUJER.

La mujer es un enigma
Como los vientos variable,
Voluble cual mariposa,
Y como el mar inconstante.

ROMANCERO.

Cuando uno dos seres contraria la suerte,
Y aunque uno á otro ame, no se aman los dos,
Y al altar caminan con el pecho inerte,
Y engañar pretenden hasta el mismo Dios;

Cuando no se aman con aquel delirio,
Que en mútuo desvelo nos hace gemir,
Cuando ellos no sienten comun el martirio
De en vano quererse, de en vano sufrir;

Cuando es uno solo quien misero llora.
Sin que á sus gemidos, gemidos se den,
En tanto que abriga pasion matadora,
Que abrasa su pecho, devora su sien;

Entonce ¡oh amantes! entonce no existe
El fuego celeste que llaman amor:
Existe un afecto, mas lánguido, triste,
Cual astro lejano de opaco fulgor;

Que mientras radiante la esfera pascua,
Y alumbra los cielos el gran luminar,
Reluce un instante, veloz centellea,
Y apenas él huye se vuelve á ocultar.

Asi del perjuró que el amor no siente,
La pasion fingida, momentánea es,
Pues todo lo olvida desde que se ausente
Aquel que rendido lloraba á sus pies.

La paz, el contento, la fé... de consuno,
En rápido vuelo del alma se van,
Y vuelve el recuerdo febril, importuno,
De ansiados momentos que no volverán.

La dicha perdida, los sueños de oro,
Que el mundo tornaban en plácido Edem;
La voz que primera nos dijo ¡te adoro!
Y el sí venturoso, primero tambien.

Asi al blando arrullo y al dulce contento,
De las tiernas frases que inspira el amor,
La cándida virgen dejó al sentimiento,
Que del alma abriese la plegada flor.

Y acaso estasiada creyó en su embeleso,
El fuego apagado de nuevo sentir,
Y tal vez dichosa con amante escoso
Forjóse otro bello, feliz porvenir.

Pero ¡ay! un recuerdo que nunca olvidaba,
Al punto venia su gozo á turbar:
Escrito en el alma su fé lo guardaba,
Tan puro y hermoso cual fué Celiar.

¡Celiar!... aquel ángel bajado del cielo
Con galas terrenas vestido por él,
Y huyó para siempre, dejando en el suelo
Su nombre, su imágen, su amor puro y fiel!

¿Por qué ahora su amante recuerda angustiada,
El crimen que un dia separó á los dos?
¿Por qué en su delirio la mente obcecada
Se lanza altanera buscándole en pos?

¿Será que aun existe?... ¿piadoso el destino
Logró de la muerte la saña embotar?...
¿Será que el inicuo, perverso asesino,
En vano su pecho llegó á traspasar?

¿El jóven gracioso que tierno cantaba
Cómo todo el hecho llegó á averiguar?
¿Por qué con empeño doliente miraba,
Y luego seguia su triste cantar?

¿Por qué habian sus ecos tan dulce armonia,
Y sus negros ojos tan tierna espresion,
Que á cada palabra veraz predecia
La hoguera escondida de oculta pasion?

Su acento, su porte, sus mismas facciones
Encubren misterios que es fuerza aclarar...
¿Quién es? ¿qué pretende con tales razones?
¿Será algun pariente?... ¡Tal vez Celiar!

¡Oh! no, es imposible! Celiar era hermoso,
De negras guedejas y pálida tez;
Y este es un gaucho, quemado, andrajoso,
En vez de dulzura mostrando altivez.

Nadie le conoce... pero la sentida
Trova que sereno cantó sin temor,
Su audacia inaudita, su accion desmedida,
Y del castellano la rabia y pavor;

Abrieron los ojos del vulgo indeciso,
A quien hasta entonces don Juan engañó:
Relámpago súbito que hirió de improviso
Y á todos la oculta verdad reveló.

La verdad terrible, la verdad desnuda,
Que al fin, aunque tarde, comprendió Isabel;
Y de ira entonces y vergüenza, muda,
Lloró noche y día lágrimas de hiel.

¡Ella que sumisa doblaba la frente,
Y hasta sus recuerdos queriendo olvidar,
Por su padre solo, cual hija obediente,
Con él iba humilde su mano á enlazar!

¡Ella que piadosa, de su afán dolida,
Mirábale á veces con tanto interés,
Que ofrecía darle corazón y vida,
Y hacerle dichoso con su amor después!

Mas ahora, primero ¡sublime criatura!
Primero mil veces quisiera morir,
Que con lazo eterno su mano, perjurá,
Al vil asesino de su amante unir.

Y aunque ya entre sombras la mente no alcanza
Sino desventura, quebranto y dolor,
Abriga y alienta la dulce esperanza
De hallar en la tierra su perdido amor.

Y vuelve á su rostro la tinta de rosa,
Y el placer lo baña con ese matiz,
Divina aureola que irradia una hermosa
Cuando el gozo ensancha su pecho feliz.

Sus ojos se animan y en torno despiden
Fulgor embriagante, magnética luz,
Y sus pensamientos, lanzándose miden
La dicha celeste que goza el querub.

El mundo se dora con áureos matices,
Que fúlgidos vierte mas bello otro sol,
Y rápidos vuelan sus días felices,
Sin vagos pesares, sin turbio arrebol.

Por eso sin duda se aflige y desvela,
Y huye desque siente llegar á don Juan;
Por eso al mirarle, su rostro revela
Del pecho angustiado la lucha y afán.

Con nuevos encantos mas bella renace
La imagen querida que siempre adoró;
Y apenas le hablan del próximo enlace,
Responde altanera: Repito que no...

Dirigenla en vano con tierno desvelo
Promesas y ruegos que no quiere oír,
Y en vano sus padres, con fervido anhelo,
Conjuranla en nombre de su porvenir.

49 x Celiar.

¡Singular misterio!... fría, indiferente,
Ni nada ni nadie la pueden vencer,
Y ya sonriendo murmura la gente:
Tal vez un capricho será de muger.

XVII.

UN BOSQUE DE MI PATRIA.

Y la tierra es un encanto
Si maravilla es el cielo.

Y junto al rudo espinillo
Silba la caña lacuara,
Y en el cenagoso estero
El iris de sus escamas
Refleja al sol la serpiente;
El toro paca la grama
Y entre sendas de verdura
Lleva el gaucho su manada

J. RIVERA-INDARTE.

A una legua de la estancia
Donde habitaba don Diego,
Un gran bosque se estendia,
Do á menudo de paseo
Los domingos acudian
Los moradores del pueblo
Y otros muchos que vivian
Cercanos á sus linderos.

En giras campestres iban
En animado cortejo,
Y los mas casi á la entrada
Sentaban su campamento;
Que era el bosque hartito sombrío,
Impenetrable y estenso,
Y como se sospechaba
Con sobrado fundamento,
Que allí estaban escondidos
Desertores y malévolos,
Y no faltaban vecinos
Algo bruscos y groseros,
Como panteras, serpientes,
Cimarrones (48) y otros feos
Trogloditas, que de pronto,
Sin saludar y sin previo
Convite entre la reunion
Arrojábanse famélicos,
Manotones, picaduras,
Y bocados repartiendo
Gratis et amore, el vulgo
Desagradecido y necio,
Desdeñando sus caricias,
Jamás se internaba dentro
Del bosque, y le contemplaba
No con temor, no, con miedo!

Era hermoso aquel parage
 Con sus sombras y misterios,
 Circuido de membrillares
 Y de ombues gigantescos,
 Cuyas copas sacudidas
 Por las alas del pampero,
 Ya elevándose sonoras,
 Ya barriendo el bajo suelo,
 Parecian en la noche
 A los trémulos destellos,
 Del fugitivo relámpago,
 Y al quejido lastimero
 De los arbustos y plantas
 Que airado tronchaba el viento,

Mas estos y aquellos unen
 Sus ramas en lazo estrecho,
 Y de hojas un toldo forman
 Que no pasa el sol de enero.
 Los rayos de luz penetran
 Lentamente por los huecos,
 Y plácidos iluminan
 Perdiendo su ardiente fuego,
 Su sombra medrosa inspira
 Encontrados sentimientos,
 Y el alma tiembla agitada
 De placer y de recelo:
 De la tibia madrugada
 Parece el primer destello;



Selva americana.

De una corona de estrellas
 El vacilante reflejo,
 Cuando velada entre nubes
 Brilla fúlgida en el centro.

Allí los árboles brotan
 De la tierra ciento á ciento,
 Unos enanos, tupidos,
 Espinosos y rastreros;
 Gigantes y claros otros,
 De follage y tronco esbelto;

O bien de una hermosa tarde
 El fugaz rayo postrero,
 Que el sol moribundo lanza,
 Y de ola en ola corriendo,
 Cruza la mar y se pierde
 Entre su argentino velo.

Al pie de los mas frondosos
 Vegetales corpulentos,
 Con plantas desconocidas
 Se enroscan formando un lecho,

Flexibles enredaderas
Que alombran el verde suelo,
Y desde el tronco á la copa
Los visten con un esplendido
Manto de flores y hojas
Que agita undulante el céfiro:
Mientras aislados ó juntos,
Asoman de trecho en trecho,
Los silvestres *maracujines* (49)
De color amarillento,
La púdica margarita,
Y el aromático trebol,
El encendido jacinto,
Y el arulado romero,
La *flor del aire* (50), que solo
Se alimenta con el riego
De la noche, y en las ramas
De los árboles, suspenso
Su frágil tallo columpia,
Viva imagen del deseo;
El *maracujá* (51), trasunto
Del divino amor eterno;
El *lolo*, (52) la yerba-mora,
El *caracará* (53) que etéreo
En épocas de epidemia
Purifica el aire infecto;
Y otras mil flores que acaso
Del llanto puro nacieron,
Que derramó y aun derrama
El ángel de los desiertos,
La América al recorrer
Desde un extremo á otro extremo,
Y de querer luto, anarquía,
Opresión y horrores viendo.
De querer verdugos y victimas
Con el hierro, el plomo, el fuego,
Sobre el encendido cráter,
Nuevos canales abriendo
Al raudal de sangre y crímenes
Que hace tres siglos y medio
Empena á correr, su cauce
Siempre ensanchando violento,
Y que sale el cielo cuando
Se lo tragará el infierno!

¿No tienen nombre esas flores!
Y si lo tienen, no quiero
Repetirlo yo, lo ignoro,
No se acomoda á mis versos!
¿Tiene por ventura nombre
Lo mas sublime y poético
Que liere el alma y transporta
A otra esfera el pensamiento?...

Baste saber que entreabiertas
Del aura errante á los besos,
En derredor esparcidas
Como en un vergel ameno,
Embalsaman el ambiente
Con aromático incienso,
Y encantan la vista y dejan
Melancólico en el pecho
Un recuerdo delicioso,
Como el virginal recuerdo
De las primeras caricias
Y los trasportes primeros,
Con que bellísima virgen
Pura cual la luz del cielo,
E iniciada por nosotros
Del amor en los secretos,
La ventura de los ángeles
Nos reveló en su embeleso.

En la copa y en el tronco
De los árboles mas viejos,
Se ven colmenas y nidos
Formados con grande ingenio.
El murmullo de las hojas,
El manso arrullo del viento,
De las aves la armonía,
El canto de los insectos,
Y el rastro precipitado
De algun reptil en acecho,
Forman alli encadenados
Un misterioso concierto,
Que estasiado oye el poeta.
En su corazon sintiendo
Alguna fibra escondida
Responderle como un eco,
Cuando de repente aves,
Brisas, árboles, insectos,
Al menor ruido, al susurro
De una hoja que cae al suelo,
Cual de antemano avisados
Quedan todos en silencio,
Y luego á un tiempo, á una voz
Su canto empiezan de nuevo....

De pronto rumor confuso
Que se aproxima creciendo,
Por el bosque se dilata
Como el rugido de un trueno...

¿Es por ventura algun rio
Que sale de madre, y fiero
Con sordo hervor se derrama
Por los floridos y estensos
Campos y valles que ahora
Son á su raudal estrechos?

¿Es acaso el magestuoso
Murmullo que eleva inmenso,
La escondida catarata
Allá del bosque en el seno,
Al rebotar en las peñas,
Y con indómito esfuerzo;
Camino abrirse al través
De los troncos gigantescos,
Arbustos y matorrales
Que se disputan el suelo?

¿Rival del *condor*, acaso
Por entre el ramage espeso,
Algun águila gigante
Tiende magestuosa el vuelo,
Entre sus agudas garras
Ya su presa dividiendo,
Y apagando sus gemidos
Con el crugiente aleteo
Y áspero grito de gozo
Que ronco repite el eco?



Serpiente de cascabel.

¿O será el hondo alarido
Que pavoroso y tremendo,
El leopardo y la pantera
Lanzan, con salto violento,
Al divisar á su presa
Trémula y yerta de miedo?

¿O acaso vaga en la selva
Algun *cimarron* famélico,
Y en el disco de la luna
Clava sus ojos sangrientos,
Tiende el cuello, el aire aspira,
Y hácia el llano dirigiéndose
Con triste, fúnebre aullido,
Convoca á sus compañeros
Para caer como hienas
Sobre el ganado indefenso?

¿Por ventura, el potro errante
Que jamás conoció dueño,
Vió pasar cual meteoro
A la yegua del desierto,
Y la llamó con salvage
Relincho de amor frenético,
Los ojos centelleantes,
Tendida la crin al viento?

¿O será que en fiera lucha
Silbando rodea el cuerpo
De su enemigo, la infanda
Serpiente cuyo veneno
Instantáneamente mata,
Y que sin duda por eso

Lleva anillos en la cola,
Que al mas leve movimiento
Resonando se estremecen
Como un aviso del cielo?
Y el rumor de la contienda
Deja el yacaré su lecho
De frescos juncos y cañas,
Y veloz como el deseo
Se precipita á la orilla
Su enorme boca entreabriendo,
Cuyos dientes al chocarse
Un son metálico y seco
Producen como una sierra
Al tropezar con el hierro
De un clavo que la rechaza
En la madera encubierto?...

¿Quién sabe!... Nadie hasta el fondo
Penetró del bosque inmenso,
Y á punto fijo ninguno
Podrá decir lo que hay cierto.

Por las causas los efectos;
Y el lector escogerá
De los ejemplos que he puesto
El que mas le cuadre, á fin
De explicar ese misterio.

A intervalos, sonoro,
Se oye un rápido arroyuelo
Que murmura serpeando
Al cruzar algun estero ⁽³⁴⁾;
Y algun ave, madre tierna
Baja á su cristal sereno,
Y lava en sus claras ondas
Algun desdichado insecto,
Que en su piezo cariñosa
Lleva al punto á sus hijuelos.

Entre el ruido, gritos, cantos
Que el aire llenan diversos,
Se escucha á menudo el breve,
Repetido clamoreo,
O flébil, cortado arrullo



Yacaré.

¡Mas nosotros los poetas
Tenemos el privilegio
De afirmar, salvo error,

Con que acompaña su vuelo
La torcaz, pájaro amante
De plumaje amarillento;

Pero nada agrada tanto
Como el placido gorgojo



Del mismo, ¡oh! pobre de pluma
Y riquísimo en acantos:
En bandadas numerosas
Llegan siempre los primeros,
Al hundir el sol su frente
En el ancho mar sereno;
Llegan, y tal vez en tanto
Que allá retumba á lo lejos,
El golpear de los sables
Y del cañon el estrépito,
Y negra nube rojiza
Encapota el firmamento,
Como si ocultar quisiera
Nuestras miserias al cielo;
Ellos, mientras lanza el hombre
Maldiciones y lamentos,
Y respirando esterminio
Invoca al terrible genio
Del mal; ellos, los canteros
Del florido bosque ameno,
Saltando de rama en rama
Preludian su canto tierno,
Que no bien oyen las otras
Aves, en un coro inmenso,
Sueltan su voz inspirada,
Tal vez al Criador pidiendo
Perdon para los culpables,
Para los justos consuelo;

Y Dios escucha aquel himno
De amor y esperanza lleno,
Que al olvido y la indulgencia
Siempre se encuentra dispuesto,
Y cuando el mortal demente
Se rebela á sus preceptos,
Y le niega el homenaje
De adoracion y respeto.
Por no castigar su orgullo
Y criminales escesos,
¡Por él oye hasta las piedras,
Aves, fieras y elementos!

XVIII.

BALDON POR BALDON.

Cierra presa
En las garras del leon.
..... Es fuerza
Que se burle y que se tuerza
La traicion con la traicion.

J. ZORRILLA.

En este bosque se cuenta
Que una tarde de febrero,
Con otros muchos amigos
Que habian ido de pasco,
Al pie de una gran palmera
Los dos futuros de intento
Retirados, platicaban
De su próximo himeneo,
Y que así don Juan decia
Entre ofendido y colérico:

—¡Isabel!... sufrir no puedo
Tu inconstancia incomprensible,
¿Es una farsa ó enredo?

—Es una verdad y horrible.

—¡Yo te digo que es mentira!

—Será mentira, señor,
Mas vuestro amor no me inspira
Sinó vergüenza y horror.

—¡Isabel!

—¡Nunca, jamás,
Aceptaré vuestra mano!

—A la fuerzas cederás
Que nadie me burla en vano.
¿Tu palabra no me diste?
¿No te dejaste pedir?...

Lo que entonces prometiste
Te obligaré yo á cumplir.
Basta ya de dilaciones,
¡Basta ya de sumisión,
Sobradas humillaciones
Apuré mi corazón!
¿No me amas ya, mi Isabel?

—Nunca os amó, compasiva,
Y por mi padre, por el,
A ser vuestra esposa iba;
Y acaso en algún instante
De espansion y de amistad,
Equivocué delirante
El amor con la piedad.

—¿Y no me amas; no tienes
Una ilusión para mí?
¿Por qué cruel me reconviene?
¿Por qué me tratas así?
¿Sabes tú como se llora
Cuando el amor es desden?

—¿Y vos sabéis como implora
Quien no puede amar también?

—El odio tu pecho ensancha,
Mas si te dejas amar...

—Señor, vuestra mano mancha
La sangre de Celiar.

—¡Basta, basta, no me insultes
Con tan fiera sinrazón!
¿No mas pérfida me ocultes
Tu depravada intención!
¿Sino me amabas, por qué
Un sí pronunció tu labio?

—Porque un instante pensé
Que así borraba un agravio.

—Muger sin fé ¿no comprendes
Toda mi angustia y afán?
No ves que insensata enciendes
Dentro del alma un volcán?
¿No ves que tu ciego arrojo
Provocará su explosión?...

—Vuestro cariño ó enojo
Indiferentes me son.

—¡Pues oye! si hasta aquí tierno
Y humilde contigo fui,
Hoy verás todo el infierno
Que encierra mi pecho en sí.
¿Has de ser mía, aunque airado
Se interponga entre los dos,

Mi destino encarnizado,
Satanás ó el mismo Dios!
—Nunca, jamás, os detesto,
Porque os conozco muy bien,
Y desde ahora protesto
Que solo hallareis desden.

Se oyó ruido entre los árboles,
Y volviendo el rostro fiero,
El comandante sombrío
Clavó la vista en el suelo,
Como luchando indeciso
Con su pasión y despecho.
Mas de repente cual rayo
Que anuncia lejano trueno,
Su cólera comprimida
Brotó en ascuas de su pecho.

—Isabel, mi triste acento
Oye por última vez,
Y si quieres, mi tormento,
Redobla con tu esquivéz.
Parto á España, he recibido
Orden espresa del rey,
Y es fuerza que comedido
Me humille á tan dura ley.
Te doy para conformarte
Cinco días, nada mas,
No me obligues á obligarte
Pues de todo soy capaz.

—Mil veces diré lo mismo
Vuelvo á repetir que no!

—Aunque me trague el abismo
Has de ser mía, ó si no
Mi venganza...

—Será honrosa
Contra una débil muger,
Desde ahora, don Juan, gozosa
La sufriré con placer.

—No, Isabel, nunca mi mano
Descargaré sobre tí...
Intentarlo fuera en vano...
Si yo lo dije, mentí.
Pero hay otros que tú adoras,
Otros que te harán llorar,
Cuando mires punzadoras
Sus lágrimas resbalar.

—Llorando tierna con ellos
Mitigaré su dolor.

—¿Y si amenaza sus cuellos
Un puñal?

—Con nuevo horror,
Con doble saña enemiga,
Veré al déspota, que necio
En la inocencia castiga
De una muger el desprecio!

—¿Si al pueblo murmurador
Le digo que si me amaste,
Fué por encubrir tu honor
Que á otro amante abandonaste,
Y que ébrio con tu ternura
Ni pido ni quiero mas?

—Tu familia irá conmigo
A España la llevaré!

—¿Y no quedará un amigo
Que alivio á mi pena dé?

—Mira que si yo lo quiero,
A una voz, á una señal,
Caerá tu linage entero
En espiacion infernal;
Y sobre el suelo sangriento
Con sus troncos, vive Dios!



Cascada en el fondo de un bosque. —Pág. 72.

—Si mi virtud está pura
¿Qué me importa lo demas?

—¡Yo diré que son traidores
Tus parientes!

—No hay aqui
Mas leales servidores
Del monarca ibero...

—¿Si?...
¡Ya lo veremos!... tu padre
Perderá todo!

—Quizá
Aunque bien ó mal le cuadre
A trabajar volverá.

Alzare un lecho opulento
Digno, Isabel, de los dos!
Frenético allí con ira
Te trataré yo á mi vez,
Cual muger á quien se tira
Una moneda despues!

Ronco, fúnebre, apagado
Como el quejido postrero,
Exhaló Isabel llorosa
Hondo suspiro, que el miedo,
La vergüenza, la ira, el odio
Arrancaban de su pecho,
Y como si la escondida
Garra de un genio malético
La hubiese herido, ó el choque

De invisible fluido eléctrico,
Se desplomó sin sentido
Al pie del árbol cayendo.

Don Juan se cruzó de brazos,
Y de compasión ageno.
Impasible, no, furioso
Al verla sin movimiento.

Que en los árboles un cerco
Impenetrable formaban,
Tan frondoso y tan espeso
Que á distancia de tres pasos
No se vian los objetos.

Rico manto de la selva,
Diríase que era un lienzo



El pallador obligando á don Juan á arrodillarse.—Pág. 78.

Con ojos centelleantes
Aun murmuraba colérico,
Las fieras imprecaciones
Que le inspiraba el infierno.

Sacóle de su profunda
Enagenacion un recio
Golpe que en el hombro dióle
Alguien que salia del centro
De la red de hojas y flores,

De verdura, que ondeando
Entre las ramas sujeto,
De árbol en árbol corria
Desde un extremo á otro extremo,
Sin permitir que la vista
Calara el frondoso velo,
Que ocultaba al hombre impío
Los prodigios y secretos,
Los tesoros y bellezas,
Las delicias y misterios,

Que el bosque, virgen aun,
Feliz guardaba en su seno.

Don Juan revolvíó los ojos:
Brotando por ellos fuego,
Ofendido y con razon
De aquel brusco llamamiento:
Mas al volverse... de pronto,
Díóle el corazon un vuelco.
Un hombre vió... pero un hombre
Para él de fatal recuerdo,
A cuya vista en sus venas
Se heló la sangre al momento;
Un hombre cuyo terrible
Y amenazador aspecto,
Detuvo su airada mano
Que iba en busca del acero,
Mucho mas que la pistola
Con que le apuntaba al pecho:
El *pallador*!... exclamó
De espanto palideciendo,
Mientras el otro acercándose
Le repetía: silencio!

Calló don Juan, mas el otro
Sin duda de agreste genio,
Le asió de un brazo y le dijo
Con voz y ademan resuelto:

—¡De rodillas, miserable,
Has de pedirla perdon,
O de un tiro inexorable,
Te atravieso el corazon!

—Desmayada está...

—No quiero
Una palabra escuchar:
¡Arrodillate!

—¡Primero
Me dejaré asesinar!

—Pues, prepárate á la muerte
Y encomiéndate ya á Dios!

—¡Humillarme de esta suerte!
¡Qué afrenta, cielo!...

—Y van dos.

Trémulo giró la vista
En derredor como viendo
Si había por allí alguno
Que viniese á socorrerlo.
Pero nada!... silencioso
Murmuraba solo el viento...

Y él entonces azorado,
De frio pavor cubierto,
Temblando como una hoja
De rodillas cayó al suelo.

XIX.

HASTA EL FIN NADIE ES DICHOSO.

*Quanto più sull instabil rota vodi
Di fortuna ire in alto il miser oumo,
Tanto più tosto hai di vedergli i piè de
Ove ora a il capo, e far cadendo il tomo*

ARIOSTO.

Pasaron los dias
De luto y quebranto,
Apagóse el llanto
Y helóse el dolor.
Al fin entre nubes
De nácar y grana,
Lució una mañana
Que amor engalana
Con áureo fulgor.

¡Feliz el que goza
La dulce ventura,
La dicha tan pura
Que da el corazon!
¡Feliz quien se olvida
Del mundo terreno,
Y abriga en su seno,
De amor y fé lleno
Celeste pasion!...

¡Dichoso quién puede
Amado y amante,
Risueño, anhelante,
Delirios forjar,
Dormir al arrullo
De blandas caricias,
Y en puras delicias,
De amor las primicias
Sediento gozar!

¡Mirar en eternos
Dulcísimos lazos,
Dormir en sus brazos
Su vida, su bien!
Sentir en el alma
Celeste centella,
Que fúlgida y bella,
Nos muestra la huella
De un mágico Eden!...

Así venturoso
Cual nadie lo fuera,
Con faz placentera
Sonreí don Juan:
Fleedad ni esperanza
Para él ya no había,
Pero su energía
De la suerte impía
Venciera el desman.

Al fin conmovido
De su largo duelo,
Mas propicio el cielo
Su voz escuchó!
Bastantes reveses
Constante ha probado,
Y aunque no es amado,
Por fuerza ó por grado
La ingrata cedió.

¿Pero á el que le importan
Lágrimas ni preces,
Con tal que sus heces
Le brinda el placer?
¿Que vale á la vista
De un hombre perjuro,
El afecto puro,
El llanto inseguro
De infeliz muger?...

Después que sea mía,
Se dice altanero.
Sabré yo sincero
Su afecto ganar.
Cuando vea que dueño
Todavía la imploro.
Creerá que la adoro,
Que ella es mi tesoro,
Mi gloria sin par.

Por eso en tumulto,
Parientes, amigos,
Mugeres, testigos,
Reunidos se ven.
Y ansioso himenco
Les teje en su falda,
De azul y esmeralda
Triunfante guirnalda
Que adorne su sien.

Espera que suene
Veloz, seductora,
La tardida hora
De unir á los dos.

Pues lejos del vulgo
Que en torno se agita,
Sentado medita,
Grave cenobita
Ministro de Dios.

Allí está, en silencio,
Quieto, indiferente,
La mano en la frente
Severa la faz.
A veces levanta
Su vista del suelo.
Pero con recelo
Como si algún duelo
Guardara tenaz.

Pero nadie observa
Su aspecto y su porte,
Que á mas dulce norte
Sus miradas van:
Y de amor y envidia
Se eleva un murmullo,
Delicioso arrullo
Que halaga el orgullo
Del feliz don Juan.

No hay uno siquiera
Que no envidie amante,
Su rica y fragante
Corona nupcial;
Mientras que la novia
Cual flor purpurina,
De su faz divina
Los ojos inclina
Con ánsia mortal!

En tanto la lluvia
Las nubes trasciende,
Muge y se desprende
Con sordo rumor;
Y airado sus alas
Sacude el pampero,
Silbando agorero,
Mezclándose fiero
Del rayo al fragor.

—¡Ea! concluyamos!
Esclamó don Diego,
Por que será luego
La tormenta cruel:
Sí, si repitieron,
Y al punto anhelante,
Mudado el semblante,
En pie, vacilante,
Se puзо Isabel.

Llegó el sacerdote
Grave, reverente,
Inclinó la frente
Y abrió su misal:
Mientras mas horribles
Los cielos tronaban,
Los vientos bramaban,
Las ondas se alzaban
En ancha espiral.

Hizo las preguntas
Que la iglesia ordena,
Y escuchó con pena
Pronunciar el sí;
Y á Isabel llorosa
Como en son de ruego,
Y á Altamira ciego,
Ordenóles luego
Sus diestras unir.

Iba á bendecirlos..
Cuando de repente
Se oyó prepotente
Ronca exclamacion:
¡Al arma! ¡los indios!
¡Al arma! resuena,
Y al punto retruena
Cual rota cadena,
Confusa explosion.

Todos se miraron
De diversos modos,
Y rápidos todos
Echaron á huir.
¡Cobardes! gritóles
Don Juan, si no es nada!
Y con faz airada,
Sacando su espada
Voló á combatir.

Entonces el cura
De Isabel al lado,
Paróse agitado;
Diciendo veloz:
—¡Huye! si te quedas
Tu vida hoy espones.
Sin mas dilaciones
Lée aquestos renglones...
—¿De quién son?...—Adios!...



TRES EN UNO.

Hay hombres que tienen tantas
caras como pasiones.

ADISSON.

Rápida, muda, celestial sonrisa
Resplandece en los labios de Isabel,
Y en su mano de nácar se divisa
De secretos y dudas el papel.

Dos palabras oscuras, misteriosas,
Tras las cuales se esconde la verdad,
Han venido á mostrarle luminosas
Las huellas de perdida realidad.

Y el fuego que brotando en la megilla
Se derrama en su rostro de máfil,
Ora apacible en su mirada brilla,
Como ignorado anhelo juvenil:

Ora enciende su frente, ora fulgura
En sus radiantes ojos la pasión,
Y la gasa que oprime su cintura
Se dilata á la par del corazón.

La sacó de su dulce arrobamiento
El galope cercano de un corcel,
Que veloz como el rayo, en el momento,
De su puerta parábase al dintel.

Con ojos airados y faz descompuesta,
De sangre, y heridas, y lodo cubierto,
Empujó don Juan

La puerta del vasto salón ya desierto,
Y entró, sacudiendo su espada sangrienta
Hasta el gávilan.

—¡Huyamos, huyamos! estamos perdidos,
Hacia aquí los indios triunfantes ya vienen,
Me siguen en pos...

¿No sentís sus pasos? ahora se detienen.
Pues ahora, don Diego, mi Isabel, huyamos,
Huyamos por Dios!

Mientras que se entregan á horribles escesos,
Y pasan la noche feroces saciando
Su cruel frenesí,

Nosotros á Oriente siempre galopando,
Al fin hallaremos algun pueblo ó villa,
Distante de aquí.

Corred, pues, don Diego, mandad que os ensillen
Dos buenos caballos, la menor tardanza
Nos puede perder,

Y á ti, mi adorada, mi única esperanza,
Por quien ¡Dios del cielo! querría mil veces
Antes perecer!

A ese cacique malvado
De infausta celebridad?
¿No sabes que es un demonio
De sangre hispana insaciable,
Que no respeta implacable
Sexo, carácter, ni edad?

Yo le he visto entre los mios
Del rayo á la torva lumbre,
Cargando á la muchedumbre
Cual famélico leon;
Y cada vez que su lanza
En el aire relucía,
Con sangre en tierra imprimía
Las huellas de su brido!



Derrota de los españoles.

Solo quedó el castellano
Con la niña pensativa,
Cuya sonrisa furtiva
No alcanzaba á comprender,
En medio de angustia tanta,
Cuando él aterrado estaba,
Ella tranquila escuchaba
Su voz sin palidecer.

—¿Qué es eso, Isabel, no temes,
Dijo don Juan asombrado,

Por el centro acuchillados,
Desechos y confundidos,
Mis valientes no vencidos
Cayeron peleando allí:
Y allí Toluba gritaba
Mas terrible que ninguno:
«¡Con vida no quede uno
Tomad ejemplo de mí!»

¿Pero no escuchas?... el ruido
Se va aumentando... parece

Que por instantes acrece...
Y marchan como en tropel...
Ah!... no hay duda, son los indios
Que me buscan... ¡Dios eterno,
Alúmbrame en este infierno!
Ven, huyamos, Isabel!...

—No temais don Juan... Toluba
Es generoso y valiente,
Respetará al inocente...
No es tan sanguinario, no,
Como le pintan... Yo creo
Que sin haceros agravio,
Podríamos...

—Sella el labio,
Y no delires por Dios!

Confiar en un miserable
Indio, mulato, ó mestizo,
Que con diabólico hechizo
Enseñóle á pelear
A esa vil chusma, diciéndole:
¡Mata, estermina, degüella,
Y donde estampes tu huella
Ni aun césped torne á brotar!

¿No has visto venir las gentes
De las villas comarcanas,
Contando sus inhumanas
Atrocidades sin fin?
No has visto pueblos enteros
En la noche sorprendidos,
Por las llamas consumidos
Iluminar el confin?

—Pero dicen que respeta
A los niños y mugeres...

—¡Para aumentar sus placeres
Y saciar su torpe sed!
Créeme, Isabel, y no pierdas
Con tus ruegos caprichosos,
Estos instantes preciosos
Que fria y tranquila ves.

Recuerda que ese demonio
Ha jurado mi exterminio,
Y que nunca á su dominio
Rebajarme puedo yo.
Le ofrecí la paz un día
Y un tributo por mi cuenta,
Me rechazó, y una afrenta
Sangre pide, respondió.

—Bien, don Juan, ¿y si os dijese
Que solo un acento mío,
Os libraba del impío
Que os persigue sin cesar?
¿Si os dijese que á mi ruego
Prosternando la rodilla,
Prisionero de Castilla
Se vendría él á entregar?...

—Estás loca... no comprendo
Lo que dices... ven... escucha...
¡Con la muerte alguno lucha!...
¿Oyes su trémula voz?

—Es el viento que bramando
En la floresta vecina,
Acaso nos vaticina
Algun pesar á los dos.

En esto súbito empuje
Abrió la puerta violento,
Y azorado, sin aliento,
Don Diego temblando entró.

—Somos perdidos, les dijo,
El *potrero* ⁽⁵⁶⁾ está tomado,
Cerca de él mi fiel criado
Por salvarnos pereció.

—Si, ya vienen... y es inútil
Toda esperanza... no hay medio...
¡Fuerza es morir sin remedio!

—Ocultaos, don Juan, allí.

—¡Ocultarme!... ¿y para qué?...
¿Para mirar entretanto
Vuestra deshonra y quebranto?...
¡Moriré peleando aquí!

Ya se escuchaba muy cerca
El trote de los bridones,
Los gritos é imprecaciones
Del bullicioso tropel.
Llegaron, y el gefe altivo
Saltando de su alazano,
Con el acero en la mano
Cruzó rápido el dintel.

¡Toluba!... exclamó don Diego
Retrocediendo espantado,
Mientras don Juan mas turbado
Murmuraba: el *pallador*!
E Isabel entre sus brazos
Estrechándole anhelante,
Repetía delirante:
¡¡¡Celiar!!! mi dulce amor!

XXI.

VERDUGO Y VICTIMA.

..... sacando el acero
Le metió cinco ó seis veces
En el cristal de su pecho,
Donde puertas de rubies
En campos de cristal bellos,
Le dieron salida al alma
Para que se fuese huyendo.

TIRSO DE MOLINA.

..... El ángel de la muerte
Ese recuerdo guarda en su memoria,
Y el corazón mas fuerte
Tiembra al trazar tan dolorosa historia.

F. ORGAZ.

Giró el cacique en derredor la vista
Con tranquilo furor reconcentrado...
Luego á los suyos se volvió, y gritóles:
Desarmad á ese hombre!... los soldados
A la vez de Teluba, mas veloces
Que el pensamiento por el ancho espacio,
Esgrimiendo sus lanzas aun sangrientas,
Sobre el altivo gefe se arrojaron:
Resistir intentó; pero al momento
Le sujetaron dos robustos brazos,
Y rodó por el suelo como un hoja
Que ya marchita cede al menor hálito.

—Levantaos, noble hidalgo: yo creía
Que fuérais tan valiente como falso;
Pero os veo temblando como el reo
En la presencia de su juez airado.
Me conocéis muy mal, si receloso
Deplorais vuestra suerte de antemano;
De mí nada temais, nunca perjura
La mentira falaz manchó mi labio:
Vuestra vida no corre ningun riesgo,
Saldrais de estas riberas libre y salvo.

Atónito don Juan y confundido
En un mar de misterios engolfado,
Como saliendo de un profundo sueño
A su rival oía, preguntándose,
¿Quién era, qué intentaba, qué secretos
Encerraba aquel hombre extraordinario,
Que en tres formas distintas solo era
Su enemigo mortal y declarado?...
La desesperacion, la cólera, los celos,
Amentaban feroces su quebranto,
Y en su pecho de hierro comprimidos
Balaban las palabras en sus labios.

Temia que al hablar se descubriese
La venganza que estaba maquinando,
Y clavados los ojos en el suelo,
Inmóvil, abstraído, como un mármol,
Parecia que absorto meditaba
Una respuesta digna de su rango.

Despues de unos instantes, desdeñoso,
Y como sus ofertas despreciando,
—Yo no temo la muerte, dijo altivo,
Afrontarla he sabido sin espanto;
Tú mismo me habrás visto muchas veces,
Con firme corazón, y fuerte brazo,
Acuchillar las formidables huestes
Que atrevidas pisaban nuestros llanos.
Al número he cedido, no al esfuerzo
De miserables indios sublevados!

—Pero en esta ocasion, la mas solemne,
No fué vuestro heroismo tan bizarro;
Desde el principio yo os busqué anheloso
Y no os pude encontrar en todo el campo.
Cobardemente huisteis, comandante,
A vuestra heroica tropa abandonando.

—¡He huido, sí, he huido... mas fué solo
Por salvar de la infamia y el escándalo
A una muger, á quien adoro ciego
Y que perjura me traiciona acaso!
Pero no bablemos de eso... desearia,
Unica gracia que de tí reclamo,
Un secreto terrible confiarte.

—¿Un secreto y terrible?... ¡voto al diablo!
¿Os chanceais don Juan?

—Hablo de veras.

Volvióse Celiar, alzó la mano,
Y sus fieles charruas como sombras,
En tropel silencioso desfilaron,
Mientras su gefe con razones tales
Despertaba su bélico entusiasmo:

—Id, mis valientes, id, llevad do quiera
Ruina y desolacion, sangre y estrago,
Enseñad á los viles extranjeros
A respetar al pueblo americano,
Que mañana sus cuerpos insepultos
De pasto servirán á los caranchos!

Entonces el cautivo, sigiloso,
Llevó al chaleco la siniestra mano,
Y alguno creyó ver resplandeciente
El pomo de una daga cincelado.

Algo notó Isabel al retirarse,
Porque ya en el dintel, con rostro pálido,
Volvióse y murmuró:

—¿Puedo quedarme?...

Contemplóla don Juan un breve rato,
Y con marcado acento añadió luego:

—Quédate si es tu gusto...

—En ese caso,
Contestó Celiar, yendo á la puerta
Y corriendo la llave, ya que estamos
Los tres solos, don Juan, cuanto os agrade
Podeis decirme sin ningun reparo.

—¿Eres Celiar?

—El mismo que una noche
Sorprendido por vos en estos campos,
Cayó herido de siete puñaladas,
Cuyas huellas el tiempo no ha borrado.

El manto levantóse que cubría
Sus hercúleas espaldas y gallardos
Miembros, y sobre el pecho mostró rojas
Las cicatrices del acero infando.

—Ademas, comandante, aqui conservo
Prendido de mi cuello un relicario,
Que me dió mi adorada al despedirse
Humedecido con su tierno llanto.

Isabel que hasta entonces amorosa
Le había estado en silencio contemplando,
Al ver su relicario, con mas ánsia
Estrechóle de nuevo entre sus brazos,
Mientras de envidia y de corage trémulo,
Los miraba don Juan enagenado.

—Si, añadía Isabel, es mi querido
Celiar, el que amaba y amo tanto!

—¡Y le ama todavía y me engañaba!
Repetía furioso el castellano.

—No creais, no, que lo recuerde ahora
Para vengar cobarde mis agravios;
Isabel me ha pedido vuestra gracia
Y su deseo es para mí un mandato.
Habladme sin rebozo, cual si hablárais
A un amigo afectuoso ó á un hermano.

—¿Eres tambien el pallador?

—El mismo

Que os enseñó otra noche á ser mas cauto
El mismo que una tarde de febrero
De repente saliendo tras de un árbol,
Humilde os obligó que le pidiéseis
Perdon á una muger arrodillado,
Aunque postrada en tierra y sin sentido,
Al volver de su fúnebre letargo
En pie ya os encontró, pues vino gente
Y me interné en el bosque apresurado.
Yo soy el pallador, yo soy el hombre
Ques acechaba constante vuestros pasos,
Y que firme en su anhelo, vuestra ruina
Sordamente don Juan iba labrando.

—¿Y ahora eres Toluba?

—Electo gefe

Fui por los indios combatiendo osado.
Renegué de mi Dios y mis creencias
Para halagar mejor su instinto bárbaro:
Me cebé de rapiñas, y terrible
Dejé de sangre y esterminio un rastro.
Los salvages se hicieron aguerridos
Luchando con los vuestros brazo á brazo;
Enseñeles el arte de la guerra
Por medio de durísimos ensayos,
Y cuando fuertes los miré, potente
Bajé con ellos al estenso llano.
Alli don Juan los visteis, como fieras,
En tremebundo choque, á los estragos
Del matador cañon, desnudo el pecho
Cual valla inespugnable presentando,
Arrollar á las huestes españolas
Que soberbios quisieron domeñarlos.
Del Uruguay al Plata vencedores,
¿Quién podrá detener á sus caballos,
Que el freno tascan y hácia Oriente miran
Batiendo el suelo con el duro callo?...
¿Quién podrá detener á los indómitos
Valientes hijos del desierto, cuando
La completa victoria de esta noche
Para siempre hundió aqui el poder hispano?

Sonrióse Altamira, y su sonrisa
Impregnada de hiel y de sarcasmo,
Revelaba el desprecio y la honda ira,
Que asi vertieron sus convulsos lábios:

—¿Tuviera los infantes y ginetes
Que debían llegar y no han llegado,
En esta misma noche, cuando iba
A unirme á ella con eterno lazo!

—Lo sabía, don Juan, y llegué á tiempo.
Para arrancarla yo de vuestros brazos.

—¿Y quién es el traidor, el vil espía
Que mi secreto te vendió villano?...
Ayer determinóse nuestra boda
Y tú ayer te encontrabas en San Carlos.

—Yo no sé donde estaba... sé que era
Lejos de aquí, muy lejos; pero en vano!
Que el amor si es veraz presta sus alas
A quien lleva en el alma su cruel dardo,
Y el tiempo y la distancia desaparecen
A un soplo de su aliento soberano:
Para su anhelo y fuerza omnipotentes
No hay en el mundo insuperable obstáculo!

—¿El nombre del traidor, su nombre!

—Ahora

—Aunque quisierais no podeis vengaros,
Y es lo voy á decir, para que sea
Vuestro gozo mayor...

—¿Se llama?...

—¿Carlos!

—¿El amante de Emilia?...

—El noble joven

Que á duelo á muerte os provocó insensato,
Y á quien vos en castigo á España un día
Despachasteis de grillos aberrojado.
Allí en nueva cárcel detenido,
Vos los días, los meses y los años
Lentamente correr, al par creciendo
Su venagativo afán, su odio volcánico:
Hasta que el oro al fin rompió sus grillos
Y las puertas abrióle de la cárcel.
De las púrpas ibéricas huyendo,
Enlucrase en un bosque, disfrazado
De humilde marino, y llegó al Plata
Con un nombre supuesto, aparentando
Ser español y comerciante; luego
Admirase á una estancia en el cercano
Luneta de este pueblo, y desde ella
Viviendo retirado y solitario,
Día y noche, don Juan, os acechaba
Como acecha su presa el tigre hircano:
El era quien me daba los informes
Por los cuales obraba confiado,
Indicándome el día, la hora y sitio,
De su fatal podria yo encontraros;

Y solo en recompensa me pedia
Daros la muerte con su propia mano,
Después que prisionero no os guardase
Mas que el acero que os brindára impávido.
El ha sido quien hoy antes del alba
Vuestra boda anuncióme de antemano:
¡Venganza me pedia, si, venganza!
Que yo le prometí y aun no le he dado!...

Pavoroso rumor se oyó de pronto,
E Isabel exclamó con sobresalto:

—¿No escuchas, Celiar?... Ay! me parece
Que oigo tiros, que avanzan y que...

—Acaso

Son algunos que corren perseguidos.

—Pero el ruido es muy fuerte...

—Ya borrachos

Estarán esos diablos de salvages...

Era cierto el tumulto, reforzados
Habían vuelto al combate los vencidos,
Y se oían á trote los caballos
Lentamente acercarse, mas Toluba
En su funesto error atrincherado,
No creía que fuesen enemigos
Y seguía tranquilo su relato.
Mas notó que don Juan se sonreía
Con espresion tan fiera, que de un salto
Acercóse á la puerta sin cuidarse
Que á la espalda dejaba á su contrario.
Este que sigiloso espiaba alevé
El instante de verle descuidado,
Desnudando el puñal, ciego de ira,
Un golpe descargole, pero en falso.
Volvió Celiar el rostro, y ya mas cerca
Brilló otra vez el hierro levantado:
Isabel á su vista, mas ligera
Que una paloma si al tronar el rayo
Las alas tiende y á su prole oculta,
Lanzóse entre su amante y su tirano.
Cayó el acero matador é impio
Se hundió todo en su seno de alabastro,
Y en el quedó clavado, que no tuvo
Fuerza para arrancarle el desdichado,
Que de su error fatal, verdugo y víctima,
En su loco delirio y arrebatado,
Amante desleal, traidor amigo,
De la eterna justicia al duro fallo,
Se robaba á sí propio su tesoro:
¡Providencial castigo era su engaño!...

Ella al sentirse herida: «me habeis muerto
Gritó, pero á lo menos (pobre Angel!
No lo mateis á él, y yo os perdono!...»
No pudo continuar, veló sus párpados
La sombra de la muerte, dió un gemido,
Y cayó de su amor entre los brazos.

Era el bello ideal del negro crimen
Que su infernal error habia engendrado.

Mudo, yerto de horror, turbado, inmóvil,
Quiso huir, y no pudo dar un paso,
Que un misterioso iman le detenía



Al instante don Juan como saliendo
De espantoso, fantástico letargo,
Erizada la negra cabellera,
Revolviendo los ojos sanguinarios,
Saltados de sus órbitas; el pecho
Latiendo con afán apresurado;
Enhiesto el cuello, la entreabierta boca
Lanzando en vez de aliento espeso vaho,
Mientras opresa la garganta, un nudo
Ahogaba las palabras en sus labios,
Un reo parecía cuando pierde
La razón á la vista del cadalso,

Allí, como al artista ante su cuadro;
¡Cuadro inspirado por el mismo infierno
Y con sangre de un ángel dibujado!

Y así permaneció algunos instantes,
Sumergido en estúpido marasmo,
Hasta que roncó un grito, grito horrible,
Brotó del corazón envuelto en llanto;
Y viendo que Teluba daba voces
Contemplando á Isabel enagenado,
El abrió una ventana y velozmente
Deslizóse por ella y ganó el campo...

XXII.

LA FUGA.

Brazos de ángeles caídos,
Desechos desheredados,
Que nacéis entre gemidos,
Y morís desesperados,
Y morís desprevenidos!

—Por qué la vida adoráis?
—Por qué á la muerte temeís?
—Tanto el bien desconocéis,
Que el dolor idolatráis,
Y la dicha aborrecéis!

GARCIA DE QUEVEDO.

Forma inédita del PROSCRITO.

Como lirio que en su aurora
Inclinada frente y llora,
Marchitándose en su albor,
Si al pasar el viandante
Pisa el tallo que arrogante
Se columpiaba en redor;

As misiva, dolerida
Su esperanza de vida,
Tace postrada Isabel;
Y todavía amorosa,
A su amante dice ansiosa
Palabras de rosa y miel.

Es verdad que en su megilla
En vez de carmines, brilla
Marchada palidez:
Es verdad que sus miradas
Por instantes apogadas,
Van perdiendo su alíve.

Pero en cambio, en toda ella
Hay una expresión tan bella,
Tal sentimiento y pasión,
Que trasposa su energía
Al alma mas vil ó fría,
Y al mas yerto corazón.

Va á morir... y sin embargo
Al salir de su lecho,
Tan sólo piensa en su bien:
—¡Salvate, mi amor, le dice,
Mi muerte será felice
Si tu no mueres también!...

Unánime fué su perfiar.
El momento de la oía

Ni la quería escuchar.
Era horrible su delirio:
Solo Dios tan cruel martirio
Podía acaso valorar.

Y aumentándose su fuego
A cada doliente ruego,
A cada voz de su amor,
Dulcemente, en desagravio,
Sellaba su hermoso labio
Con un beso de dolor.

—Huye, Celiar, no tardes,
Por mí un instante no aguardes,
Yo debo pronto morir;
O sino juntos huyamos,
Llévame contigo, vamos...
¿No quieres mi ruego oír?...

—Si, mi Isabel; ese infame
Por mas que noble se llame,
Es un cobarde, un traidor,
Que es capaz en su impureza
De profanar tu belleza.
Aun sin vida ni calor!

Si, mi ángel, ven conmigo,
Yo te serviré de abrigo,
Sabré morir ó vencer.
Huye conmigo al desierto,
Y ni el mismo infierno abierto
Podrá hacerme atrás volver.

Y hablando de esta manera,
Cual si leve pluma fuera
Celiar en brazos la alzó,
Y con esfuerzo no humano
Velozmente por el llano
A caminar empezó.

Sin duda mucho sufría
Cuando el semblante volvía
Por no mirar á Isabel,
Cuya preciosa existencia
A impulsos de su dolencia,
Iba á exhalar por él.

Pero ella no se quejaba.
Ni en el rostro demostraba
La lucha de su interior,
A fable se sonreía
Con tierna melancolía,
Llena de calma y dulzor.

En su pecho comprimidos
Sofocaba los gemidos,
Concentrando su pesar,
Pues sentía en su cabellera
Una lágrima sincera,
A intervalos resbalar.

¡Lágrima de amor que muda
Tras la esperanza se escuda,
Con amorosa embriaguez,
Lágrima ardiente y sublime,
Que del pecado redime
Y aplaca al Eterno juez!

Los cristianos que vencidos
Huían despavoridos
En revuelta confusion,
Enviado por el destino
Hallaron en su camino
Lucido y fuerte escuadron,

Que de relevo venia
Con alguna infantería,
Segun indicó don Juan;
Y que á estar allí, sin duda,
Impidiera con su ayuda
De los indios el desman.



Destacamento enviado en socorro de don Juan.

¡Bálsamo santo que cura
De mundana desventura
El cáncer devorador!
¡Celeste chispa perdida
Que alumbra la ingrata vida
Con embriagante fulgor!

Los indios desparramados,
Por sorpresa, degollados
Habían sido sin piedad:
mas que el hispano brío,
Produjo el licor impio
Tan triste calamidad.

Los que de auxilio venian,
Unidos á los que huían
Avanzaron en tropel,
Y al mirar desprevenidos,
Ebrios todos y tendidos
A los hijos de Luzbel;

Sobre ellos, en doble hilera,
Se lanzaron de carrera
Con rabioso frenesí:
Que aunque pocos, eran fuertes
Para herir á los que inertes
Dejó la embriaguez allí.

Los salvages despertaron
Cuando en su pecho vibraron

Las astas al penetrar:
Y algunos mas venturosos,
Girando fueron dichosos
En el cielo á despertar.

Heridos se levantaban
Muchos de ellos y luchaban
De la muerte en el diástel,
Con tal furor y heroísmo,
Que á su posar parásimo
Temblaba la chusma cruel.

Cabardes otros, de hinojos
Con lágrimas en los ojos
Imploraban su perdón:
Y con alidos feroces,
Otros huían veloces
Corriendo sin dirección.

Del vencido y vencedor,
Por otra gigante llama,
Que con sus alas inflama
El huracan bramador.

De los ranchos la techumbre
Despedía roja vislumbre
Que iluminaba el confin,
Y pálidas las tótoras
Chispeaban gemidoras
Entre nubes de carmin.

Tétrico el cielo y nublado
Sacudia encapotado
Su flamígero capuz;
Pues á intervalos, fulgente,
Ló cruzaba el rayo ardiente
Con una faja de luz...



Terrible, de espanto llena,
En luminosa la escena
Que se va por do quier,
A su vista, ya deshecho,
El curaca dentro el pecho
Se sentía desfallecer.

De una parte imprecaciones,
Plegarias y maldiciones
30 *América española.*

Y entretanto, inexorable,
Tras los indios va implacable,
Ardiendo en ira don Juan;
Busca á Celiar, traspone
Cuanto á su furia se opone.
Y él se burla de su afán.

Como una madre amorosa,
Que en los brazos silenciosa
Celiar. 4

Tiene al hijo de su amor ,
Y al menor ruido , intranquila ,
Abre veloz la pupila
Que nubló sueño traidor ;

Y anhelosa en torno gira
Su mirada que respira
Valor y miedo á la vez ,
Hasta que al fin convencida
De que fué ilusion mentida ,
En paz se aduerme otra vez :

Asi con igual recelo
Conjurando tierra y cielo
Caminaba Celiar ;
Y al menor ruido, indeciso,
Se paraba de improviso
Sin saber dónde marchar.

Propicia quiso la suerte
Que el espanto de la muerte
Encaminára hácia alli ,
Algunos, que conocieron
A su gefe y le ofrecieron
Escudarle hasta morir.

Su temor parecia vano ,
Estaba el monte cercano
Y poco faltaba ya :
Sin embargo , repentino ,
Como buscando el camino ,
Gritó don Juan ¡por allá!...

Y al mismo tiempo, traidora ,
De descarga matadora
La luz vieron centellar ;
Y muchos desfallecientes ,
Cayeron como valientes ,
Sin una queja exhalar.

Pero Celiar volaba ,
Y el plomo no le alcanzaba ,
E ileso el monte ganó ;
Y con su carga preciosa
Por una senda escabrosa
Al punto desapareció.

XXIII.

AMOR.

Brama assai, poco sperá é nulla chiede.

TASSO.

Yes, love indeed is light from heaven;
A spark of that immortal fire
With angels shared, by Alla given
To lift from earth our low desire.
Devotion wafts the mind above
But Heaven itself descend in love.

BYRON.

En una escondida, bella y honda gruta ,
Que cruza un arroyo con plácido riego ,
Do el templado ambiente que el alma disfruta
De ingratas pasiones amortigua el fuego ;
Con un sacerdote que grave medita
Un hombre y dos indios llorosos están ,
En torno de un lecho, dó apenas palpita
Muger hechicera de amor talisman.

La muerte ya nubla sus párpados bellos ,
El rostro matiza con sombra importuna ,
Y brilla en sus ojos con fátuos destellos ,
Cual brilla entre nubes cubierta la luna.
No obstante, le presta mas gracia y encanto
Aquella espresiva, febril palidez ,
Mientras que ardorosa y en éxtasi santo
Lágrima perdida resbala en su tez.

Alli está su amante.... pálido, sombrío ,
Los ojos inquietos, inquieto el semblante ,
Cual triste heliotropo que al rayo de estio
Dobla macilento su faz arrogante.
Ya no es el guerrero magnánimo y fuerte ,
Que en medio el combate se lanza á morir ;
Solo es el amante que cede á la suerte ,
Y débil cual niño, no sabe sufrir.

En triste silencio, sentado en el lecho ,
Formado con hojas, gramilla é hinojos ,
El pesar que esconde levanta su pecho ,
Y llanto de fuego devoran sus ojos.
Cual blanca azucena que airosa descuella ,
Duerme su adorada llena de ilusion ,
Y él embebecido, clava sobre ella
Doliente mirada que va al corazon.

«La herida es profunda, los indios dijeron,
Un golpe tan fiero mortal nos parece ;»
Despues del exámen ellos no mintieron ,
Crédito su juicio de todos merece.

Allá en el desierto, do caen los valientes
Cual hojas que arrastra furioso huracan,
Siempre de su labio los hombres pendientes
Su fallo esperaban con ánsia y afan

Celiar yá no abriga ninguna esperanza,
Se humilla al destino que cruel le persigue,
Y si al sueño el cuerpo se entrega y descanza,
No hay sueño que al alma su pena mitigue.
En vano su amada viendo la tristeza,
Que imprime en su frente secreto dolor,
Con palabras llenas de fé y entereza
Le habla delirante de dicha y amor.

¡En vano!... él observa que ya en su semblante
La muerte ha estampado su sello de ruina,
Y que su albo seno, veloz, palpitante,
Con hondo gemido sus preces termina.
Y al verla dormida, tan bella, tan pura,
En él venturosa, soñando tal vez,
De amor arrastrado, con santa ternura,
Rozó con sus lábios su pálida tez.

Entonce una lágrima, oculta, ardorosa,
Con ténue suspiro cayó en su megilla;
Oculta en el alma, cual perla preciosa,
Que si no la arrancan no asoma á la orilla.
Cayó acompañada de un trémulo beso...
Abrió sus luceros ansiosa Isabel,
Y así rebosando de amor y embeleso,
Ardientes hablaron sus labios de miel:

—¿Qué tienes, mi vida? ¿por qué dolorido
Revela tu rostro tan fiero quebranto?
¿En alguna cosa mi amor te ha ofendido?
¿Por mí derramabas á solas tu llanto?...
—Lloré... pero solo por tí fué, mi alma!
Recuerdo de fuego quemaba mi sien,
Ya todo es inútil... lloremos en calma,
Lloremos al menos, lloremos, mi bien!

—¿Por qué?... piadosa la mano del cielo,
Quizá nos reserve tras tantos engaños,
Un día celeste de paz y consuelo,
Preludio sin duda de mejores años.
A Dios invoquemos, Dios es justiciero,
Una hora siquiera tengamos de fé,
Y acaso él me salve, y acaso, lo espero,
Mi esposo adorado llamarte podré.

—¿Serás tú mi esposa?... llegará algún día
Que me otorgue el cielo tamaña ventura?
¡Ah! si cual la pena mata el alegría
Moriré en tus brazos de amor y locural

¡Vivir á tu lado, mirar dulcemente
Correr mi existencia como onda fugaz,
Con la luz divina que irradia tu frente
Dorando mis sueños de ventura y paz!

—Sí, mi bien, la dicha que tu amor revela,
Es la única dicha que existe en el suelo;
La sola esperanza que mi pecho anhela,
Mi gloria, mi mundo, mi Dios y mi cielo!
—Isabel, mi ángel, tú sola comprendes
Todo mi delirio, toda mi pasión,
Tú que con tus ojos volcánica enciendes
Llama inextinguible dentro el corazón.

Amame, delira, dime ruborosa
Una, cien, mil veces: «¡A tí solo amo!»
Y siempre risueña, siempre cariñosa,
Oye mis plegarias, ven á mi reclamo.
Por tí he cometido crímenes sin cuento,
Por tí de mi patria, de Dios renegué,
Por tí tuve un nombre glorioso y sangriento,
Y por tí de nuevo postrado quedé.

—Lo sé... tu alma pura, después de aquel día,
Que te hirió la mano de pérfido amigo,
Tremenda venganza juró en su agonía
Y al cielo é infierno tomó por testigo.
Víctima de un crimen, con ira insaciable,
Cayendo insensato de error en error,
Mas desventurado fuiste que culpable,
Pues todo era efecto de tu ardiente amor.

—Isabel, el fuego que sentía en mis venas
Era como el rayo que en su vuelo abrasa;
Sujeta y sin fuerzas la razón, apenas
Lanzaba un destello de su luz escasa.
Creyendo que amabas á ese hombre funesto,
Y que te olvidabas perjura de mí,
Fuí cruel é inhumano; pero ahora detesto
La sangre inocente que entonces vertí.

¡Pasad fatigosas, terribles memorias
Dejadme un instante risueño y tranquilo!
¡Huid de mi mente fantásticas glorias,
No turbeis la calma de mi pobre asilo!
Aquí soy dichoso, por senda de flores
Mi oscura existencia feliz correrá,
Junto al bello ángel, flor de mis amores,
Que, mustia, mi llanto revivir hará.

—En paz venturosa, sin negros pesares
Aquí en este albergue del mundo olvidados,
Bajo un voluptuoso dosel de azahares
Felices seremos, amantes y amados:

Y cuando en la tarde, sublime descienda,
Velado entre sombras el sol que se vá,
Cabe la enramada, nuestra pobre ofrenda
Con la de las aves á Dios subirá.

—Tu mano en mi mano, tu frente en mi frente,
Mirándome afables tus ojos divinos,
Mientras que armoniosas en coro elocuente
Las aves levantan al cielo sus trinos.
Y tú, silenciosa, mas bella entretanto
Oirás los latidos de mi pecho fiel,
Y aunque nada diga, de amor al encanto,
Leerás en mis ojos ¡Te adoro, Isabel!

—Yo en cambio á tu lado con tierno desvelo,
Haré de tu vida mas dulces las horas,
Llenando afectuosa tu mas leve anhelo,
Secando tu llanto si alguna vez lloras.
—En tu amor, mi vida, solamente creo
Y mi pensamiento del tuyo va en pos,
Nos domina á entrambos el mismo deseo
Y nuestra alma es una dividida en dos!

Si algunos pesares mi pecho comprimen,
Vendré á derramarlos en tu amante seno:
Jamás á la senda volveré del crimen...
Tu amor me hará noble, generoso y bueno.
Y si á tan estrechos, fuertísimos lazos,
Añade otros nuevos propicio el Criador;
Si llego á ser padre, si tengo en mis brazos
De tu virgen seno tan solo una flor!

¡Con cuánto delirio te veré amorosa,
Con él en la cuna jugando risueña,
Poner en sus lábios tus labios de rosa
Diciéndole cosas que amor solo enseña!
¡Un hijo! ¡palabra por Dios bendecida!
Un hijo, si, un hijo, mas tuyo, Isabel,
Que sea tu imagen, tu vida, mi vida,
Tu alma y la mia reunidas en él!...

Calló á estas palabras... radiaron sus ojos
Tiernos, expresivos, llenos de nobleza,
Pero ella entre puros y ardientes sonrojos
Volvió lentamente su hermosa cabeza.
Celiar conmovido tomóle la mano,
La estrechó en las suyas con pasión y fé,
Diciendo al besarla, todo es ora en vano,
Descansa, querida, tu mal olvidé.



XXIV.

LA VIRGEN DEL URUGUAY.

Amaneció á la existencia
Una muger pura y bella,
Trayendo impresa la huella
De Dios en su candidez.

¡Ninguno ponga las manos
En su corona de flores,
Sus inocentes amores
No vengán á profanar!

J. CARLOS GOMEZ.

Diez noches han pasado, y sin embargo,
Isabel desfallece día por día,
Y ni yerbas, ni bálsamos, ni tósigos
Han podido cerrar su grave herida.

Los indios han prohibido que se acerque
Celiar á su lecho de agonía,
Porque temen las fuertes emociones
Que su amor delirante les inspira.

Y solo cuando duerme, silencioso,
Penetra en su recóndita guarida,
Y largas horas la contempla ansioso,
El alma presa de dolencia viva.

Contempla su semblante cadavérico,
Su gallarda hermosura ya marchita,
Y á su vista, cual brazo que le empuja,
Idea del infierno le domina.

Su mismo cavilar, los pensamientos
Que informes en su cerebro se agitan,
La lucha en que su espíritu batalla,
Y el sangriento deseo que le anima,

Imprimiendo en su rostro hondas señales
Que su encubierta rabia patentizan,
La luz de su razón van apagando,
Y en sus miradas la demencia brilla.

En tanto el sacerdote que comprende
El grave estado de la pobre niña,
No se aparta un instante de su lecho
Y acechando la hora decisiva;

Al Eterno levanta sus plegarias
Para ver si su cólera mitiga,
Y la salva y la ciñe la aureola
Que al ángel perdonado predestina.

Y si sucumbe al fin, que al despedirse
De este valle de abrojos y de espinas,
Do el infortunio la oprimió constante,
Que una esperanza celestial la siga!

¡Dichoso si pudiera con su alma
Franquearle el camino de la dicha!
¡Dichoso si pudiera con su sangre
Derramar en su pecho nueva vida!

El amaba á Isabel con la ternura
Que el paternal amor tan solo inspira,
Porque reunidas admiraba en ella
Todas las gracias que admiró en Emilia.

Emilia ¡pobre Emilia!... ese era el nombre
De su adorada y cándida sobrina,
Que solo á él tenía por apoyo,
Huérfana, sin parientes, desvalida.

Y un hombre del infierno, un depravado
Que ningun sentimiento conocia,
Profanó la pureza de aquel ángel
Con sus torpes, impúdicas caricias.

Y murió la infeliz ¡ay! devorada
De su infernal amor sobre la pira,
Como púdica estrella si un cometa
La envuelve ardiente con su crin flamígera.

Pero la tumba que tragó su angelica
Belleza digna del cincel de Fidias,
No tragó su secreto, que en el mundo
Un hombre por fortuna lo sabia.

Carlos era ese hombre, y al buen cura
El se lo reveló cuando corria
A bendecir la union del miserable
Con otra ilusa, desdichada victima.

El fué quien entrególe aquella breve
Misteriosa y fatidica misiva,
Donde leyó Isabel estas palabras:
Aun vive Celiar y en tí confia.

Y gracias á su aviso, el sacerdote
Al ir á consumir la boda inícuca,
Dirigió sus plegarias al Altísimo,
Y postró al criminal su justa ira.

De entre las garras le quitó su presa,
Moribunda, sin voz, pálida, fria,
Escribiendo el culpable su sentencia
Con la inocente sangre de la vírgen.

50 x Celiar.

Y mas feliz mil veces era ella
En su humilde, recóndita guarida,
Que el soberbio español en el alcázar
Do á su real poder todo se humilla.

El venganza pedia y despachaba
Por do quier sus esbirros, sus espías,
En pos de Celiar; mientras que ella
Un sacerdote nada mas pedia.

Por eso el noble anciano, apenas supo
Que se hallaba en el bosque mal herida,
Y verle deseaba, presuroso
Dirigióse al parage de la cita.

Y allí sin apartarse de su lecho,
Combatiendo su mal de noche y dia,
Oraciones, consuelos y cuidados,
Con paternal cariño le prodiga...

Y una noche que la fiebre
Calcinaba su cabeza,
Tomóle Isabel la mano
Y así le dijo mas bella:

—Padre mio, despiadada
Mi estrella cruel me condena,
A morir sin el consuelo,
Sin la esperanza halagüeña,
De ver los caros objetos
Que mas amaba en la tierra.
Los llamo y no me responden:
Hasta Celiar me deja
Y huye de mí ¿Dónde ha ido
Que á mi lado no se encuentra? ..
Nada sé de mi familia,
Y me aflige y me desvela
La suerte que habrá cabido
A mi buen padre; la fiera
Mano que me hirió podria
Ensañarse en él tremenda.
¡Pobre mi padre! ¡me amaba
Con una pasion tan tierna!...
Sin él y sin mi adorado
Me moriré de tristeza.

El sacerdote levantó sus ojos
Y secando una lágrima furtiva,
Con fingidas palabras de esperanza
Para calmar la pena que sentia:

4 x

—Isabel, le dijo, ahora
Tales pensamientos deja,
Y elévate á Dios que solo
Podrá mitigar tu pena.
Tu padre vive, está bueno.
Ningun peligro le asedia.
Celiar partió, como sabes,
En busca de ciertas yerbas:
De un momento á otro le espero.
No tardará en dar la vuelta.
Pero, hija mia, repara
Que tus males se acrecientan,
Reflexiona que tal vez
No te encuentre cuando vuelva,
O que al abrirle tus brazos
La muerte acaso te hiera.
Tus pensamientos mundanos
Por un instante desecha,
Y vierte en mi seno amigo
Las culpas de tu conciencia.
Habla, Isabel, no demores
Con sacrilega reserva,
El instante en que dichoso
Mi bendicion darte pueda,
Abriéndote los querubes
Del cielo las áureas puertas.
Habla, hija mia, no esperes
Que la fiebre en su impureza,
De tu razon ya muy débil
Apague la lumbre escelsa.

A estas palabras que la fé dictaba,
Eco perdido de la voz divina,
Isabel aun mas triste dió un suspiro
Que del fondo del alma le salia:

—¿Mis pecados?... serán muchos,
Pero ahora no los recuerda
Mi memoria que culpable
Solo de amor está llena.
Al nacer tuve una madre
Tan piadosa como tierna,
Que me educó desde niña
En nuestras santas creencias;
Y el germen de las virtudes
Que en mi seno depositara,
Nunca lo apagó del vicio
La atmósfera turbulenta.
Y por camino de rosas
Se deslizó mi existencia,

Hasta que cumplí mis trece
Venturosas primaveras:
Entonces murió mi madre
Tras una larga dolencia,
¡Mi madre á quien yo adoraba
Con idolatría ciega,
Y que en mí cifrado había
Toda su dicha en la tierra!
Juzgad, señor, si sería
Irreparable mi perdida,
Veraz mi dolor y horrible
Mis lágrimas verdaderas.

Y como si un recuerdo desesperante
Sacudiera al pasar todas sus fibras,
Apoyó la cabeza entre sus manos
Y quedóse un momento pensativa.

—¿Pero qué no borra el tiempo.
¿Qué dolor ¡ay! no se templó
En la fragua de los años?
¿Qué no se olvida ó amengua,
En la red aprisionado
Del placer y las diversas
Ilusiones que en el alma
Devoradoras fermentan,
Cuando rebosa en el pecho
La savia de la existencia?...
Los viajes, las distracciones,
Y de mis deudos las tiernas
Caricias desvanecieron
Al cabo mi aguda pena.
Y contribuyó no poco
A volverme mi primera
Alegria, los elogios
Y las frases lisonjeras
Con que todos se humillaban
Ante el sol de mi belleza.
Los jóvenes mas gallardos
Y de mas lucidas prendas,
Mendigando una mirada
Me seguian por do quiera.
Y en mi estancia, y en los pueblos,
Y en las *trillas*, y en las *yerras*,
En coro me repetian:
«Sois la reina de las bellas».
Y yo en tanto me burlaba
De sus amantes endechas,
Pues por ninguno latía
Mi corazón con mas fuerza.

¡Paz del alma, casto aroma
De esa virginal violeta,
Que su cáliz entreabre.
Al soplo de la inocencia,
Y deja escapar un aura
Tan embriagante y serena.
Como la luz que en los ojos
De un tierno infante ríela!...
Yo veía indiferente
Correr las horas ligeras,
Sin que su curso apacible
Trastornara mis ideas.
Dormía toda la noche
Sosegada y satisfecha,
Sin que mi sueño rompiesen
Desveladoras quimeras.
Despertaba al otro día
Risueña, feliz, contenta,
Pensando en mis diversiones
Tan variadas como honestas,
Y así pasaban dichosos
Sin dejar rastro ni huella,
Unos tras otros mis días,
Cual flores en la pradera.

—
Con creciente interés embelesado.
El anciano á Isabel suspenso oía,
Mientras dos gotas de ternura santa
Surcaban lentamente sus megillas.

—
Siguióse una leve pausa...
—Una tarde, añadió ella,
Del florido mes de abril,
Estando en unas carreras
Vi un joven que desde lejos
Me miraba con reserva;
Era altiva su mirada,
Altivo su porte era,
Y su potro tan brioso
Que no cedía á la rienda.
Por este y otros motivos
Quise verle de mas cerca.
Y como arrastrada al punto
Por una fuerza secreta,
Adelanté mi caballo
Hasta la primer hilería
Donde él se hallaba, esperando
Que sus contrarios vinieran.
Iban á correr, estaban
Las *paradas* ya dispuestas,

Y después de los *bareos* 157
Partieron á rienda suelta.
¡Oh! y qué bello parecióme
Cuando pasó como flecha,
Lanzándose una mirada
Tan ardiente como tierna!
Naciente y negra la barba
Cubría su faz entera.
Sombreada por los rizos
De su flotante melena.
¡Cómo brillaban sus ojos!
Y con qué gracia y destreza
Sobre el caballo ostentábase.
Entre sus crines espesas,
Hacia adelante inclinado,
La altiva frente cubierta!
¡Con qué brio y arrogancia
Al tocar la ansiada meta,
De pronto irguióse y detuvo
Al corcel con firme diestra!
Y á los aplausos y vivas
Que el inmenso espacio atruena,
¡Con qué modestia y orgullo
Descubrióse la cabeza,
Y recogiendo anheloso
El premio de la carrera,
Paso á paso, lentamente.
Con una rodilla en tierra.
Vino á ponerlo á mis plantas
Como reina de la fiesta!

—
Cuando le vi arrodillado
Tendíle mi mano trémula,
Y al tocar la suya, fuego,
No sangre corrió en mis venas!

—
Y recatando el rostro, pudorosa
Clavó en tierra sus árabes pupilas,
El rubor colorando su semblante
Con celeste espresion indefinida.

—
—Nos amamos... y dichosos
Con nuestra pasión honesta.
Los dos nos abandonamos
Sin temores ni reserva,
Al voluptuoso embeleso,
A la esperanza halagüeña,
De poder vivir un día
En plácida unión eterna.
Y era nuestro amor tan puro.

Nuestra pasión tan sincera,
 Que hasta los ángeles mismos
 Si trasformarse pudieran
 En mortales, no se amaran
 Con más delirio y pureza.
 Y aunque solos muchas veces
 Paseáramos la pradera,
 Hablando en aquel lenguaje
 Que al fondo del alma llega;
 Aunque solos muchas veces
 Nos halláramos tan cerca,
 Que mi mano entre las tuyas
 Temblaba de fuego llena;
 Jamás, jamás, padre mío,
 Ninguna mundana idea,
 Ningun terrenal deseo,
 Mancilló nuestra inocencia.
 Y cada vez que ardorosas
 Sus miradas hechiceras,
 Se clavaban en las mías
 Húmedas de amor y tiernas;
 Cada vez que entrecortadas
 En amorosa querella,
 Sus palabras melodiosas
 Trastornaban mi cabeza;
 Cada vez que su semblante
 Una lucha grande y bella
 Revelaba en sus transportes
 Y apasionadas protestas,
 Y que trémulo su acento
 Cual si ofenderme temiera,
 A intervalos me decía
 Recobrando su entereza.
 «¡Isabel, mi amor, te adoro,
 »Es tuya mi vida entera:»
 Entonces ¡gran Dios! entonces
 Loca, delirante, ciega,
 Yo avergonzada escondía
 Mi rostro en su cabellera,
 Y callaba no acertando
 A encontrar una respuesta:
 O jugando con las ondas
 De su rizada melena,
 En voz baja le decía,
 De amor y ventura ebria:
 «¡Celiar, yo también te adoro,
 »Te adoro hasta la demencia,
 »Y por hacerte dichoso
 »La vida y el alma diéral»

Al decir estas últimas palabras
 Radiaron sus miradas encendidas,

Y su voz y semblante revelaban
 Bella y sublime su pasión divina.

—El astro, de mi ventura
 Desapareció en tinieblas.
 Un hombre fatal, nacido
 Bajo maldecida estrella,
 Cambió en fúnebres crespones
 Mi ansiada, nupcial diadema.
 Y yo engañada al principio,
 Su amistad creí verdadera.
 Luego... ¿pero á qué contaros
 La lucha horrorosa, eterna,
 Que seis años día por día
 He sostenido serena?
 Siempre perseguida, siempre
 Con una engañosa venda,
 Que me mostraba las cosas
 Disfrazadas y encubiertas.
 Entre mi amor y mi padre
 A elegir poco dispuesta,
 Queriendo á los dos lo mismo,
 Sin saber á cual debiera
 Sacrificar la ventura
 Y la paz de mi existencia.
 En vano me repetían,
 «Tu amante murió en la sierra,»
 Secreta voz me decía,
 El vive, en tu amor espera.
 No os diré todas las lágrimas
 Que me ha costado su ausencia,
 Y que de noche en silencio
 De mi mal bálsamo eran;
 Los suspiros, los deseos,
 Las voluptuosas quimeras,
 Que ardiente sueño encendía
 En mi lánguida cabeza.
 Si mal no recuerdo, padre,
 Data desde aquella época
 La triste melancolía
 Que mi semblante aun conserva.
 Hice á todos desgraciados
 Sin voluntad ni conciencia;
 Y hoy lloro mis desvarios
 Con resignación completa.
 Me arrepiento de mis culpas,
 De los pesares y penas
 Que he causado á mi familia
 Tan indulgente y tan buena;
 De todo, en fin, cuanto ahora
 Ofender al cielo pueda.
 Solo llevaré á la tumba,
 Aunque los cielos se ofendan,

Este amor puro y sublime
Que mi alma en su centro encierra.
Porque sin él, padre mío,
La gloria que me ofrecieran,
¡Fuera para mí un sarcasmo,
Una maldición eterna!
Si hay otra vida, si acaso
El alma sin la materia,
Se traslada á otras regiones
Sin que se mude su esencia,
Allí mi voz amorosa,
Cruzando las densas nieblas,
Repetirá *¡vida mía!*
Aquí tu vida te espera!
Si no es así, yo prefiero
A una inmortal existencia,
Olvidada para siempre
Dormir tranquila en la huesa!!

Hasta aquí el sacerdote, silencioso,
Sus palabras oyó sin rebatirlas,
Sumergido en las hondas reflexiones
Que el ángel moribundo le infundía.

Pero al ver que el delirio iba creciendo,
Cual torrente que hincharon avenidas,
Trató de contenerlo en su carrera,
Arrancando aquel cuadro de su vista.

Hablóle cariñoso y elocuente
Con las santas palabras de la Biblia,
Haciéndole entender que del Eterno
La clemencia y bondad son infinitas.

Reprendió los frenéticos trasportes
A que ella se entregaba sin medida,
Y el temerario voto que formara,
Ofendiendo del cielo la justicia.

Pues acentos mundanos y sacrílegos
Resonar en sus labios no debían,
Sino preces humildes y sincéras,
Tan puras como su alma sin mancilla.

Y que, en fin, esta vida solo era
Un crisol que á los buenos purifica,
Con las pruebas haciéndolos mas dignos
De alcanzar las delicias de otra vida.

Que oyese arrepentida sus palabras
Y al Criador implorase con fe viva,
Y sus plegarias subirían al cielo
Y sus puertas al alma le abrían.

Así hablaba el anciano, sin fijarse
Que Isabel le miraba y no le oía,
Por que la fiebre con sus rojas alas
Había herido su frente alabastrina.

Reclinada en el borde de su lecho,
En su mano la frente sostenida,
Y clavados los ojos en el suelo,
Cual de inocente niño que dormita,

De repente brillaban sus miradas,
Pavorosas, inciertas, espresivas,
Y bajando los ojos lentamente,
De nuevo se quedaba pensativa...



LA PENA DEL TALION.

Al destino desleal
Injusto no se le alcanza,
Que existe aquí una balanza
Para el bien y para el mal.

I. A. BERMEO.

Ojo por ojo, diente por diente.

I.

NOCHE TEMPESTUOSA.

Era horrorosa la noche...
Los vientos como en tropel
Se entrechocaban haciendo
Tierra y cielo estremecer.
Las nubes en escuadrones
Agolpándose á la vez,
Dejaban al estrellarse
Pálida luz entrever.
Se sucedían los truenos
Con tan pronta rapidez,
Que su fragor confundido,
Remedaba el ronco tren
De una inmensa artillería
Rodando en la lobreguez;
Y á intervalos, ondeante,
Como la crin de un corcel,
Relámpago luminoso
Lucía un instante, y después
Un rayo tras otro rayo,
Desatándose con él,
Desgreñada la melena
Se veían aparecer,
De una corona de fuego
Ceñida la férrea sien.

Y el gigante onduló y el *seibo* ⁵⁵
 Y el *guayacan* ⁵⁶ y el laurel,
 Con hondo intenso rugido
 Lamentábanse también.
 Y su ramaje entreabrían
 Como implorando merced,
 Y la cerviz inclinaban,
 Y sus brazos, al caer,
 Por el suelo resbalaban
 Como buscando sosten.
 Tibias ráfagas sonoras
 En bullicioso tropel,
 Por los aires esparcían
 De sus alas al vaiven.
 Hojas frescas y marchitas
 De lirio, rosa y clavel.
 En remolinos la lluvia
 De la nube al descender,
 Bramaba como un incendio.
 Aullaba como un lebrele,
 Y la tierra la absorbía
 Con veheméntísima sed.
 Como esposa enamorada
 Que su seno abre al placer.
 Y los ríos, los arroyos,
 Con audaz, rápido pie,
 Iban el llano invadiendo
 Del pampiro á la merced.
 Y el Uruguay, como tigre
 Que rompe la estrecha red,
 Donde quedó prisionero
 Al ir su presa á coger,
 Rugiendo se desplomaba
 Y en las rocas con desden,
 Una por una estrellaba
 Sus blancas olas después...

Era horrorosa la noche,
 Y miedo daría á Luzbel,
 Si pudiese tener miedo
 Quien á Dios rebelde fué!

II.

EL FUGITIVO

Galopa entretanto
 Sobre un potro negro,
 Un hombre que lleva
 Grabado en la frente
 Su intenso dolor.
 Barrancas, cuchillas
 Salvando anheloso,
 No teme la lluvia

Ni el viento impetuoso,
 Ni el rayo que ruge
 Y estalla á lo lejos
 Con ronco fragor.

Flotantes las riendas,
 El cuerpo inclinado,
 Volviendo los ojos,
 Que á ratos chispean,
 A galope va:
 Y en vano mil rayos
 Junto á él caen y abrasan
 Cuanto hallan: en vano
 Su poncho traspasan
 Las aguas; en vano
 La ropa en sus miembros
 Empapada está.

En vano... él galopa
 Y avanza, no, vuela,
 Cual hórrida sombra
 Que rápida corre
 Sin alas ni pies.
 Los flancos al potro
 Desgárrale impío,
 Y apenas conoce
 Que decae su brio,
 Las anchas espuelas
 Clávale con ira,
 Con miedo tal vez.

Porque solo el miedo,
 La rabia ó locura,
 Prestarle pudieran
 Tal arrojo y fuerzas,
 E indomable afán.
 La causa muy grande
 Debe ser y fuerte,
 Cuando así esforzado
 Desprecia la muerte,
 Y el espacio hiende
 Como arrebatado
 Por el huracán.

¿A dónde dirige
 Su aérea carrera?
 ¿Cuál es el motivo?
 ¿Qué pasión ó afecto
 Le oprime febril?
 ¿Por qué en su delirio
 Callada murmura,
 Y á intervalos lanza
 Maldición impura,
 Que el viento sofoca
 Remedando el eco
 De un grito infantil?...

¡Quien sabe!... su porte
Revela un arcano,
Aunque entre las sombras
Esconde la noche
Su horrible intencion.
No hay duda, al infierno
Dirige sus preces.
Porque aprieta el pomo
De un puñal, que á veces,
Brillando un relámpago,
Reluce en su diestra
Con fiera espresion.

Y entonces, de pronto,
Sofrena el caballo,
Que al súbito empuje
Se pára de manos,
Echándose atrás:
Vacila un instante...
Y rápido luego
En torno girando
Sus ojos de fuego,
Le suelta las riendas
Al potro, y á escape
Los campos recorre
Serenos y audaz.

III.

ASALTO NOCTURNO.

Serian ya las dos de la mañana,
Cuando el desconocido se paró,
En un valle cercano á una gran *chacra*,⁽⁶¹⁾
Que del ibero gefe era mansion.

Púsole la *manea* ⁽⁶¹⁾ á su caballo,
Y atándole en el tronco de un *palmar*,
Penetró en la arboleda y orientándose
Al brillo del relámpago fugaz,

Llegó hasta las paredes de la casa,
Que en un silencio sepulcral balló;
Y aunque á la puerta se acercó, ninguno
Percibió de sus pasos el rumor.

Marchaba con el tino y disimulo
Con que marcha el ladrón ó el crimen vil:
Ni hombre ni perro le salió al encuentro;
Y á un próximo galpon logró subir.

Desde allí sigiloso, la azotea
Escaló con igual facilidad;
Y con la misma rapidez al patio
Por una reja consiguió bajar.

Ya de nuevo empezaba la tormenta
A bramar sordamente en el confin,
Ya de nuevo los cielos centellaban,
Sacudiendo su manto carmesí...

IV.

INSOMNIO.

En opulenta alcoba,
Despierto y pensativo,
Luchando con mil dudas,
Postrado, no abatido,
Devora el castellano
De su fatal destino
La copa emponzoñada
Que aumenta su delirio,
Sin apagar la hoguera
Que arde en su pecho altivo.
Revuelve sus ideas
En ademan sombrío,
Y el pálido recuerdo
Del dulce bien perdido,
Cual fatuo meteoro
Que esparce ardiente brillo,
Lanzando en las tinieblas
Un rayo diamantino,
En su abrasada frente
Se agita de improviso,
Mostrándole el tesoro
Que él arrojó á un abismo.
Recuerda de aquel ángel
El rostro peregrino.
La magia encantadora
Y el tierno afecto sincero.
Con que de todos era
Querida como un niño;
Recuerda sus encantos,
Su púdico atractivo,
Su gracia no estudiada,
Su irresistible hechizo,
Y todo cuanto en días
Mas gratos y tranquilos
Pudo admirar en ella
Creyéndose querido.
¡Recuerdos desgarrantes
Que en raudo torbellino,
Se agolpan á su frente
Para mayor martirio,
Derados por un prisma
Fantástico y divino!...

¿A dónde está? ... ¿dónde existen
Sus restos perdecidos?

¿Qué mano misteriosa
 Los arrancó del sitio,
 Donde su fiera mano
 La hirió sin advertirlo?
 ¿Acaso ella no ha muerto!
 ¿Acaso el hierro impío
 No dió mortal herida!
 ¿Acaso de su espíritu,
 Aunque pendiente y débil,
 No se ha cortado el hilo!
 ¿Y Celiar?... ¿en dónde
 Ese hombre maldecido,
 Después de la derrota
 Halló seguro asilo?
 ¿Qué ángel ó demonio
 Le deparó su auxilio,
 Cuando iba á espiar sus crímenes
 Tal vez en un patíbulo?
 ¿Acaso en este instante
 Mas fiero y atrevido,
 Espera entre los bosques
 Que sus feroces indios
 Volviendo de su espanto,
 De nuevo vengativos,
 Con otros aliados
 Y mas potentes bríos,
 Desciendan á los llanos
 De su baldon testigos
 Para lavar su afrenta
 Con sangre y esterminio?

Las noches tormentosas
 De horrisono estampido,
 Don Juan desesperado
 Cual réprobo maldito,
 Sobre el mullido lecho
 Volviéndose sin tino,
 Sentía sus recuerdos
 Punzantes y terríficos,
 Por su abrasada frente
 Rodar en torbellino.
 Y no era, no, infundado
 Su pavoroso instinto;
 Que en noche semejante
 Su bárbaro enemigo,
 Cambió en horrible infierno
 Su porvenir divino.
 ¡Noche horrorosa!... todo
 Del rayo al son fatídico,
 Se conjuró tremendo
 Para mejor herirlo!
 Por eso el castellano,
 Si el huracan sombrío
 Rebrama en esas horas,

Despierto y pensativo
 Relucha con mil dudas,
 Postrado, no abatido...

V.

EL QUE Á HIERRO MATA...

Y al fulgor de las centellas
 Que el aposento iluminan,
 Sus pensamientos caminan
 En alas de su pesar;
 Recorren su vida entera
 De crímenes y egoismo,
 Y solo ven un abismo
 A donde van á parar.

Entonces don Juan medita
 En su mal destino adverso,
 Aunque incrédulo y perverso
 Por vanidad y altivez:
 Porque hay horas en la vida
 En que el mas impío ateo,
 Siente en loco devaneo
 Que existe un tremendo juez.

El mundo llama *pesares*
 Y la religion *conciencia*
 A esa voz, cuya influencia
 Siente el pobre como el rey.
 Ella ciñe nuestra frente
 Con aureola divina,
 O nos clava aguda espina
 Si faltamos á su ley.

Y en el lúgubre silencio
 De la noche magestuosa,
 Parece que el alma ansiosa
 Se envuelve y repliega en sí.
 Y no bien tenaz insomnio
 Fatigoso nos desvela,
 El pensamiento revuela
 Con ávido frenesí.

En esta lucha terrible
 Del deber y las pasiones,
 Desengaños ó ilusiones
 Evocando iba don Juan;
 Y cual enfermo incurable
 A su mal abandonado,
 El sentíase abrasado
 De su mente en el volcan.

En esto sintió el ruido
De una pisada muy leve,
Que tarda, pausada y breve,
Al instante se paró.
Alzó trémulo la vista
Y en derredor paseóla,
Mientras tomó la pistola
Que bajo el almohada halló.

En su horrible incertidumbre,
Creyó al pronto que sería,
De su enferma fantasía
Vano delirio quizás;
Porque ya distintas veces,
Creyendo mirar oculto
Entre las sombras un bulto,
Fuego hizo en la oscuridad.



Celiar y don Juan.—Pág. 102.

Amartillóla, y poniendo
Firme el dedo en el gatillo,
Escuchó atento, y el brillo
De un relámpago esperó,
Que la niebla disipase
Y alumbrando el aposento,
Le descubriese al momento
La causa de su pavor.

Sin embargo, un sudor frío
Su cuerpo entero cubría,
Con ruido serdo latía
Su robusto corazón;
Y el cabello de su frente
Y de su rostro anheloso,
Se crispaba sudoroso
Con rápida oscilacion.

Pero en silencio profundo
Nada oía ni veía,
Aunque horrible presentía
Algun peligro tal vez:
Parece que el misterioso
Duende, sombra ó asesino,
Desde que el riesgo previno
Tembló cobarde á su vez.

Pues en el mismo momento
Fué tan grande y pavoroso,
El silencio religioso
En que la sala quedó,
Que de sus dos corazones
Podía escucharse el latido,
Como se oiría el sonido
Del mas pequeño reló.

Doce minutos pasaron,
Y de nuevo las pisadas,
Suaves, ténues y pausadas,
Se comenzaron á oír;
Y un relámpago que súbito
Brilló fúlgido en el cielo,
Vino á romper aquel velo
Y el misterio á descubrir

¿Quién eres?... gritó Altamira.
Saltando airado del lecho,
Mientras el otro en acecho
Alzó su poncho veloz;
Y otro relámpago entonces
Lanzára una luz mas viva,
Que iluminó fugitiva
Aquel cuadro... y á una voz,

¡¡¡Celiar!!! ¡¡¡Don Juan!!!... exclamaron
Con acento indefinible,
En su mirada terrible
Luz centellando infernal.
Y al instante, estrepitoso,
Brilló un fogonazo ardiente,
Y entre las sombras, fulgente,
Ya levantado un puñal.

Al mismo tiempo, cercano,
En fragorosa carrera,
Rodando por la alta esfera
Un rayo se desprendió...
Un ¡ay! se oyó... lentamente
Se puso el cielo sereno,
Paró el agua, calló el trueno,
Todo en silencio quedó...

XXVI.

ESPOSOS EN LA TIERRA,

UNIDOS EN EL CIELO.

¡Es dulce y bello
Morir con la muger á quien se adora,
Confundirse sus últimos alientos
Y sentir á la par dos agonias
Regalandose amor y juramentos.

J. MARMOL.

Que es fortuna morir cuando no queda
Mayor ascenso á la voluble rueda.

MAURY.

¿Isabel está muerta? .. tranquila
Cual la nube primera del alba,
Su amorosa y ardiente pupila
Ya no lanza destellos de luz...
¡Ah! quién sabe!... cualquiera diría
Que el arcángel fatal de la muerte
La garganta la oprime, é inerte
Ya la envuelve en su negro capuz:
Y á su acento los ángeles bajan
Derramando purísimo lloro,
Y á los cielos, cual rico tesoro,
Se la llevan trocada en querub.

¡Y qué bella, qué hermosa parece,
Sin calor sobre el lecho estendida!
¡Cómo al alma su aspecto entristece!
¡Con qué pena se dice: *murió!*
En sus labios de rosa, en sus tersas
Nacaradas megillas y cuello,
Aun fulgura el espléndido sello
Que á sus obras imprime el Criador.
Yerta está... y á su lado levanta
Un anciano plegaria ferviente,
Que al trepar á la bóveda santa
Bajará convertida en perdon.

En mortuorio silencio reposa,
Sin que nadie lo turbe un momento,
Aquel sitio, do en vano la hermosa
Se dejó moribunda arrastrar.
Solo el buen sacerdote lloroso
Su oracion *de profundis* murmura,
Y aunque triste enjugarlo procura,
Humedece su llanto el misal.
No hay ninguno que escuche su duelo,
Ni parientes, ni deudos, ni amigos,
Tú, su vida, su mundo y su cielo,
¡Celiar! ¡Celiar! ¿dónde estás?...

¡Oh miradle!... ya llega azorado,
Y se pára en la puerta indeciso,
Revelando en su porte agitado,
Del demente la rabia cruel:
Y elevando su poncho sangriento,
Con horrible blasfemia que espanta,
El puñal homicida levanta
Repitiendo feroz, me vengue!
Y ella ha muerto, insensato, ella ha muerto,
El anciano responde afligido,
Inclinando su rostro, cubierto
De alegría y de angustia á la vez.

Como un niño que mientras descanza
Siente el roce de trémula mano,
Y estendiendo los brazos, no lanza
Sino un grito de miedo y terror;
Celiar se estremece... y de pronto
Cual lanzado por mano invisible,
Con un ¡ay! intensísimo, horrible,
Sobre el lecho se arroja veloz;
Y demente, con fiera energía,
La sacude del brazo diciendo:
¡Isabel! ¡Isabel!... ¡vida mía!...
¡Isabel!... ¿no me escuchas?... ¡soy yo!...—

A la fuerte emocion que sintiera,
Sacudió su letargo la virgen,
Que de nuevo en su pecho volviera
Un instante la vida á latir.
Alzó inquieta sus lánguidos ojos,
Y con tierna, celeste sonrisa,
Tan suaves cual plácida brisa,
O el aliento de mágica huri,
¡Celiar!... con acento apagado
Murmuraron sus labios de grana,
Contemplando risueña á su amado,
Sin poderle su angustia decir.

Pero solo en aquella mirada
Su alma bella brotando se vía,
Como en una megilla rosada
Donde lucha el amor y virtud.
Celiar la miraba... y absorto
Espaciando en sus ojos su alma,
Como el mar que de pronto se calma
Murmuraba frenético aun...
Y sus manos con ansia apretaron
De su amante la mano ardorosa,
Y sus ojos fulmineos brillaron
Despidiendo centellas de luz.

—Isabel, el cobarde asesino,
El traidor que labró mi desgracia

Y del mal me lanzó en el camino,
Ya sus crímenes todos pagó!
Con el mismo puñal con que alevé
Desgarrara tu cándido seno,
Frente á frente, peleando sereno,
¡Sin piedad le partí el corazón!
¡En su sangre le ví revolcarse,
Demandando perdón á tu sombra,
Y tres veces sin fuerzas hincarse
Entre aullidos de rabia y dolor!

Al mirar su ademán, conmovido,
Quiso el cura arrancarle del lecho,
Pero el fiero amor, poseído
De horroroso delirio tenaz:
—¡Oh! dejadme, le dijo, ¡dejadme!...
Pocas horas me restan de vida,
Y mi muerte será bendecida
Si en sus brazos consigo espirar.
¡Isabel! mi esperanza, mi cielo!
Oye al menos mis últimas preces,
Y que premie mi amante desvelo
Una lágrima sola... no más!

Su mirada, su porte, su acento,
Revelaban tan bien su quebranto,
Que la virgen sintió con su aliento
Fuego y vida en sus venas correr:
Se inclinó sobre el lecho, su rostro
Mas hermoso brilló satisfecho,
Palpitó con mas fuerza su pecho,
Se apagó su mortal palidez;
Pero ¡ay! era la chispa postrera,
El reflejo fugaz de un relámpago,
El brillante fulgor de una hoguera
Que se apaga un instante después.

—¡Celiar! ¡Celiar!... ¡yo te ruego,
Te suplico me escuches piadoso!...
¡Ay! ¡me abrasa tu mano, y el fuego
De tus ojos me llena de horror!
¡Celiar! ¡Celiar! ¡vida mía!
¿Por qué quieres morir? ¿qué delito
Ha manchado de nuevo y ha escrito
En tu frente fatal maldición?...
Dime al menos, Celiar, que es mentira,
Que don Juan aun existe, que solo
Un arranque de celos ó ira...
Su perdón tú me diste...

—¡Gran Dios!

¡Perdonarle, Isabel, perdonarle!
Sic se tigre naciera mil veces,
¡Yo mil veces volviera á matarle

Y en su cuerpo mi encono á saciar!
 Cuanto existe en el orbe no vale
 Una lágrima tuya ¡bien mio!
 Y en tu sangre bañóse el impío.
 Y te roba á mi amor su maldad:
 Cuanto encierra de humano y eterno
 A pagarla no fuera bastante,
 Y ni el mismo Hacedor, ni el infierno
 De mi mano á arrancarle!...

—Callad,
 No insulteis la divina grandeza.

De su amada en el nítido brazo
 Reclinó su gallarda cerviz.

—¡Ah! ¿qué tienes? ¡por Dios!... me estremezco...
 Tus miradas penetran mi alma...
 ¡No me mires así!... desfallezco...
 ¡Oh! qué horrible tormento!... tal vez
 El dolor que te causa mi muerte,
 El recuerdo de un crimen maldito...
 Pero escúcha... muriendo... repito,
 Yo te quiero, te adoro, mi bien!
 Y él entonces con voz mas doliente



—El delira. Señor, perdonadle,
 Ha perdido tal vez la cabeza.
 ¡Vuelve en ti, Celiar, vuelve en ti!
 ¡Ah!... qué pálido estás!...

—Nada tengo...
 Un vahido será... me parece
 Que de pronto la luz se oscurece...
 Un instante quisiera dormir...

Y volviendo el semblante, dió un paso,
 Pero al punto cayendo de hinojos,

Que el murmullo del sauce en la noche,
 Contestóle, doblando la frente:
 «¡Nuestro amor será eterno, Isabel!»

¡Benedicidnos!... á un tiempo dijeron,
 Y sus manos por mágico instinto,
 En un lazo de amor se reunieron.
 Puro, santo, sublime, ideal.
 ¡Benedicidnos!... de nuevo exclamaron
 Con tal ánsia, vehemencia y ternura,
 Que cediendo á su impulso, el buen cura
 Como herido de súbito imán,

Aceróse hasta el lecho, bendijo
Sus cabezas que ya se inclinaban,
Y con voz inspirada les dijo:
¡Vuestra dicha id al cielo á gozar!

En el mismo momento, indecible,
Y sin nada terreno ni humano,
Cual gemido de un harpa invisible,
En sus labios un beso vibró:
Era un beso celeste, tan puro
Como el beso de un niño en la cuna,
O el que envía al cubrirse la luna,
Pudorosa una flor á otra flor;
Y con él revoló hasta el altura
Su postrer pensamiento de oro,
Y en la misma amorosa postura,
Sin sentido quedaron los dos.

Y creyendo que fuese un desmayo,
El ministro de Dios, todavía
En sus ojos buscaba algún rayo
De esperanza, de vida... ¡infeliz!
Isabel... ¡Isabel para siempre,
Sin mundanas, espléndidas galas.
A los cielos remonta sus alas
Transformada en azul querubín!
Y su amante también venturoso,
Sigue en tanto su fúlgida huella,
Y dos veces consigue dichosos
Ni aun muriendo su amor dividir.

Bajo el poncho que el céfiro oreo,
Negra herida se ve mal vendada,
Cuya sangre del pecho gotea,
Salpicando la veste al saltar;
Pues sin duda la bala ominosa
Mientras firme en la llaga se estuvo,
En un hilo pendiente mantuvo
Su postrer parasismo vital:
Pero apenas cayó, silenciosa
Levantó su guadaña la muerte,
Señalando la triplice fosa
De Isabel, Celiar y don Juan.

Allí está el sacerdote, postrado,
Con la frente inclinada hasta el suelo,
Murmurando en acento apagado
Sus plegarias de paz y perdón.
¡Allí está!... y en sus manos convulsas,
Brilla el leño de angustia y quebranto!
¡Allí está!... su oración y su llanto
Por los tres ofreciendo al Señor:
Mientras áureo en el vasto horizonte,
Como un globo de fuego ondeante,
Colorando la cima del monte
Aparece magnífico el sol!

XXVII.

LA CRUZ.

*Cruz que yace solitaria
Sobre la verde cuchilla.
Donde lámpara no brilla
Ni rezos se oyen sonar.

MELCHOR PACHECO Y OBES.

No fiction of fame shall blazon my name,
All I ask, all I wish is a tear.

BYRON.

De un verde montecillo en la colina,
Hay una pobre tumba solitaria,
Que la luna tristísima ilumina
Cual desmayada antorcha funeraria:
Y sobre ella lánguida se inclina
Una hermosa, fragante pasionaria,
Que recogiendo del aurora el llanto,
Le forma con sus hojas rico manto.

No hay allí ni doradas inscripciones,
Ni marmóreos ornatos, ni grandeza,
Ni del arte las vanas profusiones
Con que cubre su polvo la riqueza;
Ni tampoco se ven inspiraciones
Consagradas al genio ó la belleza,
Ni de los bravos á su patria fieles.
La cifra coronada de laureles.

Pero en medio la calma pavorosa
Que allí en silencio aterrador preside.
Una cruz se levanta misteriosa,
Que al caminante una plegaria pide;
Y aunque de tosco leño, silenciosa,
Con su sombra no mas, tremenda mide
El corto espacio do cual vil gusano,
Muere encerrado nuestro orgullo humano!

Y el viento de la noche que murmura
Con amoroso, lánguido silbido,
Se detiene en la yerta sepultura
Entre los brazos de la cruz perdido;
Y luego al despedirse, con ternura
Exhala un melancólico gemido,
Que se prolonga cual la voz sonora
De una cuerda que vibra tembladora.

Entonce, preludiando sus congojas,
Coronado de pálida guirnalda,
En los ombúes de rasgadas hojas
Tiende sus alas de jazmín y gualda;

Y cuando asoma con sus crines rojas
El sol volviendo la gigante espalda,
Otra vez á la cruz, mas amoroso
Vuela, y se apaga murmurando ansioso.

Y cada hora que pasa del diurno
Planeta entre planetas el primero,
El gaucho que cruza taciturno
Aquel solo y tristísimo sendero,
Al caer el crepúsculo nocturno
Detiene su fogoso parejero,
Y ante la sacra efigie solitaria,
Religioso murmura una plegaria.

Dicha celeste que brillára un día,
Como los votos que en su amor se hicieron,
Dicha que pasa cual fugaz centella,
Cuanto mas grande y anhelada y bella.

Fuéron allí á enterrarse tumultuosas
Tantas vagas, ardientes ilusiones,
Y se hundieron allí mas ardorosas
La memoria y la sed de sus pasiones.
Del sepulcro las alas pavorosas
Apagaron sus hondas emociones,
Y lozana brotó de su ceniza
La emblemática flor que la tapiza.



Y dicen los viandantes que á esa hora
Se ve cruzar un bulto misterioso,
Encubriendo la faz aterradora
Bajo el ancho capuz de un religioso.
Y que allí arrodillado gime y ora,
Hasta que el sol radiando magestuoso,
Cual vencedor en fulgurante coche,
Va tragando las sombras de la noche.

¿Quién sería aquel hombre?... no era el cura,
Sinó un jóven de negra cabellera,
Que del áspero monte en la espesura,
Mitigar su dolor y angustia fiera
En penitente soledad procura...
Cuenta la tradicion que Carlos era,
Y que vivia solitario, donde
Los caros restos de su amada esconde.

Allí, junto á la cruz... ceniza fria
De dos fieles amantes que murieron,
Cuando su altivo corazon creía
Ver colmada la dicha que perdieron:

Bellísimos los dos y afortunados,
Llenos de gracia y virginal hechizo,
Nacieron para amar y ser amados,
Cual obra en que el Criador se satisizo.
Al placer y virtud predestinados,
Con mano liberal su amor los hizo,
Y pura colocó sobre su frente
La aureola del ángel inocente.

Se vieron y se amaron, cuando apenas
De la infancia el pensil abandonaban,
Y los dos por camino de azucenas
Bajo un cielo de azahares dormitaban,
Visiones de placer siempre serenas
Sus angélicas horas arrullaban,
Y todavía de sus ojos bellos
El dolor no empañaba los destellos.

Era dulce y tranquila su mirada,
Natural y tiernísimo su acento,
Gallarda su presencia y descuidada,
Melancólico acaso el pensamiento,

Y en toda su persona derramada
Tal potencia de vida y sentimiento,
Que bastaba mirarlos un instante
Para sentir el pecho palpitante.

Imágen de los seres que idealiza
El que en un cielo de zafir pasea,
Pensamiento de amor que se desliza
Cuando la mente ardiendo centellea,
Soñada perfeccion que diviniza
El inspirado vate allá en su idea,
Angel ó genio, aparicion ó sombra,
Que admira el alma, pero nunca nombra.

Al punto se sintieron atraídos
Por misteriosa oculta simpatía,
Oyeron de su pecho los latidos
Responderse en unísona armonía;
Se encontraron sus ojos poseídos
De pasión, embriaguez y poesía,
Se hablaron una vez, se comprendieron,
Y á un tiempo ¡yo te adoro! se dijeron.

Y creyendo era eterna su ventura,
Embriagados de amor, en su delirio,
Adormecidos por letal dulzura,
Olvidaron amando su martirio,
Porque su alma cándida era pura
Como la hoja de naciente lirio,
Cuando á los rayos de la luz primera
Se estremece en el tallo placentera.

Pasó como un relámpago la calma
Que un momento tranquilos disfrutaron,
Y cual las flores de tendida palma
Sus verdes ilusiones se agostaron:
Llena de dudas y postrada el alma,
Siguiendo el sueño que á la par forjaron,
Veló sus ojos con traidora venda
Y los lanzó por descarriada senda.

La mano del destino encarnizada
Rompió en su frente la nupcial diadema,
Y cual la sombra al cuerpo encadenada,
Persiguióles tremendo su anatema;
Y para colmo de infortunio, airada,
En oblation á su venganza estrema,
Torció la diestra del hispano fiero,
Y hundió en el pecho de Isabel su acero.

¡Pobre Isabel!... inmaculada virgen,
En aras del amor sacrificada,
Tu afecto celestial tenía su origen
Escondido de Dios en la mirada!

Pero los males que al mortal afligen
Rompiendo tu corteza delicada,
Dejaron escapar sublime y pura
La llama de tu vida y hermosura.

Y volaste á otra esfera mas dichosa,
Do serafines y ángeles en coro,
Para que subas tú, nubes de rosa
Te forman de sus alas con el oro.
Allí con armonía misteriosa,
Te reciben cual célico tesoro,
Y el radiante fulgor que te acompaña
De luz y aromas el espacio baña.

Desde allí me arrebató tu hermosura...
Como en las noches del florido enero, ⁽³²⁾
Sublime idea que al pasar murmura
Las armonías del amor primero,
Cuando el ardiente corazón procura
Estasiado en delirio pasajero,
Traducir con sonidos la belleza
Que ostenta en derredor naturaleza.

Era Isabel un ángel, no podía
Emponzoñado el halito del vicio,
Profanar el santuario donde ardía
La llama de su amor en sacrificio.
El genio que sus pasos dirigía
Antes de hundirla en hondo precipicio,
La arrebató del mundo, y entre nubes
Siguió el vuelo de fúlgidos querubes.

Era Isabel un ángel; fuerza era
Cumpliese como ángel su destino,
Y por ajenas culpas mártir fuera,
Sin hallar una flor en su camino,
Para ser en los cielos medianera
Del que adoraba con amor divino,
Y á quien purificando su alianza,
Inclinó del Eterno la balanza.

Pues si esforzado, en desigual contienda,
Luchó con su destino brazo á brazo,
Y si indomable siempre, noble ofrenda
Colocó de la patria en el regazo;
Si aló arrogante su pajiza tienda
De iberos pabellones con el lazo,
Y en la sierra, en el llano, en la cuchilla,
Brilló siempre con mengua de Castilla;

Crímenes luego y sed de nombradía
Deshojaron el lauro de sus sienes,
Mientras mas altanero en su osadía
Provocaba á los cielos con desdenes.

Y al lucir de expiacion, terrible el día,
En que probó del hado los vaivenes,
Aplacó del Eterno el justo encono
Prosternada Isabel ante su trono.

No menos infeliz el castellano
Dominar sus pasiones nunca pudo,
Y en el delirio de su mente insano,
Cubierto del poder con el escudo,
¿Qué no ajó y mancilló su torpe mano?
¿Qué no cayó por tierra al choque rudo
De su tremendo enojo?... rayo ardiente
Que del crimen lanzóle en el torrente.

Y esa muger sublime no podía
Consagrar á ninguno su ternura;
Cualquiera de los dos marchitaria
La flor de su ilusion como ella pura;
Y ninguno, ninguno merecía
Profanar su séráfica hermosura,
Ni desgarrar la venda encantadora
Que le ocultaba la verdad traidora.

La realidad amarga de la vida
No acibaró sus últimos instantes,
Por el dolor y el infortunio herida,
Tan amorosa y pura como antes
Cerró sus bellos ojos; y adormida,
En las áureas esferas rutilantes,
Fué á despertar del encantado sueño
Que le brindaba el porvenir risueño.

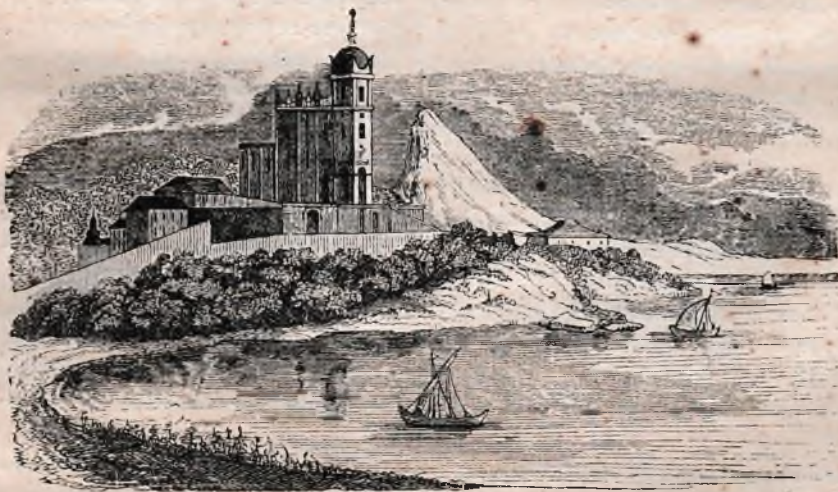
¡Dormid, sombras, dormid!... tibia la luna
Os preste melancólica su lumbré:

Y las nocturnas brisas, una á una,
Sobre esa cruz, en varia muchedumbre,
Murmuren los cantares que en la cuna
Con acento de paz y dulcedumbre,
Le canta, dirigiéndose al Eterno,
La cariñosa madre al niño tierno!

¡Dormid, sombras, dormid!... y lentamente
Destrenzándose en ondas bullidoras,
Un arroyo de márgen trasparente
Os cuente con su voz las tardas horas!...
¡Dormid, sombras dormid!... y reluciente
Escondida en las ramas tembladoras,
Multitud de aves ricas, ciento á ciento,
Trinen á par del amoroso viento!

Y tú, oh tumba, que guardas sus amores
Y con ellos tambien su triste historia,
Conserva en derredor fragantes flores,
Que recuerden al mundo su memoria;
Quizá uno de tantos trovadores,
Mas feliz ó mas digno de la gloria,
Te inmortalice vencedor un día
Con cantares de espléndida armonía.

No me olvides y adios!... débil mi canto
Entre mis labios trémulos espira:
Siento en mis ojos resbalar el llanto,
Y enmudeciendo la sonante lira,
En vez del fuego varonil y santo
Con que el poeta creador se inspira,
¡Imágen del dolor, rodando brilla
Una lágrima ardiente en mi megilla!



NOTAS.

(1) *Rancho*. Chozo de barro y paja. En los pueblos las paredes suelen ser de material y están revocadas por dentro: en el campo ofrecen un aspecto miserable: la puerta generalmente se compone del cuero seco de un novillo.

(2) *Jahá*. El padre Guevara, en su Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán, le describe de esta manera:

«Al Jahá justamente le podemos llamar el velador y centinela. Es grande de cuerpo y de pico pequeño. El color es ceniciento con un collarín de plumas blancas que le rodea el cuello. Las alas están armadas de un espolon colorado, duro y fuerte con que pelea. Son amigos de sociedad y andan acompañados de dos en dos. En su canto repiten estas voces *Jahá, Jahá*, que significan vamos, vamos, de donde se les impuso el nombre. El misterio y significación es que estos pájaros velan de noche, y en sintiendo ruido de gente que viene, empiezan a repetir jahá, jahá, como si dijeran vamos, vamos, que hay enemigos y no estamos seguros de sus asechanzas. Los que saben esta propiedad del jahá, luego que oyen su canto se ponen en vela, temiendo vengán enemigos para acometerlos.»

(3) *Carancho*. Ave de rapiña muy voraz y muy fea. Sigue a las tribus de salvajes y á los ejércitos, frecuenta los sitios donde hay cuerpos muertos, sean de hombres ó animales, y su vuelo marca á los inteligentes el rumbo que siguen los primeros y el parage en que se encuentran los segundos.

(4) *Pampero*. Especie de huracán que nace en los Pampas, desierto de la provincia de Buenos-Aires. Durante los equinoccios, es la época en que se desencadena con mas furia.

(5) *Mate*. Yerba del país que se prepara como el té en una pequeña calabaza curada al humo, ó un tubo de metal, y una bombilla para sorber el agua hirviendo en que se deslie. La yerba mate, tostada y preparada para el uso, es menudita, y exhala un olor aromático bastante fuerte. La mejor y mas buscada es la del Paraguay: de ella y de la brasileña se hace un enorme consumo en una gran parte de la América Meridional. El mate se toma á todas horas, tanto en las ciudades como en los campos, y su uso en las *estancias* solo puede compararse

con el del tabaco. En las casas ricas el mate y la bombilla son de plata con adornos de oro, y revisten las mas caprichosas formas.

(6) *Gaucha*. Esta palabra se aplicó en su origen á cierta clase de individuos de malos hábitos y peores instintos, procedentes de la mezcla de las razas española, india y africana; pero hoy el uso la ha generalizado para denotar al hombre que ha nacido y vive en el campo, que carece de instruccion y participa en su carácter, preocupaciones y costumbres de las cualidades que distinguen al salvaje del hombre civilizado. (Vide Azara, *Descripcion é hist. del Río de la Plata*, t. I, pág. 304 á 311.—Armitage, *Hist. do Brasil*, pág. 139;—y Sarmiento, *Vida de Quiroga*, toda la primera parte.)

(7) *Parar rodeo*. Locucion puramente local, admite varias interpretaciones: aqui se pone en el sentido mas usual; es decir, la reunion del ganado disperso en un punto antes de conducirlo á los corrales ó á un parage donde no pueda confundirse con el de las posesiones vecinas.

(8) *Condor*. Aguila americana: asegúrase que escede en tamaño á las mayores del viejo hemisferio. Habita en las montañas mas elevadas de la cordillera de los Andes. En los viages del célebre naturalista D'Orbigny se encuentra una descripción completa de esta hermosa ave, á la que algunos viajeros asignan proporciones gigantescas, mientras que otros apenas la conceden mayor corpulencia que á un buitre europeo. Ambas opiniones son exageradas; pero la primera se acerca mas á la verdad que la segunda.

(9) *Ombú*. Arbol gigantesco, pero estéril; ni su madera ni sus hojas se utilizan: solo produce sombra, mas una sombra fresca y regalada que invita al viajero á descansar bajo sus pobladas ramas. Su tronco sirve de punto de reunion no solo á los gauchos errantes, sino tambien á los que viven por aquellos alrededores.

(10) *La patria oriental*. La ferocidad de las tribus primitivas de la Banda oriental (hoy república del Uruguay) obligó á los primeros pobladores á desistir del proyecto de conquistarlas. Desde la muerte de Solís (1515), descubridor del argentino río, que sucumbió y fué devorado por los charruas en la isla de San Gabriel, perteneciente al territorio uruguayo, hasta la fundacion

de la Colonia del Sacramento por los portugueses (1678) y de Montevideo (1724), trascurrieron mas de dos siglos, y la banda oriental casi en su totalidad era solo un vasto desierto. En este largo periodo y hasta espirar la XVIII centuria, se mantuvo viva y perenne la lucha con los indigenas, de los cuales la mayor parte jamás reconoció el dominio español; y aun los sometidos, mas que por la fuerza de las armas, por el celo de los misioneros, repetidas veces sacudieron el yugo. Entre estos merece citarse el célebre levantamiento de los guaranis de las famosas misiones jesuíticas del Uruguay, acaecido bajo el reinado de Fernando VI con motivo del funesto tratado de limites de 1750. Escaso era su número, pero fué necesario un ejército lusitano-español para reducirlos otra vez á la obediencia. En esta leyenda hemos procurado presentar, aunque en bosquejo, la fortaleza y brio inquebrantable de los salvajes orientales, tomando por tipo á los charruas, á esos indómitos montaraces, que segun la feliz espresion de un historiador, *«han derivado ellos solos mas sangre española que los ejércitos reunidos de los Incas y Moctezuma»*.

(11) *Parejeros*. Caballos adiestrados á la carrera.

(12) *Uruguay*. Rio que da su nombre á la República de la Banda oriental del Plata. El señor Parish, agente de la Inglaterra en Buenos Aires, en la obra que publicó en Londres hace pocos años, titulada *Buenos Aires and la Plata*, le describe de esta manera:

«El Uruguay que contribuye con el Paraná á formar la gran embocadura del rio de la Plata, toma su nombre de las numerosas y rápidas caídas que marcan su carrera. Toda la estension de su curso es poco menos de 300 leguas: en la latitud de 27° 33' sale de las montañas sobre la costa del Brasil, frente á la isla de Santa Catalina, y por una larga distancia camina hácia el Poniente, recibiendo entre muchos rios menos importantes, el Uruguayuini (pequeño) por el Sud, y el Pepiri-Guazú (grande) por el Norte. Al acercarse al Paraná cambia su curso inclinándose al Mediodia por entre el hermoso territorio de las antiguas misiones juntas. Fronterizo al Yapeyú, el último de esos establecimientos, en la latitud de 29° 30' recibe el Ibicuy, rio considerable que viene del Este: á los 30° 42', el Miriñay vierte en él por el Occidente una gran parte del desagüe de la grande Laguna Iberá. Despues tiene por principales tributarios, el Gualaguay-chú, en la provincia de Enterrios, y el rio Negro el mas ancho y caudaloso de la Banda oriental. Poco despues de su union con estos, entra en el Plata con el Paraná casi á la latitud de 34° Sud. La navegacion se ve interrumpida por muchos arrecifes y caídas (*falls*) que solo se pueden pasar cuando las aguas están en su mayor altura durante las crecientes, ó por trasportes en el invierno. El Salto grande y chico (la mayor y menor caída un poco mas abajo de la 31° de latitud), son el principal y peor obstáculo que se halla para subir el rio. El primero consiste en un arrecife de rocas que se estiende como una pared al través de su lecho; los gauchos le atraviesan á caballo cuando las aguas están bajas, no obstante que se puede pasar en botes, canoas y *pelotas* (1) mientras dura la creciente siendo navegable el rio de este modo sin mas peligro hasta la altura de Misiones.

«Tenemos en nuestro poder, comprados á los naturales del pais, muchos pedazos de maderas petrificadas y guijarros de variados colores que se encuentran en las partes mas elevadas del Uruguay.»

(13) *Sandú*. Sincope de Paisandú, la ciudad mas importante de la República oriental despues de Montevideo. Está edificada en una llanura sobre el Uruguay, tiene de 2,800 á 3,000 casas, y á pesar de haber sufrido mucho en la última guerra, cuenta de 8 á 40,000 habitantes. La ciudad queda á poca distancia del puerto que, aunque cómodo y seguro para las embarcaciones, es penoso para el tránsito, sobre todo en invierno, época en que sube el rio con las crecientes.

Paysandú es la capital del departamento de su nombre que se compone de casi la mitad del territorio oriental y es el mas rico en ganados de toda especie. Sus habitantes se han distinguido siempre por su amor al suelo que les vió nacer y por el heroismo con que han combatido, asi en las guerras con el extranjero, como en las discordias civiles que en mas de una ocasion han dividido á los orientales. En el vasto territorio que abraza su jurisdiccion, hay minas de oro en la sierra de los Cerros-blancos, y en las inmediaciones del *Quequay*. Rios profundos y caudalosos le cruzan en varias direcciones. Por las alturas del Catalan se encuentran piedras preciosas y otras cristalizadas, muy bellas. Bajo la administracion del general *Oribe*, se trató de dividir en dos este departamento, lo que no tuvo lugar por los sucesos del año 36. Ignoramos si posteriormente se ha llevado á cabo esta útil medida.

(14) *Estancia*. La lámina que encabeza el cap. III da la mas completa idea de estos establecimientos rurales. Cada estancia se compone de un gran pedazo de tierra, comunmente de dos ó tres leguas de largo y otras tantas de ancho, ocupadas por numerosos rebaños, vacunos, caballares y lanares; suele haber hasta 30,000 animales en una sola. En el centro hay una gran casa de material, donde reside el propietario con su familia; con los *peones* (gauchos) y las mugeres propias y ajenas de estos; ó un capataz, especie de mayordomo, encargado de la administracion y de hacer ejecutar las faenas rurales. Cuando la casa es pequeña, como sucede por lo regular, parte de los gauchos vive en *ranchos*, edificados á corta distancia de ella.

Las faenas de la estancia se reducen á cuidar del ganado y á matar diariamente cierta cantidad de reses, segun el mayor ó menor numero de las que posee y necesita el establecimiento. Las estancias sirven ademas de punto de reunion en determinadas épocas del año, como en las *yerras* y *trillas*, y sin ser posadas hacen sus veces en las vastas soledades de la Banda oriental, la Confederacion y el Paraguay. A nadie se niega hospedaje, con la particularidad de que no se exige la menor retribucion, y que el viajero, *gratis et amore*, puede permanecer en ellas todos los dias, semanas y meses que guste, sin que se considere molesto. Al contrario, los dueños de la estancia estiman como un favor tenerle en su compañía.

(15) *Pallar*. (Véase *Pallador*.)

(16) *Trillas*. Fiestas campestres que se verifican en el mes de enero: véase en ellas los mismos bailes y diversiones que en las *Yerras*. (Véase la nota 33.)

(17) *Cuchillas*. Pequeñas montañas ó serrezuelas que corren todas en una misma direccion.

(18) *Guanaco*. Variedad del venado.

(19) *Nandú*. Nombre Guaraní del avestruz. El señor don Juan Manuel de la Sota le define de esta manera en su Historia del territorio oriental del Uruguay.

«Es el ave mayor de este pais, y su procreo es tan abundante, que se ven los campos cubiertos de tropas de ellos. El color es blanquizco, que tira á pardo, sirviendo sus plumas largas para plumeros, las cortas para colchones y plumages despues de estar teñidas; sus alones y rabadilla son muy apetecidos de los paisanos del campo, como tambien los huevos, que siendo muy grandes se hallan de veinte y treinta en cada nido, que los forman al pie de algun árbol, y á veces en campo raso en algun hoyo que les sirva de abrigo. No es una sino varias hembras que ponen los huevos en un solo nido, siendo del cuidado del macho empollarlos y criarlos con igual esmero. Al echarse sobre los huevos que ha de empollar, reserva uno ó dos que pone á la vista del nido sin fomentarlos, para que en el tiempo que saca los polluelos, se corrompan y corruptos ya, los quiebra para que al olor acudan las moscas y otras sabandijas con que se alimentan los polluelos, mientras que no pueden salir á buscar por si mismo su alimento.»

(1) Especie de balsa formada con el cuero seco de un novillo

(20) *Pangaré*. Color de un caballo: ademas de los

nombres vulgares en Europa, he aquí algunos peculiares del Río de la Plata: Bragado, Entrepelado, Gateado, Lobuno, Malacara, Moro, Melado, Pampa, Ruano, Rosado, Cebruno, Sabino, Tostado, etc.

(21) *Lazo*. Es una soga perfectamente trenzada: después de preparada la piel, la cortan los gauchos con suma destreza en correas largas, pero muy delgadas, y forman con ellas una cuerda de cincuenta ó mas varas. Su diámetro no iguala al del dedo meñique, y sin embargo, el toro mas robusto no la rompe. El tigre mismo con su vigorosa musculatura, no alcanza á trózarla. Se ha visto muchas veces corriendo un novillo, arrastrar al caballo y al jinete algunas varas: se ha visto del mismo modo á un tigre, acosado por la multitud de agresores, abrazarse de un árbol y ceder al fin, dejando las uñas incrustadas en él sin reventar el lazo.

El lazo tiene en un extremo una pesada argolla de hierro que sirve á la vez como de contrapeso para lanzarle, y como punto de apoyo por donde corren las veinte y cinco ó treinta brazas que el enlazador enrolla en su mano y prepara segun la distancia y el animal que quiere coger. Generalmente lanza su caballo á escape, y haciendo girar por encima de su cabeza el lazo que lleva preparado, le arroja con la velocidad del rayo sobre el objeto que se propone. El caballo que ya está amaestrado á esta clase de evoluciones, siguiendo los movimientos de su dueño, se para de repente y se echa hácia un lado en direccion opuesta, para resistir el empuje del animal prisionero; ó bien, sigue tranquilamente galopando, ya hácia adelante, ya hácia atrás en el modo y tiempo que á su señor le place. Es preciso advertir que uno de los extremos del lazo está sujeto en la *cincha* del *recado*, y que el jinete lo suelta sin temor en cuanto se le concluyen las lazadas que tiene en la mano, volviendo á recogerlo cuando le conviene acercarse al animal cautivo, ó derribarle al huir, por un movimiento rápido y simultáneo.

(22) *Cincha*. Compónese de dos pedazos de cuero que unidos por dos correones, sujetan todas las piezas del *recado*. (Véase *Apero*.) La cincha tiene á cada lado una argolla de hierro, y la punta del lazo se ata á una de ellas.

(23) *Poncho*. Especie de capa cerrada que se mete por la cabeza: se dobla sobre los hombros de uno y otro lado para poder jugar los brazos: por delante llega hasta las rodillas, y por detrás tiene generalmente un palmo mas de largo.

(24) *Vichará*. Ponchos tejidos de lana que se fabrican en las provincias de Córdoba y Santiago. El color que predomina en ellos es el azul y el negro.

(25) *Chiripá*. Dos ó tres varas de bayeta ó seda forman el *Chiripá* que se envuelve alrededor de la cintura, unas veces suelto á guisa de saya, otras recogido entre los muslos para montar mejor á caballo. El *chiripá* está sujeto por una banda ó *tirador*, especie de canana, donde el gaucho guarda los avios para fumar, el dinero, etc., y que sirve además para colocar atravesado el enorme cuchillo comunmente de vaina y cabo de plata, su compañero inseparable, que no abandona en ninguna ocasion ni circunstancia, y tan afilado que, segun se espresa Azara *puede un hombre afetarse con él*.

(26) *Botas de potro*. Se hacen con la piel sobada de los muslos de este animal, carecen de costuras, de suela de tacón y de punta, la cual cortada de autemano deja al descubierto los dedos de los pies, para asegurarse mejor en el estribo, de forma triangular y tan pequeño, que apenas cabe el dedo principal.

(27) *Chilenas*. Espuelas de domar: aunque los caballos sean mansos las usan los gauchos, quienes es preciso sean muy pobres para que no las gasten de plata.

(28) *Carona*. (Véase *Apero*.)

(29) *Bolas*. «Las bolas, dice el sabio don Pedro de Angelis, en su erudito apéndice á la Argentina de Rui Diaz de Guzman, es un arma peculiar de los habitantes de estas provincias, y adoptada después por los criollos.

Consiste en tres esferas de hierro, piedra ó plomo, aseguradas á otras tantas sogas de cuero trenzado de cerca de tres pies de largo y juntas por el otro lado. Este arreo es inseparable de los que viven en el campo, que lo traen pendiente de su cintura á manera de una banda. De ella se valen, no solo para cazar sino para agarrar á sus caballos cuando se disparan. En ambos casos mueven las bolas horizontalmente, por encima de su cabeza, y luego que las han dado la necesaria velocidad, las arrojan con fuerza á distancia de cuarenta, sesenta y hasta ochenta varas, para que se enreden en las piernas del animal. En el manejo de esta arma, los campesinos ó gauchos, como se les llama en el pais, son de una destreza asombrosa, y es casi imposible que compita con ellos un extranjero. Las bolas son á la vez un arma, y un medio de salvacion y de subsistencia. Sin ellas un hombre aislado en los inmensos campos que se estenden desde los Andes hasta el Océano, no seria dueño de sus caballos, ni podria recoger su hacienda, ni suplir las mas veces á sus mas urgentes necesidades.»

Hay otra clase de bolas que el célebre naturalista don Felix de Azara describe en estos términos:

«La otra manera de Bolas que llaman *bola perdida*, no es mas que una, gruesa como las ciudades; pero si son de cobre como las que llevan muchos pampas, son mucho menores. Tambien la forran de piel de caballo, pero sale del forro una correa ó cordon de cinco palmos, cuya punta toman para hacer girar la bola con violencia y dar el golpe mortal sin soltarla, si el objeto está inmediato. Si está de ciento cincuenta á doscientos pasos distantes, sueltan la bola perdida con la violencia que la dá el girar del brazo y la carrera del caballo. Los Pampas llevan siempre de unas y otras bolas á la guerra y son diestrisimos en manejarlas, porque diariamente se ejercitan en pillar caballos y otros animales silvestres.» (*Descripción é historia del Paraguay y del Río de la Plata*. t. I.)

(30) *Pago*. Lo mismo que partido, jurisdiccion ó departamento.

(31) *Apero*. Se da este nombre á los arcos del caballo, generalmente usados por la gente del campo, porque en las ciudades se prefiere la silla inglesa. Compónese el apero de las siguientes piezas: *fronera*: los hay de *codillo* y de *campo*: se llaman de codillo los que tienen copas: las riendas y cabezadas son de lonja ó de plata maciza. *Recado*, compuesto de dos jergas *bajeras* especie de mantas trabajadas en el pais. *Carona de vaca*, dos grandes tiras de cuero en bruto, siempre de vaca negra, y muchas veces ponen dos: una jerga pampa de labor entero; estas jergas tambien de lana, las tejen los indigenas y son muy buenas: *carona de suela*; estas coronas son labradas y se las distingue con el nombre de *ojo ó medida ligera*: las de ojo se reputan por las mejores: *lomo*, igualmente de suela y labrado con cabezadas de plata, de metal ó suela: la *cincha* ya descrita, el *coginillo*, *pellon sobrepuesto ó mandil*; pieza trabajada con hilo de lana: el fondo es generalmente de paño ó de piel de gamuza con bordados de seda: *sobre-cincha ó canchon*, especie de faja que sujeta el *coginillo*. Tambien forman parte del *Apero*, el *lazo*, el *fiador*, argolla de trenza fina de cuero, puesto en el cuello del animal á fin de asegurar el *maneador*, que es una cuerda de media pulgada de ancho y diez ó doce varas de largo, que sirve para atar los caballos, y la *manea*, que prendida en los pies delanteros, á guisa de grillos, no les permite andar sino á saltos y con gran dificultad.

(32) *Iba el caballo de su sombra en pos*. Una de las cualidades características de los parejeros, es que galopan mirando su sombra, cual si quisieran dejarla atrás.

(33) *Yerra*. Se da este nombre al acto de marcar los ganados, que se verifica por otoño. Por lo regular se hace al propio tiempo *la capa* (*castracion*). La yerra en las estancias es una verdadera fiesta campestre, acudiendo á ella la mayor parte de los peones de los esta-

blecimientos circunvecinos y aun de puntos bastante lejanos.

Las operaciones de la *Yerra* empiezan encendiéndose grandes hogueras formadas con osamentos de animales muertos, y en las que calientan las marcas, como tambien el agua para el mate y algunos costillares en asadores. La *yerra* dura mas ó menos días, segun la cantidad de ganado que tiene que marcar el *estanciero*; y si se prolonga á veces, es mas por diversion que por necesidad, pues siempre sobran brazos, tanta es la concurrencia que acude, sin otro estímulo ni salario, que los obsequios habituales de la carne, mate, cigarros y aguardiente que les hace el *estanciero*, amén de los bailes, y juegos de *pialar*, de *pato*, etc., en que se lucen los diestros y *buenos mozos* y hacen de las suyas los gauchos.

(34) *Recado*. Véase *apero*: á menudo es sinónimo de esta última palabra.

(35) *Tropa*. Reunion numerosa de animales, sean vacunos ó caballares.

(36) *Pial*. Cuerda de cuatro ó cinco varas con una pequeña argolla ó nudo corredizo en la punta.

(37) *Diamela*. Flor de exquisita fragancia; sus hojas color de perla, tienen el brillo del nacar, y su aroma se asemeja al del jazmin del Cabo. Azara la llama la reina de las flores.

(38) *Chasque*. La palabra *chasque* es una de las muchas voces indígenas, que sin corromperse, han pasado á nuestro idioma con una leve modificacion. *Chasquis*, pronuncian los indios, y *chasque* decimos nosotros para indicar á un hombre que hace las veces de correo ó propio de cualquiera que, le pague. Es su deber procurar á la persona que se le encarga donde quiera que esté y decirle ó entregarle lo que se le confia. El *chasque*, generalmente es un *vaqueano*, gaucho práctico ó perito que conoce palmo á palmo toda una localidad ó provincia, y que acostumbra á desempeñar tan fiel y eficazmente su cometido, que si no encuentra al sugeto que busca, es porque ha muerto, ó anda muy oculto, ó se ha trasladado á otra provincia que el *vaqueano* no conoce ó donde no puede ir. En países como los nuestros en que los caminos están por hacer, las diligencias por llegar de Europa, y el ramo de correos tan bien montado, que en épocas de paz y tranquilidad, apenas salen para el interior una ó dos veces á la semana, se comprenderá cuan útiles deben ser unos hombres semejantes; y el valor, la inteligencia, y lealtad necesarias para desempeñar dignamente el lucrativo cuanto arriesgado oficio á que se dedican.

(39) *Entrerios*. Provincia de la Confederacion argentina, célebre hoy por su famoso levantamiento contra Rosas y el espléndido triunfo que coronó su esfuerzo. Todas las demas provincias argentinas que en varias ocasiones se atrevieron á sacudir el yugo del dictador, fueron sometidas con mas ó menos facilidad. Entrerios solamente marchó de victoria en victoria, clavó su bandera libertadora en frente de Buenos Aires, y obligó al déspota á venir á ocultar su vergüenza del otro lado del Océano. ¡Loor y gloria á la invicta y heroica provincia de Entrerios, y á su esforzado hijo el patriota general don Justo José de Urquiza!

(40) *Vaqueano*. (Véase *Chasque*)

(41) *Parar la oreja*. Locucion americana: erguir el caballo las orejas: tambien se usa en sentido de asustarse.

(42) *Charruas*. Como el objeto de estas ligeras notas no es otro que dar á nuestros lectores europeos una idea, mas ó menos extensa, segun el objeto lo requiere, de las cosas de América y principalmente del Rio de la Plata, vamos á trasladar integro el capitulo III de la *Historia del territorio oriental del Uruguay* del señor La Sota. Es el trabajo mas completo que conocemos sobre el particular, y este solo motivo bastaria para justificar su insercion, si por otra parte la importancia de esa famosa tribu, el interés que inspira y el papel que

desempeña en la Leyenda, no hicieran indispensables estos pormenores para su mejor y mas perfecta inteligencia.

Aunque juzgamos bastante bueno el capitulo citado, sentimos que la falta de materiales y de tiempo, nos impida ofrecer á nuestros lectores un artículo original sobre los charruas. Acaso en dias mas desahogados, y si este libro merece del público una acogida favorable, nos decidamos á escribirle: entretanto séanos permitido reproducir el capitulo del señor La Sota, que sin disputa llena cumplidamente el objeto que nos proponemos. Dice así:

«Bien podria decirse que fueron los espartanos de la América. Celosos de su libertad, jamás desistieron de pelear por ella y la restauracion de sus antiguas posesiones. El débil recuerdo de su existencia cierra hoy la página de sus esfuerzos. Millares de fosas se han abierto por espacio de tres siglos, y en ellos se han hundido por centenares, combatiendo en el Occidente de su territorio con los conquistadores y sus descendientes; y en el Oriente con los *mamelucos*, los *tupis*, sus aliados, y los *arachanes*, indios guaranis del Rio Grande, sus enemigos irreconciliables.

«Ocupados de la guerra constantemente (1) y dispuestos al pillage, instruian á sus hijos en el modo de aventajarse en las contiendas, y á la vez ser víctimas desgraciadas de su obstinacion en la venganza de los ultrajes y los deseos de su libertad.

«Tanta fué la enemistad de los charruas con los arachanes y habitantes de la Banda oriental, que se han concluido ambas tribus sin reconciliarse en medio de los conflictos á que se han visto reducidas por los ataques de los portugueses y españoles. Aunque esto puede atribuirse á la ferocidad de su carácter, estado de barbarie en que vivian y habitad al pillage: mas, discurriendo con filosofia, y calculando que la simpatia y antipatia son dos poderosos móviles que las deciden, no será extraño que el nombre de *Banda oriental*, que dieron los españoles á este pais, haya influido en el ánimo de los charruas para continuar una lucha tan terrible y de exterminio. Esa constancia con que han combatido á la par contra los españoles y sus descendientes, y contra los arachanes, induce á creer que los consideraban como á un solo enemigo por la identidad del nombre: pues que *Arachan* en guarani significa *pueblo que vé asomar el dia*, es decir, pueblo oriental. *Ara*, dia, *Chane*, el que ve.

«Se les ha atribuido el ser antropófagos por la muerte de Solís á quien devoraron; pero esto no prueba que fuese un hábito en ellos. Rui Diaz de Guzman en su *Argentina* dice, que se mantenian de la pesca y de la caza, y que aunque terribles en la contienda, eran humanos con los vencidos: igualmente lo refiere Centenera (2). El hecho aislado de Solís y sus compañeros no es bastante para clasificarlos de caribes. El espíritu de venganza en la exaltacion de los partidos, forma generalmente fanáticos, y el fanatismo, asi civil como religioso, produce estravios que colocan á los hombres en la esfera de los salvajes.

«A la muerte de un pariente era costumbre el mutilarse, segun refieren Centenera y Azara, que dice lo practicaban aun á principios del presente siglo. Si á la

(1) Es gente muy crecida y animosa,
Empero sin labranza y sementera;
En guerras y batallas belicosa,
Osada y atrevida en gran manera.

Argentina de Centenera, Canto X.

(2) Vinieron seis soldados fugitivos
Y no pudieron mas, porque los atan
De noche, y dicen qu'adan treinta vivos,
Que despues que una vez prenden, no matan.
Con ellos no se muestran muy esquivos,
Y si les sirven bien, no los maltratan;
Pero si sirven mal, á reimpujones
Les fuerzan á que salgan de honores.

Cant. XI, p. 119.

verdad esto demuestra una especie de barbarie, entre nosotros, en el siglo de las luces, después de enjugar unas cuantas lágrimas, un esquisito refresco, resto del paganismo, honra las cenizas de nuestros parientes ó deudos: siendo tan chocante y digno de reprobación lo uno como lo otro.

«Se pintaban el cutis picándolo é introduciendo en las heridas una variedad de colores con cierto arte y diseño, aunque generalmente usaban mas del azul.

«Hacían sus fuegos cuando ocurría alguna novedad, y concurrían con sus armas á donde se observaba el primero. Este signo de comunicación era una especie de telégrafo, que según las veces que se encendía ó apagaba denotaba la importancia del objeto porque se hacían, y como no eran muchas ni difíciles las ideas que querían comunicarse, debía bastarles á pesar de su imperfección. Por lo común en sus tolderías cada fuego que se advertía correspondía á un matrimonio con sus hijos.

«Vivían en familia y en la dependencia de sus gefes. Celebraban nupcias, sepultaban y honraban sus difuntos. En medio de los combates, su decidido empeño era salvar los cadáveres de sus compañeros para ocultar al enemigo sus pérdidas.

«Dúdase, dice Lozano (1) hablando de los guaranis en general, si tenían legítimo matrimonio, siendo opinión muy controvertida después entre los misioneros; pero en lo que no hubo duda fué que vivían con cuantas concubinas podía mantener cada uno: llegando en los mas poderosos el número á cincuenta, en que interesaban no solo el desahogo brutal de la lascivia, sino también algún género de autoridad. Porque el mayor número de mancebas argüía mayor poder y principalmente la mayor comodidad de su embriaguez á que se entregaban con pasión desenfrenada, porque con el mayor número de mugeres eran mas abundantes los brevages, que hacían de maíz, de frutillas silvestres, de raíces y de miel, que se hallaba copiosamente en los bosques, sin el trabajo de los colmenares, y alguna de tanta fortaleza, que encalabraba y deja á quien la come por veinte y cuatro horas sin mas movimiento que un tronco. El vínculo que los unía á sus mancebas era frágil, pues les era permitido tomar otras mugeres, pagando un tanto á los parientes de la que repudiaban, y á los de aquellas con que se contraían.

«El dardo y la bola arrojadiza, como también el lazo, eran las armas con que se defendían de unos enemigos, que los atacaban con la superioridad que les daban las armas de fuego y los caballos. Los dardos eran imperfectos: tenían las puntas de hueso, algunas de cobre y fierro, y otras de la misma madera que tostaban al fuego para endurecerla mas. Solo la destreza con que los manejaban podía hacerlos temibles. Posteriormente usaban de acero y fierro, enastando cuchillos, puntas de espadas y otros hierros de que se proveían en sus escursiones, y también hacían la guerra á caballo desde que se multiplicaron estos. Si con la continuación de la guerra ellos se minoraron, también con la adquisición de los caballos obtuvieron una ventaja para prolongarla. Alejados de las poblaciones europeas, el vacío de los campos favorecía el éxito de sus irrupciones que comunemente las hacían de noche en los plenilunios para los arrees de las haciendas; y en su retirada entregaban al fuego las poblaciones pajizas, al saco cuanto podían llevar, y á sus habitantes daban muerte ó cautiverio.

«El sistema de gobierno era reducido á tener sus *tubichás* (2), señores de ochenta á cien familias, á quienes trataban con respeto durante la paz. Era este empleo título de nobleza hereditario, fundado en que sus mayores habían adquirido vasallos ó gobernado los pueblos. Entonces recaía en el primogénito, sin perjuicio de los otros, que podían formar parcialidades cuando

sobresalían con la elocuencia de su idioma para hacerse prosélitos.

«La comunicación entre unas y otras parcialidades no era frecuente: así es que unas estrechas sendas, abiertas entre los bosques ó campos eran las del tránsito de unas á otras. En ellas era donde también daban la señal de rompimiento, cuando querían hacerse guerra para vengar algún agravio. El modo de hacer esta declaración era clavar la parcialidad ofendida una lanza en un árbol de sitio determinado, la cual, vista por los otros, retrocedían á ponerse en defensa. En las mismas sendas se indicaban las convocatorias de algún festín, formando en el suelo un círculo de mazorcas ó espigas de maíz, y colgando otras en los árboles cercanos. Tan expresiva era esta señal, que en el número de las espigas quedaba indicado el día de la función, que se reducía á comer de sus frutos y beber de sus brevages, ahorrando el viage prolijo á todas las rancherías que habían de concurrir, que se daban por convidadas.

«El mando de la guerra se confería por elección, para lo cual se reunían todos en la toldería de uno de los caciques principales. El festejo se preparaba con gran cantidad de *chicha* (1) que bebían en abundancia, mientras que los congregados hacían la exposición de sus méritos y victorias, de las heridas que hubiesen recibido, y de los enemigos que brazo á brazo hubiesen vencido. La exageración de estos hechos era mayor según crecía en sus estómagos el fermento de la *chicha* (2); pero el que resultaba electo era obedecido de todos los caciques y sus tribus. A él incumbía dar providencias de convocatoria por medio de los fuegos, concurriendo á donde se observaba primero con todas sus armas, porque ellos no tenían depósitos.

«El arreo y galas militares de los charruas se reducían al dardo, lazo, bolas (3) y al plumage de avestruz que ceñía su cabeza.

«Sus ejercicios eran los de la lanza, dardo, bolas, y últimamente el de la equitación, en el que hacían prodigios, si se atiende que no usaban monturas y que no reservaban caballos.

«El principio y fin de sus batallas iban acompañados de una algazara de voces, que á similitud de aullidos llenaban de horror y espanto á los poco acostumbrados á oírlos.

«Vivían generalmente desnudos, cubriendo sus espaldas con una manta de pieles prendida por el cuello. Al uso de las plumas que ceñían su cintura, substituyeron en los últimos tiempos un cuero de potrillo bien sobado y con mucha labor. Esta especie de delantal servía para cubrir sus vergüenzas.

«Como se mantenían de la pesca y de la caza mudaban de habitación cuando una y otra les escaseaba. Su domicilio por lo tanto no era permanente, y á esfuerzo de las mugeres se mudaban, pues á ellas incumbía conducir el ajuar doméstico, estacas y esteras. Ellas mismas debían levantar los toldos, preparar la comida, que sus mancebos tendidos en el suelo esperaban para comer,

(1) Brevage que se hace del maíz ó vainas de semilla de algarrobo, puesta en fermentación por espacio de veinte días ó un mes.

(2) Unos con el calor de este vino desentonadamente cantan, otros amargamente lloran, estos gritan, aquellos dan suspiros, aquí corren, allá saltan, y todos se ensayan en los ejercicios de que cada uno mas se precia, con la destreza que se puede presumir de quien no solo tiene turbada sino perdida la cabeza: contrahacen y remedan las voces de los animales, braman, silban, rugen, aullan, ladran, relinchan é imitan los cantos de las aves con una intolerable confusión. Lozano. *Historia inédita del Paraguiay, Rio de la Plata y Tucuman*, lib. I, cap. 48, folio 240.)

(3) Tan sueltos y ligeros son que alcanzan corriendo por los campos los venados. Tras fuertes avestruces se avientan. Hasta que ellos se ven apoderados: Con unas bolas que usan los alcanzan. Si ven que están al lejos apartados: Y tienen en la mano tal destreza. Que aciertan con la bola en la cabeza.

(1) Historia de la compañía de Jesus. Lib. I, cap. 43.

(2) *Tubichá*, quiere decir cacique, cabeza de parcialidad ó pequeño reyezuelo.

sin guardar consideración á los demas de la familia, ni ayudarlas en medio de los afanes y fatigas de las marchas. En los últimos tiempos estas infelices cuidaban hasta de las caballadas y rebaños.

»Su religion se reducía al reconocimiento de los dos principios, el del bien *Tupá* y del mal *Añang*. Mas respeto guardaban á éste que á aquel. *Tupá* se compone de la partícula admirativa *tu* y de la interrogacion *pá*. ¡Ah! ¿quién eres? y *Añang* de *aña* yo corro, y de *ang* alma: corro ó persigo las almas para significar el predominio del espíritu maligno sobre el hombre.

»El padre Lozano, en su *Historia de la compañía de Jesus*, lib. 5, cap. XV. dice: Por una tradicion de sus mayores observaron los misioneros, que tenian una idea confusa de la existencia de un Dios criador del universo: que todo el género humano tuvo principio de Adán y Eva, y que todo pereció en el diluvio, salvándose en el arca Noé y su familia, reliquias que les quedaron de la doctrina que sus mayores oyeron al Pay Zumé, que así llamaban á Santo Tomás, que evangelizó en estos paises; pero ni rendian culto á Dios ni á otra criatura.»

(43) *Pajonal*. Yerba que crece hasta la altura de un hombre.

(44) *Chamal*. (Véase *chiripá*.)

(45) *Tubichá*. (Véase *charruas*.)

(46) *Pallador*, sinónimo de *cantor*. Tipo especialísimo de las provincias de la Confederación argentina y del Uruguay. El señor don Domingo Sarmiento, en su bellísima obra sobre *Quiroga*, uno de los pocos libros *originales* que posee la naciente literatura americana, ha consagrado al cantor algunas páginas, llenas de interés y novedad. Enemigos de repetir con distintas palabras lo que otros han expresado perfectamente, nos limitaremos á copiar esas páginas, seguros que nuestros lectores nos lo agradecerán.

»El *gaucho cantor*, dice el señor Sarmiento, es la idealización de aquella vida de revueltas, de civilización, de barbarie y de peligros; es el mismo bardo, el vate, el trovador de la edad media que se mueve en la misma escena, entre las luchas de las ciudades y el feudalismo de los campos, entre la vida que se va y la vida que se acerca. El cantor anda de pago en pago, de *tapera en galpon*, cantando sus héroes de la Pampa perseguidos por la justicia, los llantos de la viuda á quien los indios robaron sus hijos en un *malon* (1) reciente, la derrota y la muerte del valiente Rauch, la catástrofe de Facundo Quiroga, y la suerte que cupo á Santos Perez.

»El cantor está haciendo candorosamente el mismo trabajo de crónica, costumbres, historia y biografía que el bardo de la edad media; y sus versos serian recogidos mas tarde como los documentos y datos en que habria de apoyarse el historiador futuro, si á su lado no estuviese otra sociedad culta con superior inteligencia de los acontecimientos, que la que el infeliz despliega en sus rapsodias ingenuas.

»En la república argentina se ven á un tiempo dos civilizaciones distintas en un mismo suelo: una naciente, que sin conocimiento de lo que tiene sobre su cabeza, está remediando los esfuerzos ingenuos y populares de la edad media; otra que sin cuidarse de lo que tiene á sus pies, intenta realizar los últimos resultados de la civilización europea: el siglo XIX y el siglo XII vienen juntos; el uno dentro de las ciudades: el otro en las campañas.

»El cantor no tiene residencia fija: su morada está donde la noche le sorprende: su fortuna en sus versos y en su voz. Donde quiera que el *cielito* (2) enreda sus parejas sin tasa, donde quiera que se apura una copa de vino, el cantor tiene su lugar preferente, su parte escogida en el festín. El gaucho argentino no bebe, si la música y los versos no le escitan, y cada *pulperia* (3)

tiene su guitarra para poner en manos del cantor, á quien el grupo de caballos estacionados á la puerta, anuncia á lo lejos donde se necesita el concurso de su gaya ciencia.

»El cantor mezcla entre sus cantos heroicos la relación de sus propias hazañas. Desgraciadamente el cantor con ser el bardo argentino, no está libre de tener que habérselas con la justicia. También tiene que dar cuenta de sendas puñaladas que ha distribuido, una ó dos *desgracias* (muertes) que tuvo, y algun caballo ó una muchacha que robó. El año 1840, entre un grupo de gauchos y á orillas del magestuoso Paraná, estaba sentado en el suelo y con las piernas cruzadas un cantor que tenía azorado y embebecido á su auditorio con la larga y animada historia de sus trabajos y aventuras. Había ya contado lo del rapto de la querida, con los trabajos que sufrió; lo de la desgracia y la disputa que la motivó; estaba refiriendo su encuentro con la partida y las puñaladas que en su defensa dió, cuando el tropel y los gritos de los soldados le anunciaron que esta vez estaba cercado. La partida en efecto se había cerrado en forma de herradura: la abertura quedaba hacia el Paraná, que corría á veinte varas mas abajo; tal era la altura de la barranca. El cantor oyó la grita sin turbarse; viósele de improviso sobre el caballo, y echando una mirada escudriñadora sobre el círculo de caballos con las tercerolas preparadas, vuelve el caballo hacia la barranca, le pone el poncho en los ojos, y clávale las espuelas. Algunos instantes despues se veía salir de las profundidades del Paraná el caballo sin freno, á fin de que nadase con mas libertad, y el cantor prendido de la cola, volviendo la cara quietamente, cual si fuera en un bote de ocho remos, hacia la escena que dejaba en la barranca. Algunos balazos de la partida no estorbaron que llegase sano y salvo al primer islote que sus ojos divisaron.

»Por lo demas, la poesia original del cantor es pesada, monótona é irregular cuando se abandona á la inspiración del momento. Mas narrativa que sentimental, llena de imágenes tomadas de la vida campestre, del caballo y de las escenas del desierto que la hacen metafórica y pomposa. Cuando refiere sus proezas ó las de algun afamado malévolo, parécese al improvisador napolitano, desarreglado, prosaico de ordinario, elevándose á la altura poética por momentos, para caer de nuevo al recitado insípido y casi sin versificación. Fuera de esto, el cantor posee su repertorio de poesias populares, quintillas, décimas, octavas, y diversos géneros de verso octosilabo. Entre estas, hay muchas composiciones de mérito y que descubren inspiración y sentimiento.» (*Civilización y barbarie, Vida de Juan Facundo Quiroga*.)

(47) *Totoras*. Paja larga y compacta con la que se cubre el techo de los *rauchos*.

(48) *Cimarrones*. Perros salvajes que andan en numerosas cuadrillas como los lobos. Son muy voraces y causan grandes destrozos en los ganados. Siguen el rastro de los viageros largo tiempo; y sus aullidos, mas lúgubres y espantosos á medida que se aproximan, en el silencio de la noche, en medio de la soledad y sombría calma del desierto, hielan la sangre en las venas, conturban el corazon del hombre mas valiente la vez primera que los escucha.

(49) *Macachines*. Pequeño fruto silvestre de la familia de los farináceos; se cria como la batata debajo de tierra, y en el gusto y forma tiene algo de la bellota.

(50) *Flor del aire*. Especie de enredadera que nace en las ramas de los árboles, y que como indica su nombre y los versos del testo, se alimenta únicamente con el rocío de la noche. Por eso con tanta belleza como verdad ha dicho el señor Thompson en su lindísima poesia á don Felix de Azara:

»Non, je ne dois rien á la terre:

»Te ne suis pas comme mes sœurs:

»Du jour il me faut la lumière

»Et de la nuit les tendres pleurs!

(1) Escursion para robar. Razzia.

(2) Baile popular.

(3) Ventorrillo ó taberna.

(51) *Mburucuyá*. Nombre guaraní de la pasionaria. Cuentanse cuatro especies, amarilla, encarnada, morada y negra. Crece á manera de yedra, y en sus flores simboliza los misterios de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo. El fruto que produce es tan grato al paladar, como útil en sus aplicaciones medicinales.

Esta flor tiene la propiedad de esconder sus galas entre el pabellon de sus hojas: no bien se oculta el sol; se marchita y cubre de luto hasta que dicho astro reaparece. Entonces ostenta un vivo color y esparce una fragancia tan suave, que compite con la de las flores mas preciadas. Aseguran que la semilla no germina si antes no ha sido digerida en el vientre de algun animal. Afortunadamente gusta mucho á todos y se reproduce sin término.

(52) *Bibi*. Florecilla y pequeño fruto silvestre de color blanco, bastante comun en la Banda oriental.

(53) *Cáaracuzú*. Planta que abunda en varias partes del rio Uruguay. Es sobremanera resinosa y tiene una fragancia muy subida, cuya virtud principal consiste en purificar el aire en épocas de epidemia, por eso los españoles le dieron el nombre de *yerba santa contra peste*. Sus hojas y raices se aplican con éxito en varias enfermedades. *Caaracuzú* en guaraní, significa yerba de la cruz, sin duda porque al crecer y desarrollarse, va vistiendo sus tronquitos de hojas en forma de cruz.

(54) *Estero*. »En las llanuras de nuestros países, dice el señor don Juan Maria Gutierrez en sus notas al poema de *Caa-Guazú*, se forman muchos depósitos de aguas estancadas ó de lenta corriente, que toman diferentes denominaciones como *cienaga*, *cañada*, *juncal*. Se llama *estero*, cuando la superficie del agua está cubierta de juncos sin mezcla de otra vegetacion.»

(55) *Misto*. Ave pequeña de la familia de los cañarios; su color es amarillento tirando á negro en la parte superior desde la cabeza á la cola.

(56) *Potrero*. Especie de corral colocado generalmente á poca distancia de la casa en las estancias: el cerco, es de zanja, y su tamaño varia segun las necesidades del establecimiento. Los hay hasta de diez mil varas cúbicas y aun mas. El potrero tiene varios objetos, como tener á mano los caballos, encerrar el ganado cuando está muy *alzado*, (indómito, con afición á ganar el monte) hacer los apartados en las ventas, etc.

(57) *Bareos*. Trotes y galopes cortos que dan los caballos en las carreras antes de lanzarse definitivamente: por eso al ocuparnos de estas, dijimos refiriéndonos á los bareos, es decir á las idas y venidas de los parejeros:

•Así se acrecienta
Su ardor encubierto,
Y rápido aumenta,
Una vez despierto
Al volver atrás.»

(58) *Seibo*. Arbol corpulento que produce unas flores encarnadas que tiran á morado y juntas con la flor del bleo dan excelente color á la lana ó al lienzo. «Sus cortezas machacadas, dice el señor Lazota, son único remedio si se aplican á las heridas venenosas que hizo el tigre, para que no se inflamen y cunda el veneno. La misma fiera por instinto natural, acude muchas veces por remedio á este árbol, porque sintiendo en sus uñas el excesivo ardor que le causaron sus cualidades venenosas, trepa ó salta al seibo, y arañando profundamente su corteza hasta dar con el palo, siente grande refrigerio y queda mas ágil para sus cazas ó pescas. Otras muchas virtudes se cuentan del seibo, como tambien de un bálsamo que se hace de sus flores y corteza. De su madera se labran rodela, broqueles muy leves, bateas para lavar y platos que sirven de lebrillos.»

(59) *Guayacan*. El guayacan, que llaman comunmente *palo santo*, tan celebrado en la medicina por sus cualidades curativas, y apreciado para las fábricas y manufacturas, abunda en muchas partes de las tres especies conocidas en el mundo. Pero en tierras de Guaycurús, al Poniente del Paraguay entre el Pilcomayo y Yabebipy, y tambien en algunos lugares del Chaco, se cria otra cuarta especie que merece particular mencion. Es árbol grueso, alto, resinoso, aromático y de madera fortísima. Las flores anaranjadas declinan en amarillas y dentro encierran unas mariposas que á su tiempo rompen la cárcel de flores, y salen de la cuna de su nacimiento á gozar aires mas apacibles. (*Hist. cit. de Guevara*.)

(60) *Chaera*. Quinta ó cortijo, situado á poca distancia de las ciudades ó pueblos.

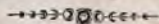
(61) *Manea*. (Véase *Apero*.)

(62) *Florido enero*. Escusado parece advertir que en el Rio de la Plata, como en casi toda América, las estaciones se suceden en orden inverso del que tienen en Europa, y sin embargo, no ha faltado quien nos repitiese muy formalmente á propósito de este y de otros versos idénticos, que ni las imágenes ni los adjetivos eran oportunos, que sin duda la fuerza del consonante, etc. Eso explica esta trivial advertencia, inútil para la mayor parte de nuestros lectores, pero indispensable para los que con esa encantadora confianza que solo inspira la ignorancia, se meten á criticar y á enseñar lo que no saben.

COLON Y EL NUEVO MUNDO.

Semper honor, non omneque tuus, laudesque manebunt.

VIRGILIO.



Silencio! dadme el harpa con que inspirados cantan
Los ángeles; dejadme trepar hasta el dosel,
Entorno del cual giran los orbes y levantan
Un himno de armonías al santo de Israel!

¡Sublimes cataratas, Niágara, Tequendama,
Que resonais cual eco de la ira del Señor;
Prestadme el atronante rugido con que brama
Vuestra grandiosa mole, cayendo en rededor!

¡Magnífico Amazonas, soberbio y rico Plata,
Vuestra arrogancia y bríos á mis acentos dad,
Cuando se oculta el día y el rayo se desata,
Y asida á vuestras crines se ve la tempestad!

¡Volcanes de Antisana y Llimáni, estallantes
Con vuestra hirviente lava cubrid mi yerta sien,
En tanto que furiosos la azotan los gigantes,
Deshechos huracanes que solo allí se ven!

Embalsamada brisa que con doliente arrullo,
Te escapas de las selvas, como ellas virginal,
Y en las altivas ruinas, del noble Atzeca orgullo,
Tal vez por el murmurar un canto funeral;

Auríferas montañas, inmensa cordillera,
Do mil tribus errantes, ansiosas de botín,
Tendida al rudo viento su larga cabellera,
En ágiles corceles se agolpan al confín;

Immensurables pampas, desiertos y Manuras;
Y cielos que corona la ardiente cruz del Sud:
Fieras, serpientes, aves, cándidas flores puras,
Y *sábanas* que incendia del trópico la luz;

Formad todas acordes, tan solo una armonía!
Un coro que resuene como una sola voz!
Un rayo que en el alma vertiendo poesía,
En ella surgir haga la inspiración veloz:

En cuyas rojas alas se eleve resonando
Del Este hasta el Oeste, del Sud al Septentrion,
Cual raudo meteoro sublime traspasando
Los montes y los mares, el nombre de Colon!

...

¡Colon!... el genio ilustre que el Dios de los humanos,
Para inundar la Europa de luz y aire vital,
Rasgando el negro velo de incógnitos arcanos
Lanzára en las tinieblas cual salvador fanal.

Dios le tocó en la frente... relámpago divino
Mostróle en nuevos cielos un nuevo astro lucir;
Abrióse á sus fulgores el libro del destino,
Y en él hoja por hoja leyó su porvenir.

Miró de otras riberas los bellos horizontes
Que destilaban perlas en nubes de arrebol,
Miró en la verde falda de sus floridos montes,
Las piñas de oro y plata que fecundiza el sol.

Y vió á los arroyuelos besar las virginales
Flores, y al retirarse, cubiertas á la vez,
Dejarlas de brillantes, rubíes y corales,
Cual lágrimas que arranca del goce la embriaguez.

Y arrebatada el alma con noble sed de gloria,
Corrió á brindar su idea, su idea colosal,
A reyes y potentes magnates, y notoria
La gran verdad su labio les reveló inmortal.

Mas solo encontró en ellos estúpida ironía
Promesas cortesanas ó menosprecio cruel...
Y eso que el genio apenas un barco les pedía,
Y en cambio todo un mundo les ofrecía por él!

¡Oh! cuántas veces, cuántas en su tenaz delirio,
Rota y deshecha el alma por tanta decepción

Y escarnio, imaginóse—tanto era su martirio!—
Que ya en efecto había perdido la razón.

Un vértigo era solo... pasaba, y mas divina
La fé con la esperanza volvía tras su afán;
Así el *ombú* altanero que el huracán inclina,
Se eleva mas erguido, pasado el huracán.

Y firme, incontrastable, sin doblegar la frente,
Bebiendo gota á gota de su alicción la hiel,
Los días y los años pasó, hasta que fulgente
Rompió su oscura noche la estrella de Isabel.

La mano que triunfante postró la media luna,
Por cierto merecía tomar las de Colon,
Alzarle de la tierra, y dándole una á una
Sus joyas, repetirle: de un mundo el precio son!

...

Pero adelante siguen las raudas caravelas,
Aunque la muchedumbre: *¡Muera Colon y atrás!*
Repite, y quiere en vano coger las anchas velas
Que airadas á su esfuerzo, se ensanchan mas y mas.

¡Ay! aguardad cobardes, siquiera al nuevo día!
Impávido él les dice, la mano en el timón...
Y en medio de esta lucha la tempestad bravia
Se calma, y dora el aire confusa radiación.

Velado entre vapores el astro rey asoma,
Y la rebelde turba lucir al lejos ve
Celeste y vaga nube, que como azul paloma,
Levántase humeando del horizonte al pie.

La nave lenta avanza... Colon clava sus ojos
En la azulada nube, y de repente, *allí*
Está la tierra!... grita, y todos caen de hinojos
Y, viva Colon, claman con ciego frenesí.



Colon tomando posesion del Nuevo Mundo.

Miradlos!... Van cruzando las encrespadas olas
Y suenan en la playa mil gritos de pesar:
Ya dejan, ¡ay! ya dejan las costas españolas
Y su insondable seno les abre el ancho mar.

Varían de colores las aguas, y vacila,
Se cambia de los astros el brillo y direccion...
El imantado acero revuélvese y oscila,
Marcando extraña ruta perdida en la estension.

El cielo se oscurece, rebrama el torbellino
La tempestad rugiente, cual hórrido caiman,
Desplómase bramando y amaga en su camino
Tragarse á los que aflitos ignoran dónde van.

En tanto que él absorto y en actitud sublime,
Inmóvil señalando la tierra sin hablar,
Sus grandes pensamientos parece que comprime
Y que estos por sus ojos se quieren escapar!

...

¡Ya es suyo el Nuevo Mundo! ya coge su diadema,
Su brillantino manto tremola en su bagel:
Llega, y de su alta gloria, como inmortal emblema,
A las reales plantas los echa de Isabel.

¿Y cuál fué el digno premio de tan heroica hazaña?
¿Su esfuerzo sobrehumano qué recompensa halló?

Decirlo da vergüenza! un mundo dió él á España,
Y España hiel y grillos en cambio le brindó!

El que inundó á la Europa de oro, el que á la Iberia
Dotó de mas provincias que en ella pueblos hay,
Murió de pesadumbre, de angustia y de miseria,
Enal víctima espiatoria de su conquista audaz.

Y hasta sus pobres restos vagaron por Castilla
Errantes largo tiempo sin encontrar quietud,
Hasta que al oír sus ayes, la mas preciada Antilla
Razgóse el pecho amante y en él les dió alaud!

Duerme, Colon, tu gloria se eleva magestuosa
Cual cerca de *Altamira* (1) forjada ó natural,
Levántase en un llano pirámide grandiosa
Que es obra de titanes, segun voz general.

No importa que al principio su rayo diamantino
Perdiérase entre sombras, cual perla en fango vil;
Tambien el *tucumeno* (2) se pierde en su camino
Y luego brota y salta por hendiduras mil.

Del tiempo entre los pliegues tu escelsa gloria envuelta
Los siglos atraviesa purificada ya;
Cual cóncavo *bejuco* que absorbe; y roto, suelta
El agua cristalina que atesorando va.

Al asomar tu nave por el tendido ocaso
Se estremeció la Europa de gozo y de placer:
Dormia y entre sueños adivinaba acaso
Que al fin debía tu vuelta regenerar su ser.

Tú fuiste el meteoro que súbito y violento
Del Maracaibo rasga la antes dormida faz;
La Europa electrizada se despertó á tu acento
Con ansia de conquistas, con sed de oro voraz.

De España era la gloria, de España era el despojo,
Y España la primera cerró contra el infiel:
La flor de sus valientes con temerario arrojo
Por todo el Nuevo Mundo se derramó en tropel.

Ay! en tropel, revueltos los malos con los buenos!
Torrente desbordado que nos dejó, al pasar,
Lo que el *Conil*; sus bocas entre salobres senos
Dulcísimos raudales del fondo hacen saltar.

No importa! Sus costumbres, su religion é idioma,
Con la vertida sangre, brotaron por do quier,
Y América fué el árbol que herido da su goma,
Y en viva luz trocada la vé resplandecer (3).

La raza vencedora regeneró á la indiana,
Tendió sus áureas alas la civilizacion,

(1) Pueblo mejicano.

(2) Tucumeno, río de Venezuela.

(3) Varios árboles de América y muy principalmente el *algarrobo del Orinoco* destilan por sus grietas unos copos de goma que encendidos arden como una vela hasta que se consumen.

Y por trescientos años la tierra americana
Creció y durmió al abrigo del hispalo leon.

Y la vetusta Europa que se desploma al peso
De su miseria, como retiembla el Potosí,
Y el mineral despide que en sus entrañas preso,
Rompe la dura valla que le sujeta, así

Sus hijos fué lanzando de América á los montes,
Sedientos y desnudos, y sin hogar ni pan:
Velo; rebaño inmenso de rápidos *bisontes*,
Que arroja á la pradera del hambre el rudo afán.

Oh América! tú eres el arca bendecida
De todos los que corren de su ventura en pos,
Desheredados de ella por quien les dió la vida...
Muy grande es el destino que te reserva Dios!

No importa, no, que ahora tu rico y feraz suelo
Presente un cuadro horrible que en tu dolor no ves,
Por qué el semblante escondes bajo sangriento velo,
Y ciega, con el hierro das hierros á tus pies!

No importa, no, que ahora tu libertad, lo mismo
Que el *Guao* de tus florestas, cuyo alhito mortal,
O mata ó enajena, sepulte en negro abismo
A cuantos le consagran su adoracion leal.

No importa, no, que imbecil caterva ahora insolente (1).
La libertad proclame y el sable sea su ley;
Cernícalos que batan sus alas dulcemente,
Y así aletargan, beben su sangre toda al bucy.

No siempre, ¡Dios eterno! no siempre los caudillos
Han de imperar potentes; un día llegará
En que los pueblos rompan sus ominosos grillos,
Y sepan lo que valen la patria y libertad.

El alevoso tigre luchando con el *Anta*,
Encima se le aferra, seguro de vencer;
Pero éste contra un árbol se cierne y le quebranta,
O en el cercano río le obliga á perecer.

Así los que del pueblo se apoyan en los hombros,
Y porque está debajo vencido le creen ya,
Olvidan que si él alza las manos, en escambros
Por tierra hecho ceniza su trono arrojará.

Si, América, mas bella rutilará mañana
La suspirada aurora de paz y de espiacion;
No puede, no, incompleta dejar la soberana
Bondad, la grande obra que comenzó Colon.

Escrita está una hoja del libro de tu vida.
Una hoja, solo una, y tienes blancas mil:

(1) Parece inútil advertir, que esta solo se refiere á los efectos de nuestras eternas guerras civiles, y que nada tiene que ver con las instituciones republicanas. El autor se honra en declarar que ha escrito un libro con el único objeto de probar que en América no es ya posible ni conviene otra clase de gobierno.

El porvenir es tuyo, y á menos que lo impida
El Hacedor, tu mano, tu mano juvenil!

El cetro de la tierra empuñará algún día,
Y tu indomable raza levantará triunfal
Su magestuosa frente, como entre nieve fría
El *Cayambé* que cruza la línea equatorial.

Del polvo de tus chozas que aun arden, opulentas
Ciudades con un soplo nacer la industria hará;
Como esas bellas islas que forman las tormentas
Y arrastra en su carrera veloz el *Paraná*.

Allá en el Orinoco se inundan las barquillas
De peces, que hasta el borde las colman al huir:
Así la muchedumbre verás en tus orillas
Los bosques y las sierras y la llanura henchir.

Y ella do quier activa, los gérmenes fecundos
Que Dios puso en tu seno desarrollando irá,
Y en valles y montañas y piélagos profundos,
De tu grandeza el sello, sublime grabará.

Y entonces venturosa, libre, potente y grande
¿Quién detendrá tu carro, del triunfo precursor?
¿Y quién osará entonces trepar soberbio al Ande
Y allí cortar las alas al cóndor vencedor?

¡Ah! entonces, madre mía! celeste y clara lumbre
Con inmortal diadema caerá sobre tu sien,

Y nubes de azahares, naciendo á su vislumbre,
Absorberán la sangre que mancha ahora tu Edem.

Y tus rebeldes hijos con fraternal abrazo
Sus odios y rencores por siempre olvidarán,
Y soltará, rugiendo de gozo el Chimborazo,
Para decirlo al mundo, su acento de titán.

Y al verlos abrazados, su fèrvida plegaria
Unidos elevando con puro corazon,
No gemirá en su losa dos veces funeraria,
De ira y de vergüenza la sombra de Colon!

Ni se alzarán de noche los esqueletos yertos
De nuestros viejos padres que sin descanso están,
Y á quienes tanto oprobio, baldon y desaciertos,
La maldición arranca que Dios echó á Satán!...

¡No mas! ¡no mas!... las cuerdas del harpa sacudidas
Estallan, no pudiendo templar mi ardiente sed...
Se chocan las ideas hirviendo confundidas...
Perdóname, oh América, si en algo te ultrajé!

Ay! desgraciado, errante, sin gloria y sin amores,
Qué mas puede el proscripto que derramando ir,
Por su árido camino, revueltos con las flores,
Los ásperos abrojos que recogió al partir!

Madrid.—1850.

A. MAGARIÑOS CERVANTES.



Christbal Colón.

FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS
DPTO. DE DOCUMENTACION Y BIBLIOTECA

V A L I O S O

AUTOR MAGARIÑOS CERVANTES, ALEJANDRO

481/83

TITULO Celier

CONTIENE _____

SIG.TOP.	Uru	V. _____	Ej. _____
	861.52		
	Mag	INV. 68899	
	cel		

Solicitante	Fecha	Func.
-------------	-------	-------

68899

VALIDOSO

Uru
861.52
Mag
cel

